



Enrique Zavala

nina de los 500 anos

Reportaje a Juanita y a su otro descubridor



Building a better working world

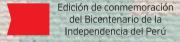


Enrique Zavala

La niña de los 500 años

Reportaje a Juanita y a su otro descubridor







La presente obra es de distribución gratuita en las diversas modalidades y formatos existentes en medios físicos y/o virtuales. Se prohíbe su venta, distribución, difusión y reproducción total o parcialmente, alterando o suprimiendo el contenido de la obra, sin el permiso expreso y previo del editor.

© Todos los derechos reservados

© Ernst & Young

© EY

© Enrique Zavala Concha

La niña de los 500 años - Reportaje a Juanita y a su otro descubridor.

Editor:

Ernst & Young Consultores S. Civil de R. L. Av. Víctor Andrés Belaunde 171, Urb. El Rosario – San Isidro Lima - Perú

Teléfono: 411-4444 / Correo: eyperu@pe.ey.com

El presente libro ha sido editado sobre la base de la crónica investigativa y reportaje del autor a sus entrevistados, y ha sido preparado sobre la base de la información brindada de manera segura por parte de ellos, únicamente con fines de difusión cultural y gratuita. Las opiniones, comentarios, fotos y datos facilitados por los entrevistados, que son expuestos en esta publicación, son de exclusiva responsabilidad de los mismos, por lo que no reflejan necesariamente los puntos de vista de EY. Por ello, EY no asume ninguna responsabilidad por el contenido de la presente obra e investigación respectiva, incluyendo las fotos. El autor es el único responsable por la veracidad de las afirmaciones o comentarios vertidos.

Fotos utilizadas en el documento: Cortesía de José Antonio Chávez, Johan Reinhard, Museo Santuarios Andinos UCSM, Ruddy Perea, Enrique Zavala Concha.

Cuidado editorial: Paulo Pantigoso Diseño y diagramación: Karla Ramírez

Primera Edición - Julio 2021 https://www.ey.com/pe/la-historia-en-ey Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N°: 2021-06940 ISBN: 978-612-5043-01-6 A Dios, que va conmigo en cada paso, y a mis abuelos queridos, Miguel y Clemencia, en el cielo.

Y en esta tierra a Florencia, mi madre y maestra, a Sandra, mi esposa, y a mis hijos Gabriel y Mariana, amores entrañables.









ÍNDICE

	Proemio	11			
	Presentación	17			
	Introducción	21			
1	De cómo Chávez da el nombre de Juanita a la niña ofrendada en el Ampato, su vestimenta y su simbología.	24	6	Las expediciones al Pichu Pichu. La recuperación del cuerpo de una momia en una tumba profanada.	76
2	De cómo se conocieron Chávez y Reinhard. Lo importante de saber escalar montañas. Cómo empiezan a planear sus exploraciones a las cumbres del sur andino.	36	7	El hallazgo de dos momias más en el Pichu Pichu. Las evidencias de la cultura Pucara. Una tragedia en Arequipa.	84
3	De crónicas sobre las ceremonias con ofrendas humanas que llamaban capacochas. Las divergencias sobre si llamarlas ofrendas o sacrificios.	48	8	El Sara Sara y el gran culto que allí se realizaba. Una expedición que se inicia con algunas ofrendas. Sarita, la momia en una posición intrigante.	94
4	De por qué se hacían las capacochas y cómo se hacían, y las discrepancias sobre el significado de esa palabra.	58	9	Dos expediciones al Misti, una tras otra. Las tumbas masivas. Las discrepancias sobre lo hallado en las capacochas en ese volcán.	104
5	De las primeras expediciones. Por qué el Huarancante. Cómo se prepara una expedición. Cuando los huaqueros llegan primero.	66	10	La bajada. Las revelaciones del laboratorio. La venganza contra el apu. Un nombre para el volcán. Tres metros de cenizas de fogatas.	114



11	El descubrimiento inesperado de Juanita en el Ampato. La travesía para bajarla. El viaje de la momia en la bodega de un bus.	124	16	Los estudios en John Hopkins. Sobre la temperatura de conservación. La inauguración con ilustres personajes. La exposición en Arequipa.	180
12	Su primer aparato de conservación. La entrega a la Universidad. Los problemas con el INC. La autorización para una nueva expedición.	132	17	El viaje al Japón ordenado por el presidente Fujimori. Los vínculos entre Japón y Perú. El regreso de Argentina. Una nueva cámara de conservación.	190
13	El financiamiento y el equipo de filmación de National Geographic. La organización de una gran expedición. Descubrimientos camino al Ampato. Dos momias en la plataforma. Luego una momia más.	144	18	La relación de Chávez con Juanita. La recreación de la capacocha de Juanita en dos estadios. El misterio de la alarma y el terremoto. La despedida.	200
14	La conferencia de prensa. El trabajo de gabinete con Juanita. Los austriacos del Hombre de los Hielos. La conservación primero.	162	19	Una entrevista a Johan Reinhard. La importancia de Juanita y de la cultura Inca. Indicios de sacrificios humanos de hace cincuenta años. La importancia de la sabiduría y la compasión. En qué cree Reinhard.	210
15	Las cámaras de conservación. La despedida digna de una princesa. El viaje a los Estados Unidos. El recibimiento de los cabanacondinos.	170	20	Volviendo al pasado. Una reconstrucción de lo que pudo haber sido la corta vida y la capacocha de Juanita, la Niña de los 500 años.	224
				Agradecimientos	238









PROEMIO



Paulo Pantigoso Country Managing Partner FY Perú

Conocí a Enrique Zavala Concha, autor de este libro por el cual el lector se dispone a invertir algunas horas, con motivo de la entrega impresa de una publicación anterior de EY en el año 2020, de la cual él fue su cronista. Con ella pusimos en valor el legado de 14 familias empresarias de Arequipa.

Así, en plena pandemia y a inicios de diciembre de 2020, y luego de viajar, conduciendo mi auto desde Lima hasta la Ciudad Blanca, rápidamente profundizamos en una ya fructífera amistad a través de la cual hemos dado forma y contenido a este volumen titulado "La Niña de los 500 años". Esta es una crónica acerca de varios aspectos no conocidos y cuya pista está sugerida desde la frase de bajada de su carátula: "Reportaje a Juanita y a su otro descubridor".

En este libro, Zavala consigue el testimonio interesante —y quizás alternativo— de cómo se fue plasmando el descubrimiento y mantenimiento del cuerpo de "Juanita" a manos del arqueólogo José Antonio Chávez, a la sazón su "otro descubridor". Y es que las historias a veces se dan en contraposición —y en la mayoría de las veces en conjunción—, con la historia que al respecto resulta más conocida, como en este caso es la del descubrimiento de "Juanita" a manos del antropólogo y explorador Johan Reinhard.



"Juanita", a mi modesto entender jamás "Dama de Ampato", fue una niña de aproximadamente 12 años, escogida por su salud, belleza y pureza para una ofrenda inca en una capacocha en el nevado Ampato. Se estima que habría fallecido alrededor de 1460, muy probablemente para aplacar la violenta erupción del volcán Sabancaya. Fue una ofrenda humana acompañada del rito ofrecido para calmar la naturaleza explosiva del fenómeno eruptivo.

Sobre el cómo se fue plasmando el descubrimiento de la niña "Juanita", y cómo una serie de acontecimientos e hipótesis se fueron contrastando con la realidad, se cuentan a continuación, permitiendo el conocimiento cabal sobre cómo, cuándo y dónde la intuición y la habilidad humana se han desarrollado en la búsqueda de este tipo de ofrendas en las alturas andinas.

Zavala, a través de su pluma, redescubre una historia poco conocida: la presunción de que la erupción del volcán Sabancaya, en 1990, provocó el deshielo parcial de su vecino, el nevado Ampato, retirando un importante nivel de nieve que, finalmente, posibilitó el hallazgo.

Algo así debió ocurrir medio milenio atrás, lo que pudo permitir las ofrendas humanas incas. Fue una hipótesis afortunada que llevó a descubrir paulatinamente hasta cuatro cuerpos ofrendados en capacochas en el Ampato, uno de ellos correspondiente a nuestra niña estudiada.

La riqueza cultural del Perú es invalorable y revela acontecimientos a cada cual más novedoso. Los lectores que frisan los 50 años o más, no alcanzaron a analizar en el colegio de sus estudios iniciales, y tampoco en sus estudios superiores, a "Juanita", al Señor de Sipán, a la ciudadela de Caral, a la Señora de Cao ni a muchos otros. Simplemente no se habían descubierto para su época o no se habían profundizado las investigaciones sobre ellos para cuando entonces, y eso que no han pasado muchos años en la historia de nuestro Perú.

Así, a la difusión de los relatos de Johan Reinhard, quien ascendió al Ampato y quien llevó a la niña "Juanita" literalmente a cuestas de su



propia espalda montaña abajo, se suma la historia aquí detallada de la recepción, mantenimiento en frío y custodia del cuerpo por parte de José Antonio Chávez, así como de los preparativos que derivaron en su descubrimiento, lo cual constituye una crónica que atrapa y da a conocer pasajes factuales de nuestra historia y de sus interpretaciones tan particulares y no carentes de polémica.

Por ello y para entender a "Juanita", su ofrenda y su significado, más allá del premeditado y violento acto de su muerte, conviene leer y relacionar el contexto de su fallecimiento con el estudio y entendimiento de la cosmovisión inca en particular, y andina en general, pues como dice María Rostworowski: "los sacrificios humanos no podían nunca considerarse como un crimen o una maldad: (...los padres...) veían un futuro maravilloso para sus hijos (...a través de ellos)". Por ello, este libro se aleja completamente de cualquier espacio de contrapunto entre defensores y detractores de sacrificios humanos de cualquier tipo, focalizándose en los aportes culturales que el hallazgo de "Juanita" ha dado y continuará dando a nuestro Perú y a la humanidad, apartándose totalmente de polemizar sobre la interpretación de los conceptos de ofrenda versus sacrificio, y de exposición versus exhibición. Sin embargo, debo confesar que para mi personal punto de vista, el aporte a nuestra antropología y arqueología a través de estudiar a "Juanita" y su contexto, a través de la pérdida de su vida, siempre me resultará también un acto triste y doloroso, que no me resulta ajeno a mis sentimientos de respeto hacia ella y hacia la vida humana.

Desde una perspectiva general y no solamente abordando su aporte cultural, Zavala matiza los relatos de sus entrevistas con anécdotas de increíble detalle, como el que la lliclla que nuestra niña "Juanita" llevaba era blanquirroja con dos franjas rojas a los costados de una franja blanca. Sí; así como lo imagina el aguzado lector, ¡nuestra bandera del Perú ya estaba allí con patente incaica! (por cierto, véase la foto de la lliclla blanquirroja en el desarrollo del texto de este libro y el lector se quedará boquiabierto: ¡la bandera peruana estaba allí, hace 500 años!). O cómo el análisis de su ADN arrojó un parentesco con el equivalente obtenido de personas de la cultura Ngobe, de Panamá. O también cómo el descubrimiento de "Juanita" y los años a su cuidado moldearon el temple de José

Antonio Chávez, su curador, a través del pasar por varias peripecias, viajes, exposiciones y firmeza aplicada a sus cuidados.

Sin intentar ser un libro dotado de extremada erudición científica, procuramos proveer conocimiento práctico y concreto acerca de un hallazgo de nuestra historia reciente. Ojalá que ayude a apreciar más lo nuestro y a profundizar en sus investigaciones, en momentos que nuestro país celebra su bicentenario republicano. Este es un libro de lectura ágil que pretende dar más luces sobre la niña "Juanita", a casi 500 años de su muerte. Nos transporta al tiempo y espacio de su ocurrencia, con matices históricos y de contemporaneidad.

La selección de las ilustraciones incluidas pretende perfilar nuestra imaginación con precisión y quizás con algo de nostalgia, acerca de un Perú antiguo del cual aún poco conocemos en algunos aspectos y en el que, en todo caso, existen aún importantes espacios para investigar.

Mi agradecimiento personal y el de todos mis Socios de EY en el Perú a Enrique Zavala por su inspiración, pasión y trabajo en tiempo récord para reunir la información y editarla de la manera como aquí la presentamos. Gracias por su aporte a la cultura de Arequipa y a nuestro acervo cultural peruano.

De igual manera, resulta imposible no incluir en nuestros agradecimientos al arqueólogo José Antonio Chávez y al antropólogo Johan Reinhard, por sus desprendimientos y aportes fundamentales para las crónicas aquí reunidas.

En EY procuramos "hacer un mejor mundo para los negocios y para trabajar" y este volumen aporta conocimiento en modo de cultura. Somos conscientes de que uno de los mejores legados es el conocimiento continuo, y tenemos la convicción de que obras como esta logran el propósito de recoger historia peruana y traducirla en análisis para múltiples usos y beneficios, además de educar de manera seria, visual y con respeto.

¡Viva el Perú!

Arequipa, julio de 2021











PRESENTACIÓN



Jorge Luis Cáceres Arce Vicerrector Académico Universidad Católica de Santa María

Un libro, sin lugar a debate, es plena expresión de cultura; más aún si el mismo está dedicado a Juanita, la Niña de los 500 años, aquella doncella que descansó cinco centurias cómodamente en el Ampato y que dos varones científicos de las ciencias sociales la encontraron. Fue ofrendada en su plena adolescencia (a sus 12 años aproximadamente), y fue seleccionada por su pureza, linaje e integridad física, para tan significativo ritual alrededor del año 1460, en las inmediaciones de la provincia arequipeña de Caylloma, en el distrito de Lluta.

Su principal descubridor, el reconocido antropólogo don Johan Reinhard, dirigió con acierto la expedición científica, que tuvo como eficiente codescubridor al exprofesor de la Universidad Católica de Santa María y celoso custodio del cuerpo de Juanita, el arqueólogo José Antonio Chávez, quien a su vez fue el Director del Museo Santuarios Andinos de la casa santamariana, que alberga a Juanita desde hace casi dos décadas (desde octubre del 2001) en la denominada "Casa de la Cultura".

Descubrir a la Niña Juanita y en las condiciones en las que fue hallada por el equipo de exploradores del proyecto "Investigación Arqueológica de Santuarios de Altura del Sur Andino", el 8 de setiembre de 1995, sin duda fue un acontecimiento de ciencia, audacia, habilidad y tecnicismo que permitió alcanzar a la colectividad académica un cabal conocimiento de las ofrendas y de cuatro cuerpos en capacochas en el nevado Ampato, ocurridas hace más de cinco siglos en las alturas del sur andino.

En este aporte aparece lo relatado por el arqueólogo José Antonio Chávez Chávez, quien cuidó de Juanita como todo buen tutor científico, desde que fue trasladada de su morada ancestral hasta su actual recinto debidamente equipado con tecnología moderna, en el Museo Santuarios Andinos, ubicado en el centro histórico de Arequipa, regentado por la Universidad inspirada por el R.P. William Morris.

El texto presenta, paso a paso, el proceder del grupo de investigadores sociales liderados por los talentosos científicos Johan Reinhard y José Antonio Chávez, que llevaron con destreza el andar para lograr encontrar a Juanita en óptimas condiciones físicas y biológicas, acercándola, luego de largos 500 años, a nuestra cultura en el siglo XXI.

El aporte incalculable de este libro se encuentra organizado en veinte capítulos, vinculados unos a otros.

El libro describe cómo don José Antonio Chávez da el nombre de Juanita a la niña ofrendada, estudia su vestimenta y su simbología, cómo se conocieron sus descubridores y la forma en la que ellos organizaron la trascendente exploración.

Luego, habla de las crónicas sobre las ceremonias con ofrendas humanas que los incas llamaron *capacochas*, y cómo estas se materializaban.

A su vez, comprende el relato de la expedición al volcán Pichu y el hallazgo allí de una tumba profanada cuando los huaqueros llegaron primero que los arqueólogos.

También nos detalla las misiones al Misti y sus tumbas masivas, y al Sara Sara con la referencia al gran culto que allí se cristalizaba.

Luego el mentor de la investigación se ocupa del descubrimiento inesperado de la Niña Juanita, la travesía para bajarla intacta y su



traslado a la vida contemporánea. Posterior a ello, aborda la historia del primer aparato de conservación y la entrega del cuerpo a la Universidad Católica de Santa María.

Se cuenta, también, la historia del financiamiento a cargo de National Geographic para la filmación, las cámaras de conservación construidas a la medida de Juanita y las futuras expediciones para traer a las otras momias que aún quedaron en el nevado Ampato.

La publicación integra el trabajo de gabinete con Juanita, en el que participaron los científicos austriacos que estudiaron y conservaron al llamado Hombre de los Hielos. También nos habla con detalle del viaje "emprendido" por Juanita a los Estados Unidos y las exposiciones en escenarios internacionales y locales, como el viaje autorizado por el exmandatario Alberto Fujimori al Japón y las relaciones culturales entre ambas naciones.

La importancia de Juanita y de la cultura Inca, la sabiduría y la compasión vinculada a los sacrificios humanos, y una destacable entrevista a Johan Reinhard, ayudan a tener una visión más integral del Perú prehispánico.

Finalmente, el calificado cronista Enrique Zavala culmina con la reconstrucción de lo que pudo haber sido la corta vida y la *capacocha* de Juanita, la Niña de 500 extendidos años cercanos al siglo que convivimos.

La edición no hubiera sido posible sin la iniciativa y verdadero y cualitativo respaldo de EY a la capacitación permanente y a la cultura. A ellos nuestro reconocimiento y aplauso por contribuir con acierto a difundir el conocimiento y las humanidades y, sobre todo, por engrandecer el patrimonio de un terruño que nunca debe cesar de culturizarse.

Arequipa es recinto de tolerancia, de participación, de armonía y de orden republicano. Dijo de este noble y cívico ayuntamiento, el último de sus caudillos, Francisco Mostajo: "Mientras el hombre es más culto, es más libre"

Arequipa, julio de 2021







INTRODUCCIÓN



Enrique Zavala Periodista Autor

José Antonio Chávez es uno de esos tipos enigmáticos que despierta mucha curiosidad. Su hablar es parco, muchas veces cortante pero preciso, digamos que no es muy amigo de las cámaras. El primero que me habló de él fue Dante Zegarra, el subdirector del diario donde yo trabajaba como reportero. Eran amigos y compartían en parte la misma personalidad, pero Chávez era largo y flaco y Zegarra más bajo y un tanto más corpulento.

En los años 90' Zegarra se encargaba de escribir los artículos científicos e históricos del periódico con una precisión envidiable que exigía, también, a todo aquel que se atreviera a abordar esa temática.

La historia se convirtió en su pasión y la desarrolló con la meticulosa precisión de un científico cuando escribió la del Monasterio de Santa Catalina y la de la beata Ana de los Ángeles Monteagudo. Eso lo llevó no solo a buscar datos, sino los documentos que los respalden.

Seguro que ese afán profundizó su amistad con Chávez que también buscaba comprobar la historia, pero aquella escrita por los cronistas españoles que llegaron al Tahuantinsuyo, solo que él lo hacía a través de su propia pasión: la arqueología.

En 1995, Chávez era decano de la Facultad de Arqueología de la Universidad Católica de Santa María cuando dio a conocer el mayor descubrimiento arqueológico en Arequipa: el cuerpo de una niña inca cuya vida fue sacrificada como una ofrenda a los dioses en el volcán Ampato, y que el mundo conoció después como Juanita.

Lo maravilloso era que el cuerpo había permanecido incorrupto por cinco siglos, preservado por las nieves, pero liberado por el derretimiento que causaba una nueva erupción de un volcán contiguo, el Sabancaya, que se prolongaba por años.

Chávez era el codirector peruano del Proyecto Santuarios de Altura del Sur Andino, que hicieron con Johan Reinhard, un antropólogo y explorador norteamericano que encontró a Juanita.

Durante años Reinhard ha sido la voz cantante de este descubrimiento. Chávez, sin embargo, fue quien más tiempo ha pasado con el cuerpo de la niña inca, y hasta hace menos de un lustro era el responsable de su preservación.

En más de 20 años, es realmente poco y sincrético lo que ha dicho Chávez, lo que despertó en mí una gran curiosidad.

Hace casi dos décadas estuve en una de sus conferencias de prensa y luego pude hacerle unas preguntas en privado. No me quedó la menor duda de que Chávez, pese a no haber estado en el Ampato el día en que hallaron a Juanita, era su otro descubridor, el que se dedicó a observarla y quien la trató más con la dignidad de un vivo que con la de un muerto.

Pensé que el destino los había unido y que allí había dos historias que contar: la de ella, desarrollada hace 500 años, y la de él, que había permanecido oculta por esa personalidad reacia a la fama. Me equivoqué, había muchas más.

Finalmente, me di cuenta que en este libro se cuentan las historias, aunque acotadas, de las vidas de Chávez y Juanita, y en cierta forma la de Reinhard. También sobre el andinismo y la arqueología en las cumbres andinas, y de los sacrificios humanos en tiempo de los incas, de las momias y su conservación, de las discusiones para preservar un cuerpo congelado y de algunas cosas misteriosas que ocurrieron en la ciudad y en la alta montaña.



La niña de los 500 años es un reportaje que no cabría en un periódico o en una revista, y que solo se da a la luz gracias al interés y apoyo de Paulo Pantigoso, el Country Managing Partner de EY en Perú, convertido por convicción, y más por deleite, en editor de libros que contribuyen a la formación humanística y que rescatan, en muchos casos, nuestra historia.

Nunca vi a un gerente tan metido en los temas editoriales. Estoy seguro que no es una especie en extinción, sino un modelo singular, formado en las artes gracias a sus vivencias con su abuelo, Manuel Domingo Pantigoso, el pintor arequipeño que nos deleitó con su color, haciendo de sus cuadros mucho, pero mucho más, que una copia de la realidad.

Evidentemente, este libro no se hubiese editado sin una organización como EY en el Perú, que además de su altísimo profesionalismo está generando aportes invaluables a la cultura del país.

Este reportaje es un homenaje a quienes nos ayudan a reconstruir nuestra historia, a comprender mejor el pasado y que nos muestran la riqueza de nuestra cultura. Es un reconocimiento principalmente a Chávez y, a través de él, a muchos que han explorado montañas arriesgando sus vidas y que han entregado cada hallazgo a las autoridades peruanas o a las instituciones que ellas designaron para su custodia y preservación, entre ellas la Universidad Católica de Santa María.

En noviembre del 2020 Juanita fue declarada "Patrimonio Cultural de la Nación". Fue justo cuando se conmemoraban 25 años de su descubrimiento. El gobierno tardó un cuarto de siglo en darse cuenta de su real valía, pero es un paso más en el camino de su conservación para que sea vista e investigada por las futuras generaciones, ya que siempre habrá algo más que saber de ella.

Como todo reportaje, no va dirigido a la comunidad científica, sino al común de la gente que, como yo, no deja de sorprenderse de lo que encontramos en la cima de un volcán o a la vuelta de la esquina.

Arequipa, julio de 2021





De cómo Chávez da el nombre de Juanita a la niña ofrendada en el Ampato, su vestimenta y su simbología.

La niña de los 500 años vivió solo 12, pero ahora estaba parada allí, delante de él. José Antonio Chávez la había desenvuelto del fardo en el que se conservó congelada por cinco siglos en la cumbre del Ampato, y ahora la miraba recobrar vida.

Había visto sus vestiduras congeladas, había sacado el delicado y magnífico manto rojo y blanco que le pusieron en la espalda y visto sus frágiles brazos. Había imaginado su delicado rostro, que el sol había desecado y deformado cuando cayó de su tumba. Y, de repente, estaba parada allí, frente a él y ante media docena de personas que le tomaban fotografías.

No era Juanita. Era Cari, su hija, vestida suntuosamente posando frente a los lentes del fotógrafo de National Geographic. Pero por un instante le pareció verla. Cari tenía casi la misma edad que Juanita cuando los incas la vistieron así para ofrendar su vida en el nevado Ampato, para acallar la furia del volcán Sabancaya que estaba en erupción.

Cari había sido elegida por la delegación de National Geographic, la prestigiosa revista norteamericana, como modelo para una sesión fotográfica que ayudaría a ilustrar el más fabuloso descubrimiento de una niña sin nombre conocido, a quien los sacerdotes mataron



para enviarla como mensajera a sus dioses, y que los hielos de la cumbre conservaron casi intacta desde la segunda mitad del siglo XV hasta 1995.

Chávez la había mirado muchas veces con esos ojos adiestrados que le permiten imaginar el pasado viendo los rastros que han ido quedando desperdigados en el tiempo. Pero ese día de 1996 fue algo especial. Ver a su hija vestida como esa niña inca disparó su imaginación, y aunque Chávez es parco para describir sus sentimientos, me dijo, más de 20 años después, que sintió orgullo.

Su hija tiene un nombre especial que solo puede entenderse si se ve junto con el nombre de su hermano, solo unos años menor, a quien Chávez y Ruth Salas, su esposa en ese momento, le pusieron Ñito. Los nombres unidos forman una palabra especial para ellos: cariñito.

El nombre que le dieron a la niña inca del Ampato tiene también un origen y un significado especial, y le fue puesto por José Antonio Chávez: Juanita. Casi todos creen que se le llamó así solo en honor a Johan Reinhard, el antropólogo y explorador que la encontró en el Ampato, cuyo nombre puede traducirse al español como Juan. Y aunque es verdad, la historia del nombre es más rica.

Chávez es la persona que más tiempo ha pasado con Juanita y desarrolló con ella una relación muy especial, tanto que nunca pudo verla como un objeto de museo. Para él es una persona, y supongo que lo fue aún más después de que la vio representada por Cari.

El nombre de Juanita fue más pensado de lo que uno esperaría, tanto como cuando un padre trata de elegir el nombre de una hija, pero con la responsabilidad de saber que ese nombre iba a ser conocido casi de inmediato en todo el mundo.

Aunque la idea más fácil era pensar en nombres andinos, Chávez vio las cosas de otra manera:

—Debía ser un nombre cercano a la gente —me dijo.







1 El cuadro en el Museo Santuarios Andinos en el que se representa a Juanita con su vestimenta. La modelo es Cari Chávez, hija de José Antonio Chávez.

Foto: Enrique Zavala





2 Esta es Juanita, una niña inca sacrificada en el Ampato, cuyo cuerpo conservó el hielo por 500 años.

Foto: Museo Santuarios Andinos UCSM



El cuerpo congelado de esa niña inca fue encontrado el 8 de setiembre de 1995. Y en octubre, en otra expedición, Reinhard y Chávez hallaron dos cuerpos más de niños ofrendados, aparentemente, en la misma ceremonia inca. Ellos hasta ahora no tienen nombre, como tampoco lo tiene el cuarto cuerpo que encontraron en noviembre de 1997.



Antes de hacerlo con Juanita, les quitaron la vida a esos otros tres niños, con horas de diferencia, o tal vez uno o dos días antes, según Chávez, aunque es difícil saberlo con certeza. Pero los hielos no los conservaron, sus cuerpos se corrompieron. Esos pequeños niños incas ahora son conocidos por lo que dicen sus etiquetas: Momia 2, Momia 3 y Momia 4.

Juanita pudo pasar solo como Momia 1, pero no fue así. Chávez vio a una chica de la limpieza que resultó con el tiempo ser muy importante para el museo, por su habilidad y esfuerzo. Era Juana Mamani, a quien todos conocían como Juanita.

—Juanita me pareció un nombre sonoro, bonito y del pueblo —me contó Chávez.

Había estado en busca de un nombre con arraigo popular y por fin lo había encontrado.

—Era un nombre magnífico: Juanita, o Juanacha, en quechua —me dijo.

Además, servía como un homenaje a Reinhard, con quien había planeado las expediciones a las montañas de los Andes del sur peruano desde 1980. Con él compartía la dirección del gran proyecto arqueológico para encontrar las ofrendas humanas que los incas hicieron a sus dioses en las más altas cumbres, que fueron mencionadas por los primeros cronistas españoles con el nombre de *capacocha*.

—Reinhard ha hecho mucho por la investigación. Gran parte de sus expediciones han sido, en un inicio, financiadas con su peculio —me puntualizó.



José Antonio Chávez Chávez, el hombre que más tiempo ha pasado cuidando y estudiando a Juanita.

Foto: Enrique Zavala



Claro que el nombre no les gustó a todos. Chávez había intuido una oposición, pero estuvo decidido a asumir el riesgo:

—Momia 1 por fin tenía nombre, un nombre popular, un nombre del pueblo —me dijo.

La intuición no le falló. Recuerdo perfectamente que estuve en una conferencia de prensa en el Portal Hotel, en la Plaza de Armas de Arequipa, cuando el director general del Instituto Nacional de Cultura, Juan Guillermo Carpio Muñoz, llegó para destacar la importancia del hallazgo.

Pero no solo fue para eso, quería decir que el nombre de Juanita, ya bastante conocido en el Perú y en el mundo, era una simpleza y hasta una falta de respeto que no podía permitirse y que, por lo tanto, debía ser remplazado por el de "La Dama del Ampato", que le hacía más justicia.

Juan Guillermo Carpio no era un funcionario cualquiera; más que el jefe nacional del INC, era uno de los hombres que mejor conocía la historia de Arequipa y la había plasmado en una obra monumental, de varios tomos, que llamó El Texao, como la planta tradicional de la ciudad que crece en los bordos de las acequias.

Murió a inicios de 2019 y se le despidió en medio de homenajes. Nunca le gustó que le dijeran historiador, pues era sociólogo, así que no encontró mejor forma de definirse que como un "arequipeñólogo".

La verdad es que Juan Guillermo Carpio no pudo quitar de la mente de la gente, incluso de los científicos, ese simple nombre en diminutivo: Juanita. Además, a José Antonio Chávez nunca le gustó que la llamaran "La Dama del Ampato", "La Dama de los Hielos" o "La Doncella Inca".

En el 2013, en una entrevista que le hice en el Museo Santuario Andinos, que ocupa una preciosa casona colonial del Centro Histórico de Arequipa, me explicó el porqué:





- —Es una niña congelada. No es una doncella, porque no estaba en la época medieval. Tampoco es una dama, porque no es una señora, no estamos hablando de las cortes francesas.
- —¿Y entonces? —le pregunté.
- —No se le debe llamar dama ni doncella; ella es una niña.
- —Una niña inca.
- —Exactamente. Es del año 1460 o 1470; es por esos años que ha muerto Juanita.

Chávez no la encontró en el Ampato; el recargado trabajo en la Facultad de Arqueología de la Universidad Católica de Santa María, cuando era decano, no le permitió subir a explorar el Ampato con Reinhard, como había pensado. Pero fue él quien la recibió en Arequipa y tomó las medidas inmediatas para su preservación y, además, la cuidó con recelo por más de veinte años.

Él y Reinhard tenían la intuición de que en el Ampato podía haber una capacocha oculta por siglos. Y en ese momento, una nueva erupción del Sabancaya, que se prolongaba por años, estaba descongelando el casquete del Ampato y podría permitir su hallazgo, posiblemente en sus laderas.

—Es momento de que vayamos a ver si encontramos algo —le dijo Chávez a Reinhard.

Estaban precisamente en busca de tumbas intactas. Las tumbas halladas anteriormente en los volcanes de la ciudad de Arequipa fueron saqueadas, y los cuerpos recuperados se habían deteriorado mucho, incluso hasta dejar solo huesos, algunos calcinados por los rayos que caen a raudales en las cumbres andinas.

Chávez no había hallado directamente el cuerpo de Juanita, pero en verdad era el otro descubridor. Él estudió las crónicas, organizó expediciones como andinista y como profesor de arqueología, y



había visto vestigios de los rituales incas de la capacocha, cuya finalidad era ofrendar a sus dioses la vida de niños y vírgenes adolescentes.

Luego del hallazgo, basado en su conocimiento y en su experiencia como investigador, arqueólogo y andinista, había recreado en su mente el proceso que terminó con la muerte de Juanita.

Juanita, en ese momento, tenía puesto un vestido al que llamaban acsu. Va pegado al cuerpo, envolviéndolo, sostenido en los hombros con unos prendedores de metal llamados tupus, y ceñido en la cintura con una faja tejida que llaman chumpi. En su espalda tenía un manto que se conoce como lliclla.

En los pies calzaba unos polcos de cuero, y en la cabeza, al estilo de las pañoletas de hoy, tenía un textil de unos cincuenta por setenta centímetros, de colores terrosos, que llaman ñañaca.

Debió tener un exuberante tocado de plumas que no encontraron, pero que recrearon siguiendo un modelo encontrado en otra de las momias del Ampato.

—Juanita, siendo la ofrenda principal, debió tener uno, solo que al caer de su tumba debió perderse en el cráter —me dijo Chávez.

La lliclla que llevaba en la espalda es impresionante. Al desdoblarla es una bandera del Perú, con dos franjas rojas a los costados de una franja blanca.

-Es realmente impresionante que la bandera del Perú la tengamos acá —me dijo—. Es del tiempo de los incas. La lliclla desdoblada es la bandera del Perú.

-; Y los colores rojos a los costados y el blanco en el centro son solo coincidencia? —pregunté.

—No es sólo coincidencia, porque el rojo representa prácticamente la vida y el poder imperial, y el blanco la divinidad. Estos colores, tal como lo indica Max Uhle, tenían un valor esencial en tiempo de los incas.







4 Esta es la lliclla desdoblada que Juanita llevó en sus hombros. Tiene los colores y el diseño de la bandera peruana.

Foto: Enrique Zavala



—Sin querer nosotros tenemos una bandera acorde con lo imperial y con lo divino.

—Así es, y así fue en tiempo de los incas. Por eso la gente común no se vestía con estas indumentarias. Tenían otros colores, como hemos podido observar en otros hallazgos. Esto estaba prácticamente reservado al rango imperial, divino, y eso fue Juanita. Diríamos que fue una embajadora ante el *apu* Ampato.

Incluso Chávez no cree que el color de la bandera peruana haya tenido que ver, realmente, con un sueño en el que el libertador José de San Martín vio volando pariguanas.

—Esas son tonterías —me dijo—. La bandera tiene que ver más con esto.

Esa lliclla de colores divinos e imperiales ha sido reproducida con mucha dificultad en el Cusco actual. Nilda Callañaupa, una tejedora que había forjado amistad con Johan Reinhard, se interesó de inmediato cuando conoció del hallazgo.

Habían tenido conversaciones con él sobre los sacrificios humanos en las grandes montañas de los Andes. Reinhard buscaba donde podía la información que lo llevara con éxito a una cumbre en la que pudiera encontrar una capacocha intacta.

—Por años hablamos de los sacrificios, hasta que encontró a Juanita
—me dijo Nilda.

Ella estaba interesada en los tejidos de las culturas precolombinas, en encontrar la manera tradicional con que se hicieron. Directora de Centros Textiles Tradicionales del Cusco, ha logrado reproducir las tres piezas principales del atuendo de Juanita.

El acsu ha sido, dentro de lo complejo, lo más fácil de reproducir. El chumpi y la lliclla han sido complicados por la iconografía. La lliclla con los colores de la bandera peruana se ha hecho sobre la base de lana de ovino, con trama de fibra de alpaca. La original fue de alpaca pura. En los filos más cercanos a la franja blanca hay





delicados decorados hechos con hilos de colores, que han sido lo más dificultoso de reproducir.

Ella no trabaja de manera individual, lo hace con diez asociaciones de tejedoras tradicionales. Al inicio no podían hacer las ropas de Juanita, esa ropa que seguramente había recibido allí mismo, en el Cusco, cinco siglos atrás, tejida en los talleres especiales de los Acllahuasi, donde se hacían los atuendos para el Inca y la realeza.

Unas tejedoras viajaron hasta Arequipa, enviadas por Nilda Callañaupa, para ver directamente las piezas que buscaban reproducir. Regresaron algo decepcionadas. El atuendo está en el cuerpo de Juanita, salvo la lliclla. Casi no pudieron ver nada.

Más de cuatrocientas tejedoras cusqueñas se dedicaron a tratar de tejer la vestimenta inca, basada en su experiencia y su intuición.

—Solo un ocho por ciento de las tejedoras hicieron tejidos con la calidad que se necesita —me contó.

En su opinión, Olga Huamaní Quispe, una tejedora de Chincheros, hizo la pieza más fina, con ese acabado laborioso que marca la diferencia

Hoy se siguen haciendo las piezas con las que se vistió a Juanita para la ofrenda. Son coleccionistas, museos y turistas extranjeros los que las compran. El conjunto de una buena calidad puede costar unos 700 dólares, y puede demorar unos sesenta días en hacerse, porque es un trabajo muy laborioso.

Nilda nunca se ha vestido con ellos.

—Hemos vestido a niñas. Juanita ha sido una niña —me recalcó.

Los estudios realizados al cuerpo establecieron, efectivamente, que debió tener entre 12 y 14 años. José Antonio Chávez, el hombre que más ha estado con ella, que más la ha observado, que más la conoce, cree que tuvo 12. Así la ve, con la ternura con que se mira a una niña.





De cómo se conocieron Chávez y Reinhard. Lo importante de saber escalar montañas. Cómo empiezan a planear sus exploraciones a las cumbres del sur andino.

Un día de 1980, Johan Reinhard, a quien podría definírsele como un gran explorador, se apareció en las oficinas del Instituto Nacional de Cultura de Arequipa. Su interés por los altares incas de las altas montañas de los Andes lo llevaba a buscar información por donde pasara.

José Antonio Chávez, que trabajaba allí, fue una de las personas con quien se encontró. Ambos compartían la afición de escalar montañas, así que la buena conversación surgió inmediatamente entre los dos

—No recuerdo exactamente cómo empezamos a hacernos amigos -me dijo Chávez hace poco-- pero estoy seguro que fuimos a almorzar o a comer algo, y que allí comenzamos a hablar de las montañas y de las capacochas.

Johan Reinhard es un experto escalador. Empezó a los 20 años, en 1964, escalando el Mont Blanc en los Alpes franceses, y siguió en Grecia y Austria, para una década después dar el salto para el ascenso en el Himalaya y participar de la expedición estadounidense a la cima del mundo: el Everest.



Dos anotaciones importantes en su página web señalan, primero, que para 1989 Reinhard era el hombre que había subido a más montañas de más de 6 mil metros de altura en los Andes y, segundo, que ocho años después, sus escaladas andinas estaban registradas en el Libro de los Récords Guinness.

La historia de montañismo de Chávez era menos sofisticada, pero no menos interesante que la de Reinhard, y al final se convirtió en esencial para el descubrimiento de catorce cuerpos incas en las cumbres del sur andino peruano.

Su primera ascensión fue al Misti, a los trece años, en una aventura infantil sin parangón, entre otras cosas, porque partió sin que lo supieran sus padres. Se enrumbó junto con otros tres amigos: Atahualpa, Jove y Fataccioli, y sin conocer ninguno el camino. ¿Podría para ellos haber habido una aventura más grandiosa?

Partieron una noche de la chacra de la familia de Chávez, en el anexo de Agua Salada, en Chiguata, que es sin duda una de las más cercanas al impresionante volcán de Arequipa. De hecho, el agua que irriga esos campos proviene de la quebrada El Infiernillo, que baja del Misti.

Su familia, desde antaño, ha sido propietaria de vastas extensiones en la zona, a tal punto que puede decirse que parte de las faldas del Misti le pertenecen. Su abuelo había regalado a la ciudad un terreno donde estaba el manantial de La Bedoya, de donde se abastecía de agua a parte de Arequipa.

—Mi padre subió algunas veces al Misti —me dijo.







1 José Antonio Chávez en la cumbre del volcán Pichu Pichu, cuando aún no buscaba restos arqueológicos.

Foto: José Antonio Chávez



Y no sólo lo hizo por la cercanía del volcán a su propiedad, sino porque también tenía afición a la montaña. Chávez recuerda unas fotos de su padre en el Ubinas, en una de sus constantes erupciones. También había subido al Pichu Pichu, otro de los volcanes de Arequipa.

Mario Chávez Rodríguez, así se llamaba, conocía los peligros del montañismo y, tal vez por eso fue que decidió, junto con su esposa Amalia Chávez Valdivia, no darle permiso para que suba al Misti con sus amigos siendo todavía un niño.

—Sin embargo, esos datos de mi padre y esa foto me animaron a subir —me contó

Ninguno de los cuatro amigos tenía experiencia. Lo único que sabían era que tendrían que enfrentarse a mucho frío, así que fueron bien abrigados.

Partieron una noche por un camino que, más que trazado, fue imaginado por el audaz José Antonio Chávez.

- —Había que seguir una ruta y, como más o menos yo conocía la zona, dije: ¡Vamos por acá!
- -¿Y fue una buena elección?
- —Elegí un buen camino. Lo he hecho en otras oportunidades, y es bueno porque por allí no se pasa por quebradas, salvo la de Agua Salada, y luego el camino es recto.

Más que un golpe de suerte —que ciertamente la tuvieron— fue la comprobación del buen sentido de orientación que iba desarrollando Chávez, basado en algo que se ha convertido para él en un axioma: primero hay que observar y luego caminar, no al revés.

En realidad, empezaron el ascenso sin saber ni conocer nada. Fue una prueba para sus sentidos y, cómo no, para sus músculos.

Cuando llegaron al terreno arenoso las cosas se complicaron.





- —Subir la parte de la arena —me explicó Chávez— es sumamente dificultoso, se avanza un paso y se retroceden tres.
- -¿Y cómo pasaron? -pregunté.
- —Con ánimo y buen humor. Fataccioli recordaba y gritaba a voz en cuello, una y otra vez, lo que su padre le había dicho cuando le pidió permiso: ¡Qué crees, que subir al Misti es subir escaleras! Eso nos daba mucha risa.

Durmieron a la mitad del camino acurrucados, muy pegados el uno al otro. Llegaron a la cima al mediodía.

—Cuando uno llega a la cumbre por ese camino, llega a un punto con un precipicio a los dos lados, y uno de ellos da al cráter —me dijo—. En esa parte había fumarolas, allí mismo, en el borde.

En la cumbre, los cuatro amigos juraron nunca más regresar. José Antonio Chávez no cumplió.

En ese momento no tenía ni la menor idea que daba los primeros pasos para hacer arqueología de alta montaña. Esa arqueología uniría su vida a Johan Reinhard y a Juanita, la niña inca, y lo llevaría a descubrir altares en las cumbres andinas, donde se realizaron ofrendas humanas y hasta un entierro masivo en el mismo Misti.

A esa corta edad, José Antonio Chávez solo había tenido dos experiencias que lo vincularían dos décadas después al proyecto arqueológico Santuarios de Altura: su ascenso al Misti y el descubrimiento inocente de cementerios precolombinos en las chacras de su familia. Pese a ello, todavía no imaginaba que se convertiría en un arqueólogo.

La arqueología no estaba en sus planes. Cuando terminó el colegio se fue a Puno a postular a la Universidad Nacional del Altiplano. Iba a estudiar Agronomía, pero no ingresó, así que se fue a Lima, donde estudió Contabilidad y Economía en la Universidad de Ciencias y Tecnología que quedaba en Miraflores.



Su afición a escalar montañas no se desvaneció, sino que fue creciendo. Fue a escalar el nevado San Andrés en una expedición con el Club Andino Peruano.

—Allí fuimos cerca de cincuenta personas. Fue una experiencia fabulosa por varios motivos —me dijo.

El San Andrés está en Ticlio, en la Carretera Central. Está a unos 5400 metros sobre nivel del mar, pero en realidad no hay mucho que escalar, porque Ticlio está a 4800 metros. A su pie hay una lagunita alimentada por un glaciar.

- —Eso era lo interesante —me dijo—. El glaciar llegaba a la laguna casi como una lengua y por allí subimos.
- —No era como el Misti, donde el hielo es muy poco —le dije.
- —No, era distinto. Fui subiendo, agarrándome con las manos, que se empezaron a congelar, pero no le di importancia.

Arriba, el San Andrés tiene dos cumbres, una pequeña y la otra a cincuenta metros, unidas por una cuchilla.

- —Allí llegamos poquitos. La cuchilla era de unos 20 metros de largo. Le decían el caballo.
- —¿El caballo? ¿Por qué?
- —Porque había que pasar montado.
- —¿Y la bajada fue difícil?
- —En la subida mis guantes se hicieron trizas, cuando bajé lo hice solo con las manos.
- —¿Se le congelaron?
- —Le dije a César Morales Arnao, que era el presidente del club, que me picaban las manos y que se me adormecían. Me dijo que se me querían congelar.





- —Me imagino que el asunto ya era peligroso.
- —Claro, se me podían gangrenar. Así que me dijo que las pusiera en agua tibia un buen rato, durante unos 15 días para recuperarme, y así lo hice. Aprendí allí cuán peligroso es el hielo.

Esa lección le serviría, junto con otros estudios y experiencias, para que en 1995 y 1996 pudiera establecer las temperaturas adecuadas para la conservación de Juanita. Chávez empezaba a conocer el hielo

No sólo la montaña unía a Chávez y Reinhard. Ambos tenían, también, un afán de exploración e investigación científica.

Esa pasión había llevado a Reinhard a tener grandes aventuras. Vivió por más de diez años en el Himalaya haciendo investigaciones antropológicas, incluida una sobre el papel de las montañas sagradas en el budismo tibetano.

En ese tiempo fue el primero en contactar con los raute y los kusunda, dos de las últimas tribus verdaderamente nómades que viven de la caza y la recolección. Los estudió y analizó sus idiomas.

Ha hecho grandes expediciones a lomo de camello e investigaciones arqueológicas subacuáticas. Podría decirse que ha llevado una vida de aventura, que por los años 80 lo llevó a vivir en Sudamérica.

Cuando Chávez y Reinhard se encontraron, ambos sabían que en los nevados de los Andes los incas habían hecho sacrificios humanos.

- —La idea era investigar lo que él conocía y lo que yo conocía —me dijo Chávez.
- -¿Y esencialmente qué era? -pregunté.
- —Ambos suponíamos que podía haber entierros incas en el Misti.

En las crónicas de los primeros españoles se menciona que en el Misti hay un santuario, pero no se dice la ubicación exacta.



Chávez lo había rastreado en varios escritos, como los de finales del siglo XVI de fray Martín de Murua o en el de Ventura Travada, un sacerdote que escribió en 1752 lo que muchos consideran como la primera historia general de Arequipa, bajo un poético nombre: Suelo de Arequipa convertido en cielo. Allí incluso se hablaba del Ampato, el volcán inactivo en donde encontrarían a Juanita.

—En las crónicas se decía que en el Misti hay un santuario que los antiguos adoraban y que le hacían ofrendas —me dijo Chávez.

Reinhard nunca vivió en Arequipa, así que volvió a Chile, donde residía en ese entonces, pero empezaron una comunicación fluida por carta y por teléfono.

El tema era reiterativo: las capacochas, esas ceremonias donde los incas ofrendaban vidas humanas a sus deidades.

Al principio no había un proyecto, solo la curiosidad científica y el afán de aventura que movía a los dos. Tenían la inquietud por descubrir lo que el tiempo y la nieve habían ocultado.

Chávez empezó a sentir en su interior la misma curiosidad de sus trece años, cuando miraba los restos de andenería en la carretera que pasaba frente a la casa de sus abuelos.

—En esa carretera antigua habían piedras que eran de andenería —me dijo.

Pronto dedujo solo, como una gran revelación, que antes no hubo una carretera sino andenes. Luego miró alrededor. Vio que los vestigios de andenería no concordaban con los andenes de sus abuelos.







2 | Johan Reinhard en el Ampato con una de las momias encontradas en la década de 1990.

Foto: Johan Reinhard



—Me pregunté: ¿cómo es esto? Entonces concluí que antes de mis abuelos había otros habitantes. Y eso me intrigaba. ¿Cómo era eso posible?

La respuesta vino después, cuando se puso a investigar y encontró unas tumbas precolombinas en medio de las chacras.

—Y muchos años después descubrí que cuando mis abuelos tomaron posesión de esos predios construyeron andenería nueva. La antigua pertenecía a los churajones, que habitaron el sitio mil años después de Cristo.

Las cartas entre Chávez y Reinhard iban y venían, y en las conversaciones telefónicas fueron definiendo cosas. Reinhard trabajaba pensando en el financiamiento del proyecto, un proyecto de sólo dos personas que hacían un buen equipo.

Chávez, por su parte, avanzaba planeando lugares que explorar. Conocía la región Arequipa al dedillo y, también, la tramitología para conseguir los permisos para la búsqueda arqueológica.

Ambos sabían que no había dinero suficiente, así que había que planear las expediciones gastando la menor cantidad de dinero y haciéndolo rendir lo más posible.

Así fueron los inicios del Proyecto Santuarios de Altura del Sur Andino, que codirigieron ambos.

Chávez también participó en expediciones en Argentina que organizó Reinhard. Subió al Quehuar, aunque por un viaje de Juanita al Japón, no pudo subir al Llullaillaco.

—Yo presenté el proyecto a la Gobernatura de Salta para que nos dieran el permiso, y nos lo dieron.

Y aunque Reinhard y muchos científicos sostienen que los cuerpos de Llullaillaco son los mejor conservados del mundo, Chávez cree





que no, que están liofilizados, sin la humedad que sí ha conservado Juanita.

- —El cuerpo de Juanita está muy bien conservado. Es el mejor cuerpo conservado de tiempos prehispánicos en el mundo. Esa es mi opinión, aunque otros no la compartan. Así que no estamos hablando solamente del Perú o Arequipa. Y esto es importante porque no existe un cuerpo de esta naturaleza, con sus órganos internos y sus músculos muy bien conservados.
- —Entonces este no es un cuerpo importante para el Perú, es un cuerpo importante para la humanidad —le dije.
- —Es importante para la humanidad porque este cuerpo nos ha dado los indicios de la estructura molecular. Las primeras pruebas de ADN en cuerpos congelados incas se hicieron en Juanita.

A company of the comp

And the second second





De crónicas sobre las ceremonias con ofrendas humanas que llamaban capacochas. Las divergencias sobre si llamarlas ofrendas o sacrificios.

José Antonio Chávez y Johan Reinhard leyeron sobre las capacochas en los escritos de los primeros cronistas españoles. En sus conversaciones habían tenido algunas discrepancias en cuanto a cómo llamarlas: sacrificios humanos u ofrendas.

Reinhard en sus escritos, incluso en el libro sobre Juanita que tituló The Ice Maiden, habla de sacrificios humanos. Chávez cree que el término no es el adecuado. Piensa que "sacrificio" tiene que ver más con acciones en contra de la voluntad, y que las ofrendas están más relacionadas con todo un largo procedimiento preparatorio de alguien para que fuese mensajero del pueblo ante los dioses.

"La palabra 'sacrificio' se ha utilizado para distinguir el quitar la vida a un ser vivo por motivos rituales, pero esto no quiere decir que sea en contra de la voluntad. Esto me parece más una cuestión de semántica", me dijo Reinhard al respecto y luego puntualizó:

"No hay diferencia entre Chávez y yo, excepto en cuanto a qué palabra se debe usar en las publicaciones científicas. Para mí, 'sacrificio' es un término más preciso que 'ofrenda', ya que la palabra 'ofrenda' se usa para dar cosas y no tiene por qué ver con los seres vivos ni con la religión. Cuando se usa con la palabra 'humano', el término 'ofrenda' podría significar que la persona



estaba dedicada a la deidad, pero no necesariamente asesinada. Sin embargo, estoy de acuerdo con Chávez en que su uso es más aceptable para el público en general. A algunos no les gusta el uso de la palabra 'sacrificio', porque creen que tiene un significado negativo".

En la mente de las personas de hoy está la imagen de los sacrificios humanos de los aztecas, que muchas veces han sido recreados en películas. Según los cronistas, una de las formas de estos sacrificios era arrancar el corazón de la víctima propiciatoria.

Subidos en un altar, colocaban a la persona sobre una piedra. Cuatro hombres le sujetaban brazos y piernas, mientras el sacerdote le abría el pecho con un cuchillo y extraía el corazón que, aun latiendo en sus manos, era presentado al sol.

La cosa podía ser incluso más terrorífica, pues luego podía seguir el desollamiento de la víctima.

Algo muy parecido ocurría en el norte del Perú con los moches, una cultura preinca. En varias vasijas hay representaciones de sacrificios humanos. Allí se aprecia hasta dos víctimas amarradas, y un sacerdote y una sacerdotisa que les sacan el corazón del pecho.

En la vasija se ve que la sangre de los sacrificados se entrega en una copa a uno de sus dioses.

Pero las capacochas incas parecen haber sido diferentes. Chávez sostiene que tuvieron un doble sentido: uno divino, de comunicación con sus dioses, y otro diplomático, para mantener las relaciones con los pueblos conquistados.

El Inca tenía todo un aparato político y religioso.

Chávez cree que cuando el Inca conquistaba un pueblo o lo asimilaba al Tahuantinsuyo, el curaca de ese pueblo iba al Cusco para vivir allí.

—Incluso —sostiene— le daba alguna mujer de su acllahuasi en un afán de unir las sangres de las realezas.





Es muy probable, entonces, que en el Cusco de ese entonces se hablaran todas las lenguas del Tahuantinsuyo.

Las capacochas, u ofrendas humanas incas, involucraban realmente todo un aparato de preparación. Era toda una institución.

Algunos piensan que los niños no eran arrancados bestialmente del seno familiar; más bien eran seleccionados, y en la mayor parte de veces ofrecidos por los curacas, que eran los gobernantes de una comunidad

La información del cronista Hernández Príncipe, que data de 1622, y que ha sido recogida e investigada por muchos historiadores, entre ellos María Rostworowski, señala que los niños que iban a ser ofrendados a sus dioses eran seleccionados en todo el imperio y que básicamente provenían de la nobleza.

Debían ser inmaculados, hermosos y sin defectos físicos, incluso sin lunares.

- —En las crónicas se relata que las niñas, como Juanita, eran criadas en sitios especiales en el Cusco y en otros lugares importantes, donde eran recluidas —me explicó Chávez.
- —¿Eran arrebatadas a la fuerza? —pregunté.
- —Eran preparadas desde muy pequeñas y no eran cualquiera. Se les escogía entre miles y tenían que ser bellas, perfectas. Si no había entre la nobleza, se elegía entre el pueblo.
- —¿Hombres y mujeres?
- —Sí, hombres y mujeres, eso es lo que hemos encontrado en las montañas.
- —¿Esos sitios especiales eran los acllahuasi?
- —Los niños y niñas iban al seqsiyhuasi, como una casa de los elegidos. Las mujercitas ya adolescentes pasaban al acllahuasi, que es la casa de los servidores divinos.



—¿Y qué hacían allí?

—Las niñas estaban al servicio del Sol o de la Luna, o eran acompañantes del Inca. No eran sus concubinas; más bien tenían un gran estatus, un trato como el del Inca.

En uno de sus escritos, Chávez sostiene que los niños elegidos vivían con cuidados especiales, con una dieta balanceada, buenos vestidos, buena educación y buen trato.

- —Ellos sabían que eran criados para ser intermediarios, embajadores o mensajeros entre el Inca y los dioses.
- —Me imagino que les decían que era un privilegio.
- —Era un gran privilegio para ellos y sus familias. Prácticamente eran considerados divinidades terrenas.

Hernández Príncipe narra una capacocha de la que no fue testigo, pero que lo inquietó mucho, tanto que lo hizo llegar, aunque muchos años después, al lugar del entierro. No solo lo llevó la curiosidad, sino su afán por destruir el lugar, ya que él era un extirpador de idolatrías

Esa es la historia de Caque Poma, una persona importante de Ocros, quien decidió consagrar a su hija, Tanta Carhua, una niña bella de sólo diez años, para servir al sol.

No se la arrebataron, no la arrancaron de la familia; fue ofrecida por el padre.

Junto a otros que, según dicen fueron destinados al sacrificio, partieron hasta el Cusco donde se cumplieron los ritos y festejos, luego de los cuales regresaron al pueblo de Ocros, donde las fiestas continuaron.

Las celebraciones, debieron ser prolongadas y suntuosas, tanto que, según le contaron los ancianos al cronista, Tanta Carhua pidió que les pusieran fin.





—Para fiestas bastan las del Cusco —dijo.

Luego de ello, llevaron a Tanta Carhua a un cerro alto llamado Aixa, que Hernández Príncipe describe como inhóspito y agreste, donde fue adormecida —seguramente con chicha y coca— para ser colocada en un nicho que luego tapiaron.

Con el tiempo, aquella ofrenda humana se convirtió en una huaca — un sitio sagrado— y un oráculo al que la gente peregrinaba llevando regalos a manera de ofrendas para consultar el futuro.

Los hermanos de Tanta Carhua, que eran muchos, se convirtieron en sacerdotes que respondían con voz de niña a las preguntas de los peregrinos.

Su padre recibió muchas recompensas por la ofrenda de su hija. Lo convirtieron en curaca de Ocros, una suerte de gobernador. Esto inició, según señaló María Rostworowski, "toda una dinastía familiar"

El extirpador de idolatrías cuenta que llegó a la tumba misma después de una dificultosa escalada. La profanó y encontró los restos de la niña, rodeados de ofrendas que incluían joyas, ceramios y tupus de plata.

El cuerpo de Tanta Carhua, corrompido por el paso del tiempo y el clima, aún dejaba apreciar parte de la ropa fina que vestía.

Fue algo muy preparado, con el cumplimiento de rituales y un aparato logístico importante. La *capacocha* no se improvisaba, al contrario, era toda una institución. Es por eso que Chávez habla de ofrendas y no de sacrificios.

—Los Incas construyeron un imperio enorme, y no fueron unos angelitos —me explicó—. Tuvieron que sojuzgar a otros pueblos. Pero tenemos que ver las ofrendas humanas en su contexto.

—Fue un acto cruel —le dije.



- —Es una muerte no deseada, es un asesinato de un niño o una niña, no deja de serlo, y no deja de ser penoso; pero fue ejecutada para ocasiones especiales. Aunque, claro, Pachacutec las hace más generalizadas, con objetivos políticos y religiosos.
- —¿Hay otro factor que lo lleva a rechazar la palabra sacrificio?
- —Bueno, la preparación de los niños. Desde su selección: castos, puros, sin mancha, hasta su formación en centros especiales. Ellos sabían que eran especiales, mensajeros para los dioses. Sacrificios y ofrendas, por lo menos en nuestro idioma, tienen connotaciones diferentes.
- —¿Juanita sabía que la iban a matar?
- —Supongo que sí. Juanita se ofrenda por el bien de los pueblos. Ahora se le denominaría heroína.

María Rostworowski afirmaba que en la cosmovisión andina "los sacrificios humanos no podían nunca considerarse como un crimen o una maldad", y resaltaba la palabra "nunca". Decía que en esos actos —que Chávez llama ofrendas humanas—, los padres de estas víctimas propiciatorias veían "un futuro maravilloso para sus hijos, colmados de todos los bienes posibles".

Si bien la historia narrada por Hernández Príncipe es muy interesante, a mí me dejó impresionado otra narración de un sacrificio humano masivo en el mismo Cusco.

Juan de Betanzos fue un explorador y cronista que nació en España alrededor de 1510. Llegó al Perú junto con los conquistadores Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y registró esta breve pero fascinante historia

A la muerte del Inca Pachacutec, el más poderoso y encumbrado gobernante del Tahuantinsuyo, se pasó de inmediato a nombrar a su sucesor.





Luego de esa ceremonia, los miembros del linaje de Pachacutec se reunieron en una fuente para proceder a un ritual habitual, una suerte de lavado purificador en que participaban tanto hombres como mujeres.

Reunidos allí les preguntaron:

—¿Quienes quieren seguir acompañando a Pachacutec?

Los que decidieron viajar con él en su recorrido al más allá, no se entristecieron; al contrario, según Betanzos, realizaron una gran fiesta, en donde cantaban, bailaban y tomaban chicha.

Cuando todos estuvieron embriagados, fueron ahogados.

Esto ocurría mientras el resto del pueblo en el Cusco lloraba la muerte del Inca. Pero, los que partieron con él, o detrás de él, se fueron entre festejos y alegría.

Claro que junto a eso ocurrió un hecho que hasta hoy puede consternarnos. Se organizó una capacocha extraordinaria. Se ordenó elegir entre las familias de los curacas de todo el territorio a mil niños de cinco y seis años, con las mismas exigencias que en las selecciones comunes: bellos y sin mancha.

¿Los sacaron del seqsiyhuasi? ¿Los arrebataron de sus familias? No se sabe

Lo narrado dice que fueron conducidos al Cusco y emparejados, niño y niña, para luego ser enviados a los principales puntos de los cuatro suyos o regiones del Tahuantinsuyo.

Según la crónica, fueron vestidos lujosamente y partieron en una procesión acompañados por sus familiares y un orejón, que era un noble inca al que los españoles denominaron así por el tamaño de sus orejas que habían sido agrandadas, deformadas, por los exuberantes adornos que colgaban en ellas.



Lo más perturbador es que cuando llegaban a los lugares indicados para las *capacochas*, los niños eran enterrados vivos. Otros, que llegaban a la costa, eran arrojados al mar.

El entierro de personas vivas es mencionado por Francisco de Ávila, otro sacerdote extirpador de idolatrías que vivió entre 1573 y 1647. Él señala que en Pachacamac se enterraban vivas a las víctimas de la *capacocha*, en un ritual en que el sacerdote inca los ofrendaba diciendo:

—Helos aquí. Te los ofrezco, padre.

Felipe Guamán Poma de Ayala, un cronista descendiente del inca Tupac Yupanqui, señala también que en junio se hacía una celebración para enterrar a nada menos que a quinientas niñas con oro, plata y mullu. No precisa, sin embargo, que fueran enterradas vivas

José Antonio Chávez sostiene que la idea de la capacocha no era causar sufrimiento.

En una de sus publicaciones, Juanita: La niña que bajó de los cielos, narra cómo concibe que fueron las ofrendas humanas en las cumbres andinas. El sacerdote principal le daba de beber al niño o niña una chicha añeja especialmente preparada para el momento, hasta que estuviera totalmente inconsciente. Luego, recibían un golpe de gracia.

Se refiere básicamente a Juanita, cuyos estudios han señalado que murió a consecuencia de un golpe certero de macana en la cabeza.

Pero hay algo interesante en esa publicación que despertó más mi interés y que fue escrito a modo de aclaración:

—Una capacocha —Chávez se refiere a la víctima propiciatoria no podía tener ningún malestar. Al enterrarla solo sedada por la chicha, podía hacer posible que ella recuperara la conciencia y se encontrara enterrada viva y sufriera demasiado muriendo por asfixia. No estaba permitido.





Sarita, la momia encontrada en 1996 en el Sara Sara, apoya su hipótesis. También tiene evidencias de un golpe en la cabeza.

—¿Las otras momias halladas en los santuarios de altura de Perú también murieron con golpes de macana? —le pregunté.

—No lo sabemos. No hemos tenido las condiciones adecuadas para realizar los estudios a los catorce cuerpos —me respondió Chávez.

El último hallazgo que concretó Johan Reinhard en Llullaillaco, Argentina, puede ayudar a dilucidar si los niños pasaban por sufrimientos extremos. Los estudios a los tres niños incas, en envidiable estado de conservación, revelan que les dieron chicha y hojas de coca.

Una de las científicas que trabajó con esos cuerpos en Argentina, sugirió, en un documental de National Geographic, que habrían muerto por un coma inducido por el alcohol.

—Si te desmayas por efecto de la chicha a más de 6 mil metros de altura no te despiertas —dijo.

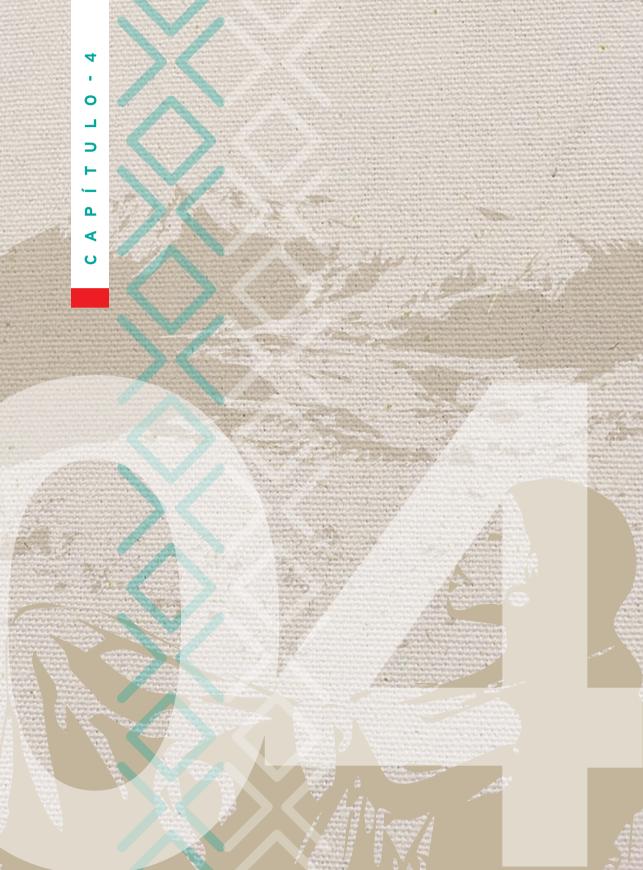
Pero el sufrimiento pudo venir por otros rumbos.

Reinhard señala en ese mismo documental que, según un cronista, algunos niños elegidos para las *capacochas* eran arrancados de los brazos de sus padres, que quedaban desconsolados, aunque los enviados del Inca les decían que no tenían derecho a llorar porque era un honor. Además, dijo:

—Cualquier niño, sin importar cuán especial sea la ocasión, tendrá miedo a lo desconocido.

Pero las capacochas siguen dejando muchas intrigas.

Chávez y Reinhard tenían, en 1980, mucho interés en encontrar esos entierros para tener más luces de lo que ocurría en el incario con las ofrendas humanas, como lo dice Chávez, o los sacrificios humanos, como los llama Reinhard. Y los encontraron.







De por qué se hacían las capacochas y cómo se hacían, y las discrepancias sobre el significado de esa palabra.

¿Por qué se hacían capacochas? ¿Por qué buscaban a los niños para matarlos? Eran preguntas que tanto Chávez como Reinhard buscaban responder desde 1980, no solo basados en las narraciones de los cronistas, sino en evidencias científicas recolectadas del testimonio de los cuerpos y de los restos arqueológicos en las altas montañas.

—Hay que tener en cuenta que esas crónicas sobre los incas las escriben españoles y mestizos. Escribían muchas veces cosas falsas para justificar la conquista —dice Chávez.

Es por eso que empezaron a planear las expediciones esperando encontrar entierros no profanados, cuerpos que hablaran, que fueran revelando el pasado. Por eso Juanita fue tan importante.

En los preparativos para sus expediciones, muchas veces leveron las crónicas en busca de referencias a lugares sagrados donde se habían hecho ofrendas humanas. Era una suerte de competencia contra los andinistas que se topaban con ellas por casualidad, o contra huaqueros disfrazados de andinistas que solo buscaban objetos valiosos para comercializarlos en el mercado negro.



Desde el extranjero, Reinhard envió a Chávez fotocopias de algunos libros y documentos que él hallaba, donde se hace mención a las capacochas, para que los datos fueran analizados.

Esas crónicas, que tanto habían estudiado, dan algunas referencias importantes sobre el porqué se hacían las *capacochas*. En otros escritos, historiadores analizan e interpretan los datos de los cronistas

Pierre Duviols, que hace mención al cronista Sarmiento de Gamboa, llega a conclusiones interesantes. Cree que un objetivo de estas ofrendas de vidas humanas era hacer que le vaya bien al Inca en todos sus emprendimientos, como en sus grandes obras de infraestructura e, incluso, en las guerras.

Había, así, una capacocha cuando el Inca y su ejército partían para la batalla, incluso cuando se colocaba la primera piedra y la última de una gran o significativa infraestructura. También a la muerte del Inca y a la asunción del siguiente.

Pero también se sabe que la hacían cuando había grandes sequías, inundaciones, erupciones de volcanes, buscando apaciguar la ira de los dioses enviando mensajeros.

- —¿Había también algunas capacochas periódicas? —le pregunté a Chávez.
- —Cada cuatro años, en algunos casos cada siete, se hacía una capacocha —me dijo.
- —¿Se sabe por qué se hacían en esos periodos?
- —Esos tiempos se parecen a los ciclos del fenómeno de El Niño.

Los fenómenos de El Niño tenían que ver con las sequías en el sur del actual Perú, donde estaba el Cusco y, según Chávez, todo indica que los incas conocían muy bien este fenómeno relacionado con las corrientes marinas: la fría que sube y la caliente que baja, y que se encuentran en el norte peruano.





Cieza de León, un conquistador y cronista español, usa el término de capacocha para las ceremonias con ofrendas humanas en el nevado Coropuna, en el actual departamento de Arequipa. Pero, también, para una ceremonia especial y al parecer periódica en el Cusco.

Esa ceremonia consistía en convertir al Cusco en un gran oráculo. María Rostworowski, basada en esas crónicas, señala que llevaban allí a todas las *huacas* de los cuatro suyos para conocer el futuro.

Huaca era un término genérico. Los incas lo usaban para llamar así a lo que adoraban por considerarlo sagrado. Podía ser desde un ídolo, una montaña o laguna, hasta las momias de los Incas e, incluso, algunas de las víctimas de las capacochas.

Basta recordar que fue por ese motivo que Hernández Príncipe, el extirpador de idolatrías, subió hasta lo alto del cerro Aixa para destruir la tumba y el cuerpo de Tanta Carhua.

La ceremonia debió ser majestuosa y muy impresionante, llena de esoterismo. Cieza de León dice que a las *huacas* le preguntaban sobre cómo le iría al Inca en sus emprendimientos, incluso en las guerras. Preguntaban también sobre las cosas del pueblo, como las cosechas y la salud de la población.

Una de las cosas más interesantes es que esas *huacas* se jugaban su prestigio en aquellas *capacochas* cusqueñas. En caso de fallar en sus pronósticos, que eran expresados por sus sacerdotes que fungían de profetas, la *huaca* perdía fama y, por lo tanto, devotos y ofrendas.

Si hay algo de lo que José Antonio Chávez está seguro, es que la capacocha donde se ofrendó a Juanita y a los otros tres niños en el Ampato, fue por la erupción del volcán Sabancaya.

Los Andes del sur peruano están llenos de volcanes en actividad. La ofrenda por el Sabancaya no fue la única. Chávez y Reinhard encontraron las *capacochas* del volcán Pichu Pichu en la ciudad de Arequipa.



Allí se ofrendaron otras vidas humanas ante la erupción del Misti, el volcán colindante, que según fray Martín de Murua, era considerado un apu antipático y agresivo, que demandaba muchos sacrificios humanos

Seguramente se le consideraba así, pues las capacochas para apaciguar al volcán no se hicieron solo en el Pichu Pichu, sino en el propio cráter del Misti. Fueron precisamente Reinhard y Chávez quienes encontraron los entierros allí, en 1998.

A estas capacochas podrían denominárseles capacochas locales, que se daban ante catástrofes naturales. Pero no cualquiera podía realizarlas. Hacer una ofrenda humana era algo sumamente serio y solamente el Inca podía autorizarla.

Lo que aún no ha quedado claro es por qué se usa el término capacocha para señalar a esas ofrendas humanas.

Los que han analizado los diccionarios de la lengua inca de Diego Gonzales Holguín y de fray Domingo de Santo Tomás, no han encontrado la palabra capacocha.

Sí se ha encontrado la palabra capac, que significa rey o señor importante —otros la traducen solo como importante—. También está la palabra cocha que se refiere a una laguna, incluso al mar o al agua.

Cristóbal de Molina, un sacerdote y cronista español que murió en el Cusco en 1585, y que se comprometió mucho con la cultura andina, señala —según Rostworowski— un sinónimo de capacocha: cacha quaco. Y allí empiezan las interpretaciones.

Se dice que cacha o cachay quiere decir mensajero, mientras que quaco, significa mandíbula, incluso muela. La especulación es que pudo haber un error en la escritura, y el término podría ser quaca —también se escribe huaca—, que se puede traducir como objeto sagrado.





Si así fuera, se trataría entonces de cacha guaca, que significaría algo así como "mensajero de lo sagrado".

Si al análisis se incorpora el termino *hucha*, traducido por fray Domingo de Santo Tomás y Diego Gonzales Holguín como "pecado", se puede forzar el término *capac hucha*, que algunos traducen como "gran pecado", es decir, el gran pecado que se cometía matando a niños.

¿Podría ese término referirse a las ofrendas humanas como un gran pecado? Todo indica que, en el contexto de la cultura inca, esas ofrendas no eran consideradas criminales y, por lo tanto, tampoco pecaminosas.

Chávez tiene otra hipótesis. Él cree que capacocha es "la gran ofrenda del agua".

—Capac es sumo, lo más grande que hay. Cocha es agua, lugar de agua o las aguas. Traducido, es "las grandes aguas" o "la gran ofrenda al agua" —dice.

Su idea es que el conocimiento que tenían los incas sobre el fenómeno de El Niño los hacía prever la sequía o la lluvia.

Se basaban en observaciones naturales, como la presencia del molusco spondylus, un bivalvo que aparece frente en las costas del Ecuador y norte del Perú y que se le da el nombre de mullu.

- —Yo lo veo desde un punto de vista más profundo y con una tradición más grande —me dijo—. Las grandes aguas, para mí, están relacionadas con el fenómeno de El Niño.
- -;Los incas relacionaban El Niño con la aparición del mullu?
- —Cuando viene El Niño de aguas calientes, el mullu aflora a la superficie, y hay buenas lluvias en el sur, en las montañas, las que luego reparten el agua a todos los campos y hay buenas cosechas. Tomaban las conchas del mullu y hacían figuras que usaban para las ofrendas.





1 Estas son las conchas spondylus conocidas como mullu. Delante de ellas una llama tallada en esta concha.

Foto: Museo Santuarios Andinos UCSM



—¿Y cuando la corriente de Humboldt, la fría, se pega a la costa?

—El mullu se hunde, no le gusta, entonces va a haber sequía en el sur. Los incas conocían el encuentro de estas corrientes. Así funcionan las cosas para las lluvias en el Perú y esto lo conocían los incas.

La teoría de Chávez sostiene que, al conocer el funcionamiento de estas corrientes, los incas hacían ofrendas de agradecimiento. Las lluvias caían en las montañas donde se formaban casquetes glaciares, y eran las montañas las que repartían el agua.

—Estas aguas irrigaban todos los campos. Entonces los *apus* se encargaban de expandir el agua en todas las chacras y había buenas cosechas, y en agradecimiento a esto el Inca ofrendaba lo mejor que tenía: esos niños perfectos. Esa es mi teoría. No la vas a escuchar de otros



Detalle de la llama esculpida en mullu, encontrada en el Ampato como parte de las ofrendas.

Foto: Johan Reinhard





De las primeras expediciones. Por qué el Huarancante. Cómo se prepara una expedición. Cuando los huaqueros llegan primero.

En 1982 Chávez y Reinhard proyectaron la primera expedición para buscar ruinas incas, tal vez una capacocha. No había intención de realizar una excavación, sino de buscar sitios que pudieran incluir en una propuesta de proyecto para excavaciones posteriores. El lugar elegido fue el nevado Huarancante, una montaña sagrada para los habitantes del Colca.

Lo escogieron, entre otras cosas, por su cercanía a la ciudad de Arequipa, que convirtieron en el centro de operaciones para buscar esos picos en los Andes donde los incas ofrendaron vidas humanas, y que ellos llamaban santuarios de altura,

Sabían que ese volcán y el Mismi, contiguo a él, seguían siendo importantes para cabanas y collahuas, los habitantes naturales del valle del Colca, donde también está el hermoso cañón que durante un tiempo se consideró el más profundo del mundo.

Chivay, su más importante ciudad, está a solo tres horas en bus desde Arequipa, y es un destino turístico muy concurrido.

Allí aún se habla de las ofrendas que se hacen llevando coca y chicha, agradeciendo el agua que baja e irriga los campos. Cuentan, incluso, una leyenda sobre una laguna en el Huarancante, donde



pastan muchas alpacas que de pronto desaparecen en medio de las aguas ante la mirada de quienes las descubren.

Esa expedición se fue planificando por carta y por teléfono, siempre limitados por los recursos, y se concretó en septiembre del año 1982.

"Se logró ubicar una llamita tallada en spondylus, alguna cerámica fragmentada, piedras de río", escribió Chávez en un informe. Estos elementos se encontraron en la superficie, no se realizó ninguna excavación.

No pudieron encontrar más en la expedición. Cinco años antes pasaron por ahí huaqueros. No eran locales, sino extranjeros que habían llegado a Arequipa, quizás como parte de la construcción de la infraestructura del proyecto Majes.

-; Por qué eligió el Huarancante? —le pregunté a Chávez buscando más detalles.

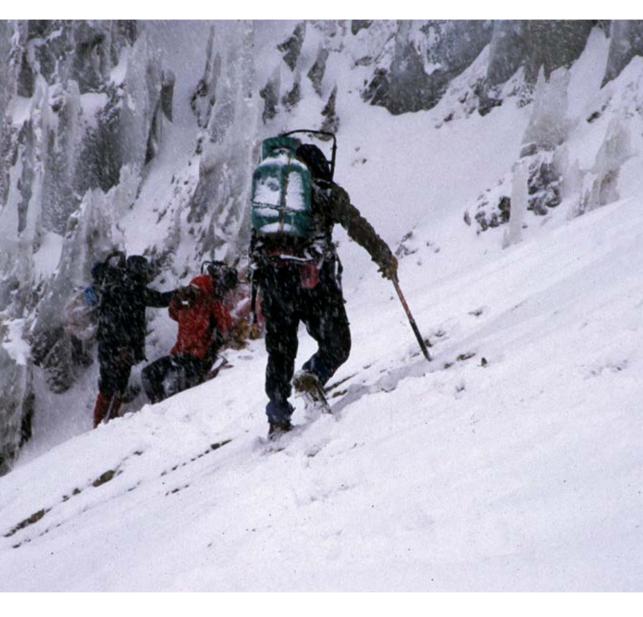
—Por ser una zona cercana y también porque había antecedentes —me dijo—. ¿Te acuerdas del proyecto Majes? Cuando empezó había ahí algunos ingenieros y gente que les gustaba las montañas. Italianos, suizos, de todo había. Algunos de ellos subieron al Mismi y al Huarancante.

—;Encontraron algo?

—Personas ajenas a la arqueología huaquearon en el Mismi y en el Huarancante. En el Huarancante destruyeron la tumba. Algunos de ellos entregaron parte de los objetos al INC, pero lo hicieron después, por peleas entre ellos, según rezan los partes policiales.







1 Un difícil ascenso en los Andes en medio de una nevada, buscando santuarios de altura, ofrendas y capacochas.

Foto: Johan Reinhard



- —Entonces ya sabían que allí se habían realizado ofrendas en tiempos de los incas.
- —Sí. Ya con esos antecedentes dijimos vamos a ver qué es lo que hay.
- —¿Les parecía propicio?
- —Era cerca, no era muy alto, había antecedentes de huaqueo, así que se decidió hacer la expedición al Huarancante.

Organizar una expedición arqueológica a los volcanes sagrados no es nada del otro mundo, pero requiere tomar en cuenta algunos detalles.

Una de las primeras cosas es determinar quiénes pueden o deben participar.

—Lo más recomendable es que sea gente que conozca de arqueología, y si son arqueólogos, mejor —me dijo Chávez.

Estas expediciones en busca de restos arqueológicos requieren de tiempo, tal vez unos diez, quince, y a veces veinte o más días.

—Eso significa que hay que llevar equipo de montaña, de trabajo y también equipo de subsistencia —me siguió explicando—. Todo eso pesa y necesitamos gente para que lo cargue, porteadores, gente que ayude a llevar. Nosotros no podemos hacerlo todo.

Para ese entonces, Chávez conocía bien a quiénes subían a los volcanes. Su experiencia en sus aventuras de montañismo lo llevó a relacionarse con los mejores andinistas, que incluían a Carlos Zárate, un escalador y fotógrafo de periódicos de no más de metro y medio de estatura, pero con una fortaleza física envidiable.

Junto a él estaban sus varios hijos, con quienes compartía el oficio de subir a las montañas como guía. Los más conocidos eran uno llamado como él, Carlos, y otro de nombre Miguel, que fue quien encontró a Juanita, cuando por disposición de Johan Reinhard en





1995, buscaban frenéticamente la ofrenda humana que presumían había caído al cráter del volcán Ampato.

También había otro hombre de montaña de su entera confianza: Arcadio Mamani, que además de ser porteador y experto guía, era quien cocinaba en el campamento. Ellos serían quienes los acompañarían en varias expediciones a los santuarios de altura.

Los estudiantes de arqueología los eligió Chávez, que enseñaba en la Universidad Católica de Santa María desde 1977. Cuando estaba a punto de terminar Economía, en 1971, después de vivir año y medio en París, decidió dejar nuevamente la carrera. Esta vez lo hizo para entrar al recién fundado Instituto de Estudios Precolombinos que fundó en la misma universidad el hermano Roberto Wood.

—El hermano Wood estaba buscando estudiantes y nos dijo que nos iban a dar el título de arqueólogo —recuerda Chávez.

Por aquella época no había esa carrera en el Perú, incluso en el mundo recién se consolidaba como una profesión en las universidades. Antes, las investigaciones arqueológicas las hacían antropólogos, como Julio C. Tello, que además era médico y es considerado el padre de la arqueología peruana.

Chávez estudió tres años y consiguió que le reconocieran otros dos por sus estudios de economía, pero no le dieron a él ni a sus compañeros el título de arqueólogo. Le dijeron que era un instituto dentro de la universidad y que no correspondía darle el título profesional.

Entonces encabezó una huelga con toma de local que permitió que haya una evaluación externa, con una comisión enviada desde Lima. Finalmente, el Consejo de la Universidad Peruana dio la autorización para que se reconocieran los estudios como los de una carrera universitaria y permitió nuevas postulaciones.

Chávez fue el primero en graduarse y fue el primer profesor de Arqueología en la Universidad Católica de Santa María. Otros de sus compañeros fueron jefes de práctica.



Para la expedición al Huarancante eligió a sus estudiantes Walther Díaz y Jimmy Bouroncle. Como andinista fue Miguel Zárate.

—Lo que recuerdo es que nos cayó una lluvia tremenda, y el que nos recogió en su camioneta fue Dante Lucioni, el dueño de Carsa —me dijo Chávez.

Dante y su padre, Carlos, eran muy amigos de Chávez y habían escalado montañas juntos. Eran los dueños de la más grande empresa de electrodomésticos de Arequipa y, trece años después, fueron los primeros en proporcionar una cámara de conservación a Juanita.

—; Cuánto demora preparar la expedición? —le pregunté.

—No demora mucho —me dijo—. Lo que hay que hacer es comprar los alimentos, preparar el material. Por lo menos necesitamos una semana o diez días. Hay que juntar las carpas, ver qué tipo de materiales hay que llevar. Si el suelo está muy húmedo hay que llevar buenas colchonetas para dormir. Hay que llevar picos, palas, badilejos, todo lo que se necesita para una excavación. Brochas, niveles, metros, winchas, estacas, cordeles, tizas, pizarras, tableros, lapiceros, lápices, colores, para dibujar, para pintar. También, cámaras fotográficas y filmadoras

-¿Dibujar?

—Sí. A veces hay que hacer dibujos ahí en el sitio, de todas maneras, porque a veces la memoria es muy frágil y todo eso tiene que estar bien documentado.

—; Y cómo financiaron la primera expedición?







2 Arcadio Mamani filtra el agua que consiguen derritiendo hielo de la montaña. Es el agua que beben y usan para cocinar.

Foto: Johan Reinhard



- —Normalmente Johan las financiaba con sus propios recursos o con recursos que conseguía de algunas instituciones que apoyaban este tipo de trabajos. A medida que se fueron conociendo los resultados, él logró conseguir más plata.
- —¿Reinhard siempre se encargaba de buscar el financiamiento?
- —Sí, exactamente, siempre. Porque a los andinistas que subían con nosotros había que pagarles.
- -¿Y cuánto estima que cuesta una expedición?
- —Las últimas unos 25,000 o 30,000 dólares. Esa primera debió costar unos dos mil o tres mil dólares. Eran para financiar costos generales, movilidad, gasolina. No fue mucho en realidad porque tampoco participaron muchas personas. Incluso al Pichu Pichu fueron pocas personas, pero después del Pichu Pichu las expediciones ya fueron más grandes.
- -¿Y cuánto duró esa primera expedición?
- —La expedición al Huarancante y la zona aledaña duró unos diez días.
- —¿Y qué es lo que comen, generalmente?
- —Buscamos alguien que sepa cocinar. Una de las personas excelentes para eso es Arcadio Mamani. Generalmente comemos sopas, cosas para preparar rápido: carne seca, carne deshidratada, salchichas, embutidos, carne procesada, congelada, que se puede guardar unos días. A veces un poco de verduras, cuando se puede preparar, y pan, galletas y bastantes chocolates, que ayudan a tener energía.
- —¿Y para beber?





- —Llevamos bidones para proveernos de agua, y en los sitios donde mayormente hemos subido hay pequeños manantiales o, a veces, grietas donde hay hielo que derretimos. A veces, también, tenemos que llevar el agua de otro sitio más abajo hasta nuestro campamento. Pero en la gran mayoría de casos hemos encontrado grietas donde había agua o de donde sacamos hielo.
- —¿En algún lugar tuvieron problemas?
- —Sí, en el Misti. El agua del hielo es muy ácida.

Aquella subida, que marcó el inicio de las expediciones que llevaron a descubrir a Juanita y otras ofrendas humanas, no fue la única al Huarancante. Regresaron en noviembre de 1991, y con más calma y experiencia encontraron una estatuilla de oro, fragmentos de cerámica, una concha de spondylus y una porra o macana, que fueron entregados al Instituto Nacional de Cultura. Tal vez, esa porra sirvió para terminar con la vida de una de las ofrendas humanas en una de las capacochas, como ocurrió con Juanita.

Seis años después, en noviembre del año de 1997, regresaron una vez más, y en un documento académico Chávez escribió: "Organizamos una nueva expedición a la montaña, trabajando en aquella oportunidad la cumbre en donde se había encontrado anteriormente una illa. En esta oportunidad no se pudo localizar ningún elemento que estuviera asociado a la estatuilla, salvo una mancha de ceniza en el sector noreste de lo que pudo ser la plataforma y que debió corresponder al fuego hecho por los huaqueros que destruyeron la zona. Se excavó, asimismo, en el lugar en el que se encontró la porra, no ubicando ninguna otra evidencia. Las excavaciones clandestinas no autorizadas realizadas en el nevado Mismi (..) en mayo y agosto de 1977 (...) revelan la enorme destrucción que sufrió el santuario del nevado".







Las expediciones al Pichu Pichu. La recuperación del cuerpo de una momia en una tumba profanada.

También en el año de 1982 Johan Reinhard y Miguel Zárate subieron al Pichu Pichu. No hicieron excavaciones ni descubrimientos. Más bien la escalada les sirvió para dibujar un croquis del lugar. Existían entonces los antecedentes de una momia que había sido huaqueada en 1964.

El Pichu Pichu es una de las montañas que rodean la ciudad de Areguipa. Es en realidad un complejo volcánico ya extinto. No es difícil de escalar, pero mayormente no se hace por la cara que da a Arequipa, por donde puede hacerse con más dificultad. Se sube por detrás, por la laguna de Salinas, donde uno puede llegar en carro hasta los 4,800 metros sobre el nivel del mar.

—Si tú miras el Pichu Pichu desde Arequipa, desde la cumbre izquierda hasta el fondo todo parece una raya, pero no es así. En realidad no es recto, tiene muchas curvas y huecos, cráteres, uno sobre otro, uno detrás de otro, hasta el último. Son un montón de cráteres, igual que el Chachani —me explicó Chávez.

De los tres volcanes de Arequipa, el Pichu Pichu es el más bajo, con 5,664 metros sobre el nivel del mar. El Misti está a unos 5,825 y el Chachani a 6,070, aproximadamente.



Ya en 1989 Reinhard y Chávez tomaron la decisión de ir a buscar más cosas en el Pichu Pichu. A Chávez no solo le atraía la idea de encontrar la *capacocha* huaqueada, sino buscar indicios de culturas anteriores a los incas.

- —¿Cómo se les ocurrió subir nuevamente al Pichu Pichu? —le pregunté a Chávez.
- —Bueno, viendo todos los objetos que huaquearon los que subieron en 1964. La policía los detuvo y decomisó todos los objetos. Finalmente, los pusieron en exposición en la Universidad Nacional de San Agustín.
- -¿Quiénes fueron los huaqueros?
- —Unos andinistas habrían metido mano ahí. Dijeron que jugando excavaron, pero había una plataforma. Como la momia estaba a flor de tierra, encontraron la cabeza y al costado las ofrendas. Se bajaron, pero al repartirse el botín, serían como cuarenta elementos que habrían sacado, y alguien no habría estado contento e hizo la denuncia a la policía.
- —¿La cabeza estaba separada del cuerpo?
- —Sí. Yo me pregunté en dónde estaba el cuerpo. Evidentemente el cuerpo lo dejaron. Varias veces intenté hablar con gente que estuvo allí. A uno de esos andinistas le pregunté varias veces en qué sitio habían encontrado la momia, pero nunca quiso decir exactamente el lugar de la plataforma de donde huaquearon eso.

Buscar el lugar exacto puede ser realmente complicado en el Pichu Pichu pues tiene una extensión de unos cuatro kilómetros, con muchos picos. De hecho, Chávez hasta ahora no ha encontrado un monolito que le mostraron en una fotografía y que forma parte de su gran interés por esa montaña.

—¿Sin el dato exacto, era difícil para usted encontrar el resto de la momia?





—No me hice problemas, porque igual yo la iba a encontrar. Así que armamos la expedición en el año 1989, con el correspondiente permiso del INC, al que entregamos lo hallado. Ya en adelante, en las otras expediciones, a ese y otros volcanes, entregamos lo que encontramos a la Universidad Católica de Santa María, con el conocimiento del INC.

Chávez conoce bien los volcanes de Arequipa. Los ha escalado desde antes de tener interés arqueológico y estaba seguro de conseguir su objetivo. Pero con el monolito no tuvo suerte.

- —¿Quiénes participaron de esta expedición?
- —Invité a varios de mis alumnos. Además, subimos Miguel Zárate, Johan Reinhard y yo.
- —¿Buscaron un momento en especial?
- —Esta expedición al Pichu Pichu la realizamos antes de las lluvias. A la montaña se va en julio, agosto, setiembre, octubre, máximo en noviembre
- —¿Recuerda algo en especial?
- —Lo que recuerdo es que fuimos a la montaña y en esa fecha había bastante nieve. Pusimos las carpas al costado. En la nieve abrimos un hueco y allí pusimos las salchichas que llevamos para que se conserven, junto con la carne. Era nuestra refrigeradora.
- —Una refrigeradora completamente natural.
- —Claro. De allí al sitio que excavamos eran unos cien metros. La tierra estaba congelada. Los picos se rompían, las palas también.
- —No podían trabajar sin herramientas.
- —Encargamos a Miguel que bajara a Arequipa y que trajera picos. Nos quedamos sólo tres personas, pero nunca llegó. En esa época no había teléfono satelital, así que no podíamos comunicarnos.



—¿Y qué hicieron?

—Al final nos quedamos Johan y yo. El estudiante que nos acompañaba todavía tuvo que regresar porque ya no había comida. Encontramos el resto del cuerpo huaqueado en los años 60. Habíamos encontrado la tumba y otras cosas, pero no se podía excavar bien

—; Qué rescataron?

- —Un peine, un tupu de oro, un tupu de cobre, un ovillo de lana, cuentas de un collar, una cuchara de madera, dos vasos de madera grabados. Esos hallazgos no fueron publicitados por temor a los huaqueros.
- —Había, entonces, más carga que trasladar.
- —Sí. Desmontamos nuestro campamento, lo empacamos y nos bajamos. Había que caminar, porque no había una movilidad para trasladar las cosas.

La cumbre más alta del Pichu Pichu está al medio. Es como una gran roca que sobresale con una punta. Cuando Chávez subió encontró en la cumbre restos de lo que fue el santuario, pero casi todo estaba destruido.

- —Había una pared, toda pircada. Me imagino que todavía existe —me dijo—. También logré ubicar que desde la naciente de la cumbre había un camino en una cresta de unos cien metros por donde con las justas se puede caminar por arriba. Sobre la base de la cumbre, distante de la cumbre misma en unos 30 metros, había una plataforma. Esa es la plataforma donde huaquearon.
- —¿Y que había en esa plataforma?
- —La plataforma tenía un muro de unos dos metros de altura que la circundaba. A la parte de la izquierda le da poco sol y está muy congelada. Al pie de ese muro los incas hicieron un entierro, que fue el que huaquearon.





- —¿Le fue difícil ubicar el entierro?
- —Cuando hice la limpieza de todo, vi que allí había unas piedras y rápidamente encontré la tumba.

En esa oportunidad habían subido con el objetivo de hacer la limpieza, ver cómo era la plataforma y explorar allí para ver qué había. Con el tiempo limitado por la falta de provisiones, a los que se sumaba la falta de herramientas, no hicieron más excavaciones.

- —¿Qué hicieron entonces? —pregunté.
- —Sacamos el cuerpo y las ofrendas que habían dejado y tuvimos que cargar todo con Johan. Bajamos todo solo los dos.
- —Me imagino que se demoraron más en la bajada que en la subida.
- —Era harto equipaje, ya te imaginarás. Tuvimos que caminar casi desde la cumbre, con todo lo que encontramos, hasta la carretera.

La bajada con mucha carga no sólo se hace cansada sino, además, peligrosa. Algo similar ocurriría seis años después en el Ampato. Reinhard debió bajar ese volcán de la provincia de Caylloma por rutas muy peligrosas, con Juanita en la espalda. Al principio lo hizo acompañado de Miguel Zárate y luego solo, aunque con la sensación de que alguien estaba con él, una suerte de delirio que sufren los andinistas y que en esa oportunidad le jugó a su favor.

Chávez y Reinhard demoraron unas cuatro horas en bajar el Pichu Pichu, casi el triple de lo acostumbrado.

- —Y cuando llegaron a la carretera, me imagino exhaustos, no había quién los recoja.
- —No pues, tuvimos que esperar un carro.
- -¿Y pasaban muchos?



- —No. En esa época pasaban muy pocos. Y paramos un camión que transportaba capo.
- -¿Tenía espacio?
- —No. Estaba con el capo hasta arriba. Estaba full.
- -¿Lograron subir?
- —Le dije a Johan que no había más alternativa, que teníamos que rogarle al chofer que nos llevara, si no nos íbamos a quedar hasta quién sabe cuándo.
- -;Y dónde se acomodaron?
- —El chofer accedió y nos dijo: la única alternativa es subir arriba del capo, agárrense bien y nos vamos. Y nos fuimos pues.

Aquel viaje fue duro. El camión completamente cargado, con la momia y los dos exploradores y sus equipajes encima, se balanceaba en la trocha y se inclinaba peligrosamente en las curvas. Una volcadura no solo hubiera significado el daño en lo encontrado, sino también la muerte de los dos.

Felizmente llegaron bien hasta el balneario de Jesús, donde bajaron y tomaron un taxi en el que llegaron hasta Arequipa.

Las cosas no acabaron allí. Las expediciones al Pichu Pichu continuaron. Si en ese momento no se hubiera guardado en reserva lo encontrado, su difusión en los medios hubiera propiciado que huaqueros actuaran nuevamente.

En 1996, luego de que Juanita fuera encontrada, llevada a los Estados Unidos y ya de regreso fuera exhibida en Arequipa, Reinhard y Chávez regresaron al Pichu Pichu en otra expedición.

—Al Pichu Pichu hemos realizado tres expediciones —me dijo Chávez—. No fue el único cuerpo que se encontró. Se encontraron dos más, en la plataforma.





—¿Y en la cumbre qué encontraron? —pregunté con mucha curiosidad.

—En la cumbre solo queda una pared de una plataforma. Pero el caminito que construyeron los incas para subir está bien. Los otros dos cuerpos se encontraron en la plataforma misma del cuello de la cumbre

Las ofrendas humanas del Pichu Pichu resultaron ser incas y, según Chávez, deben corresponder a la época del Inca Pachacutec. Fue también en ese momento histórico en que se hicieron las ofrendas del Misti y del Chachani. Aproximadamente, entre los años de 1440 y 1460.

Todo eso coincide con una gran erupción del volcán Misti.

—¿Por qué se hicieron esas ofrendas humanas?

—Al parecer, se hicieron a raíz de la erupción del volcán Misti, porque yo encontré en el Misti que las ofrendas se hicieron encima de las cenizas de la erupción. Diríamos que fueron ligeramente después.

La erupción del Misti debió haber sido como las registradas últimamente en el Sabancaya o en el Ubinas, así que debieron prolongarse por años, subiendo y bajando su actividad. En el Ampato, donde se encontró a Juanita, las ofrendas humanas también estuvieron sobre las cenizas del Sabancaya. Es casi indudable que las capacochas se hicieron ante el desastre ocasionado por las erupciones volcánicas.







El hallazgo de dos momias más en el Pichu Pichu. Las evidencias de la cultura Pucara. Una tragedia en Areguipa.

Las subidas al Pichu Pichu despertaban en Chávez el interés de comprobar algo más que los sacrificios humanos, que de hecho ya se habían encontrado.

—A mí me interesó siempre el Pichu Pichu. Muchos años antes tenía un muy buen amigo, Paul Goelz, de origen alemán. Trabajaba en Leche Gloria. Con él hemos hecho varias expediciones, hemos caminado bastante y él me ha apoyado un montón en temas arqueológicos. Con él pusimos la reja en la cueva de Sumbay, donde hay quinientas pinturas rupestres —me contó Chávez.

Ese alemán, también andinista empedernido, una vez subió al Pichu Pichu con otros amigos y tomó varias fotos, una de ellas era de un monolito. Cuando Chávez vio la imagen, identificó la estructura como de la cultura Pucara. Inmediatamente le preguntó en qué cumbre la había encontrado. Pero Goelz no se acordaba con exactitud. Solo pudo recordar que fue en una cumbre cercana a la más alta.

-¿Y cuál fue su teoría al respecto? -pregunté.

—Yo he hecho mis investigaciones arqueológicas durante varios años en la laguna de Salinas, que es casi una cuenca cerrada de unos 680 kilómetros cuadrados de área, con un pequeño desfogue por la cuenca del volcán Ubinas.



- —¿Qué investigó?
- —Investigué con mis alumnos, a raíz de las fotos que mi amigo Paul Goelz me mostró. Hemos hecho muchas expediciones y hemos ubicado cantidad de sitios arqueológicos, y más de doce sitios eran Pucara
- —Y al decir Pucara ¿qué significa?
- —Significa aproximadamente mil años antes de Cristo. Estamos hablando de hace tres mil años.
- -¿Qué área de influencia tuvo esta cultura?
- —Es una cultura que se desarrolló en el altiplano. Tiene su centro en el departamento de Puno, más allá de Juliaca, en la provincia de Lampa, en Pucara, donde se hacen los famosos toritos de Pucara. Es del periodo formativo de la cultura peruana, antes que Tiahuanaco.
- —Supongo que esas culturas toman el nombre de la localidad en donde se hallan los restos arqueológicos.
- —Sí, mayormente.
- —Entonces no conoceremos nunca el nombre de esas naciones.
- —No, nunca.

El mayor interés de Chávez al subir al Pichu Pichu, era encontrar ofrendas Pucara. Pero hasta ahora no las ha hallado, ni tampoco el monolito que fotografió Goelz.

—Hay que subir de nuevo —me dijo.

Las investigaciones que hizo con sus estudiantes permitieron levantar planos de los sitios arqueológicos que encontraron. Pero no solo se quedaron en eso; también aplicaron una encuesta a los habitantes de la zona.





Una de las preguntas fue si estaban haciendo todavía ofrendas a los *apus* y cuáles eran. El resultado fue más que interesante. Las ofrendas sí se daban, con hojas de coca y alcohol, pero había algo más.

—Me di con la sorpresa —me dijo Chávez— que además de hacerlos a los sitios Pucara, algunos antiguos pobladores decían que hacían ofrendas a un cerro que llamaban Tunupa.

Curiosamente, Tunupa es el dios aymara del clima, parecido al dios Illapa, de los incas. Un dios importante porque de él dependen, entre otras cosas, las lluvias.

—Entonces encontramos evidencias arqueológicas Pucara y pobladores que hablan de Tunupa, y que evidentemente venían de la cultura Pucara, en el altiplano.

El apu al que se referían esos ancianos no es un volcán, es un cerro que está entre el Pichu Pichu y el Misti.

Las influencias aymaras podrían darse mucho en Arequipa, hasta en su nombre. Lo más enraizado es que el nombre de la actual segunda ciudad del Perú proviene de la respuesta que dio el inca Mayta Cápac a un grupo de su comitiva que le pidió quedarse en esas tierras. Él contestó en quechua:

—Ari quepay.

La frase puede traducirse como "sí quédense".

Sin embargo, hace ya varios años, en una entrevista con el arqueólogo Augusto Belan, director en ese entonces de uno de los museos de la Universidad Católica de Santa María, me dijo que el nombre provenía del aymara *are quepac*, que significa simplemente "detrás del cerro".

El cerro, en el concepto de Belan, era el Misti, el majestuoso volcán que tanto quieren hoy los arequipeños, pero que no querían los pobladores prehispánicos por sus erupciones.



Chávez coincide en que en una de las tantas variantes del aymara se puede identificar a *are quepac* como el origen del nombre Arequipa, aunque también recuerda que el cronista Ventura Travada tradujo la palabra Arequipa como "trompeta sonora".

La hipótesis de José Antonio Chávez de que las tierras del Misti fueron pobladas primero por Pucaras encuentra cada vez más comprobaciones.

Cuando prepararon la expedición de 1996 tenían el objetivo bien definido de explorar la plataforma que habían hallado con Reinhard y que, por falta de herramientas y comida, no pudieron terminar de hurgar.

En la nueva expedición no tuvieron problemas para encontrar lo que buscaban. Subieron en agosto, el mes jubilar de Arequipa, la Ciudad Blanca. Ese apelativo puede corresponder tanto al sillar, la piedra volcánica blanquecina que usaron los españoles para sus construcciones, como por su población predominantemente blanca en la época colonial.

Las cosas curiosas y trágicas no se dieron durante la expedición, vinieron unas horas después de su bajada con las dos momias que encontraron

1 El arqueólogo Ruddy
Perea haciendo trabajos
de laboratorio en
Urpicha, una de las
momias encontradas en
el Pichu Pichu.

Foto: Ruddy Perea







2 | Johan Reinhard participó de la investigación sobre Urpicha en noviembre de 2017 en el Museo Santuarios Andinos en Arequipa.

Foto: Ruddy Perea

Los resultados de aquella expedición las colocó Chávez en un documento académico:

"En el año 1996 proseguimos con nuestras investigaciones en el volcán Pichu Pichu sobre la plataforma baja a 5,600 msnm, recuperando dos cuerpos del interior de la plataforma en los sectores norte y sur".



El estado de conservación de los cuerpos encontrados, que hoy están en el Museo Santuarios Andinos de la Universidad Católica de Santa María, no era bueno, a pesar de que las tumbas no habían sido profanadas.

"En el sector norte, al interior de la plataforma, logramos ubicar una momia de evidente sexo femenino, de acuerdo con el tipo de ofrendas como algunas illas. Su posición fetal indica que estuvo enterrada mirando hacia el noreste. La profundidad a la cual se le encontró, y la disposición de todos los elementos de ofrenda y estratos, indican que fue una tumba intacta", escribió.

El entierro con sus ofrendas estaba muy cerca a la tumba que había sido huaqueada en 1964, y que encontraron Chávez y Reinhard en 1989 con el resto del cuerpo de la momia. Pero esta vez no estaba al pie del muro sino en la plataforma.

"Un segundo cuerpo no determinado aún el sexo —escribió Chávez— fue ubicado en el interior de la plataforma, sector sur. Los huesos, muy disturbados y sin un orden determinado, la cabeza en clara orientación hacia el sur. Los huesos presentan pocos elementos tisulares y cabellos. Con ella se encontraron dos pequeñas ofrendas, una illa de spondylus y una bolsa de fibra vegetal. El entierro bastante superficial (40 cm) nos indica la influencia del medio ambiente sobre el enterramiento".

También dio cuenta de que en "el Este de la plataforma, se ha ubicado un textil doblado y en muy mal estado de conservación, adornado con algunas lentejuelas de metal; ligeramente encima de este textil se ubicó un orejón, realizado en plata, de aproximadamente 26 cm de alto"

Chávez recuerda perfectamente que en esa oportunidad ubicaron las señales de las erupciones volcánicas.

—Logramos ver claramente los estratos de las erupciones del volcán Misti, que como digo en mi libro sobre ese volcán, fue por el año de 1460, aproximadamente. Y también hallamos el estrato de las cenizas del volcán Huaynaputina, que erupcionó violentamente el 18 febrero del año de 1600.







3 Una camisa de hombre hecha de fibra de camélido con lentejuelas metálicas, hallada en el Pichu Pichu.

> Foto: Museo Santuarios Andinos UCSM

Las cosas más extraordinarias ocurrieron luego del regreso a la ciudad.

Las momias fueron bajadas del *apu* Pichu Pichu el 14 de agosto de 1996, víspera del 456 aniversario de la fundación española de Arequipa. La ciudad española se fundó el 15 de agosto de 1540 por un grupo de conquistadores encabezados por García Manuel de Carbajal. En la Municipalidad de la ciudad están dos óleos de gran tamaño del pintor Teodoro Núñez Ureta. Uno es de la fundación inca con Mayta Cápac y su *ari quepay*; el otro es de la fundación española en lo que hoy es su Plaza de Armas.



Ese día, decenas de miles de personas se congregaban para presenciar la serenata, un espectáculo musical muy popular y gratuito que se realizaba en la avenida La Marina, en la margen izquierda del río Chili, que atraviesa la ciudad.

Para Chávez también era un día especial. Habían llegado desde Europa, donde residían, su exesposa, Gerda, una alemana que conoció cuando vivió en Francia, y sus dos hijas mayores, Cristine y Sirke.

Estaban alojadas en el hotel La Posada del Puente, justo al costado del puente Grau, en el límite del Centro Histórico colonial, donde justamente se reunía mucha gente para ver de lejos y desde lo alto la serenata, y apreciar el espectáculo pirotécnico que ofrecía el alcalde Roger Cáceres Pérez.

Chávez, superando su cansancio, fue a recogerlas para comer algo y pasear por la zona en medio de las festividades. El tránsito de automóviles se había suspendido por el puente, que se convirtió en un gran balcón para ver la serenata.

Allí, Chávez, Gerda y sus hijas, se pararon un tiempo para mirar los festejos. Luego de un rato, cerca de las 9 de la noche, ganado por el cansancio, fue a dejar a sus hijas al hotel. Cuando llegó a su casa, vio las noticias. Solo unos instantes después de que ellos estuvieron en el puente, un pirotécnico mal lanzado golpeó un cable de electricidad, haciendo que se desprenda.

El cable cayó moviéndose como un péndulo con 33,000 voltios sobre la plataforma del puente repleto de gente.

El cable mató a 35 personas que quedaron tendidas en la pista y la vereda.

Todo eso ocurría mientras abajo nadie se enteraba del asunto. La música muy fuerte y los bailes continuaban en la avenida La Marina, como si nada hubiera ocurrido.





Ese mismo día pasaba por allí con Sandra Delgado, hoy mi esposa, José Luis Vargas y Mónica Cáceres, todos periodistas, camino a una fiesta. Nos encontramos repentinamente con los muertos, sin saber qué había pasado.

Pronto entendimos lo que veíamos. Nos quedamos en el puente y vimos los cadáveres tirados y sentimos el olor a carne quemada. En 1996 los teléfonos celulares eran aún muy raros. Solo una periodista de Radio Programas del Perú tenía uno que nos prestó para que pudiéramos alertar al periódico donde Sandra y yo trabajábamos.

Mientras esperábamos por información, el puente se remeció. Los que aún estábamos en el lugar, entre policías y bomberos, corrimos a los costados pensando que por algún motivo la estructura estaba cediendo. Luego nos dimos cuenta de que un temblor había sacudido la ciudad.

Nos quedamos hasta la madrugada y escribimos las notas contando la tragedia.

Nadie sabía, salvo los que participaron en la expedición arqueológica, que ese día dos momias de personas ofrendadas por los incas en el Pichu Pichu habían sido bajadas.

Muchos pobladores de Arequipa son migrantes del altiplano, provincias andinas y del Cusco, y muchos creen que sacar las momias de sus tumbas enfurece a los *apus* y genera desgracias.

Chávez, reparó en otra coincidencia. Ese día el alcalde había inaugurado una remodelación de la avenida La Marina, que incluyó la colocación de farolas bastante peculiares. Constaban de un poste coronado por una farola circular, como una pecera invertida. Eran muy parecidas a las farolas que se suelen colocar en los velorios alrededor del ataúd. Curiosamente eran treinta y cinco, igual que el número de víctimas en el puente.







El Sara Sara y el gran culto que allí se realizaba. Una expedición que se inicia con algunas ofrendas. Sarita, la momia en una posición intrigante.

En setiembre de 1996, un mes después de los hallazgos en el Pichu Pichu, Reinhard y Chávez emprendieron una nueva expedición. Esta vez el destino fue un volcán ubicado en el departamento de Ayacucho, considerado como uno de los principales apus de los incas: el Sara Sara.

No era la primera vez que lo iban a visitar. Antes lo habían hecho cada uno por su cuenta y ninguno de los dos fue acompañado.

Reinhard lo ascendió en 1983, con la curiosidad que le despertaron las menciones en los escritos de los primeros cronistas españoles que llegaron al Tahuantinsuyo. Chávez fue en 1989 para ver las condiciones del volcán y preparar una expedición arqueológica.

Reinhard, en su libro The Ice Maiden, recuerda que fue el único "gringo" en el ómnibus que tomó para dirigirse al volcán. Se bajó en el camino en lo que consideró el punto más cercano a su destino. Nadie bajó con él.

Siguió en solitario, encontrando dificultades, pero llegó a su destino y elaboró un croquis de la zona y se hizo la firme promesa de volver algún día.



Ya en 1989, las exploraciones las habían intensificado en las montañas del sur andino peruano. Chávez recuerda parte de una conversación telefónica:

- —Sería muy bueno subir al Sara Sara —le dijo Reinhard.
- —Ya pues, listo. Yo voy a subir. Voy a ver cómo está —respondió Chávez.

Aún no era una autoridad universitaria, así que disponía más de su tiempo.

—Me fui solo, por Caravelí. Por esa ruta se iba a Cora Cora e Incahuasi.

Chávez no fue en bus, viajó en camión.

No era la primera vez que emprendía subidas a las montañas sin compañía. Lo había hecho antes al Misti y a otros volcanes, simplemente impulsado por el deseo de ir.

- —¿Y a usted le gusta hacer expediciones solo? —le pregunté.
- —Bueno, mejor es solo que mal acompañado. Yo decido de mí, de mis cosas, de mi tiempo. Yo tomo mis decisiones, no tengo que consultar a nadie

Realmente cogía su mochila, unos cuantos panes, unas naranjas, una gaseosa, maíz tostado, conservas y un par de litros de agua, por si no podía conseguirla en la montaña, y partía.

En su solitaria expedición al Sara Sara, se bajó del camión en la laguna de Parinacochas para seguir un largo camino a pie. Esa fue la primera vez que ascendería a ese *apu*.

- —Fue terrible.
- —¿Por qué?





—Me fui solito y no conocía muy bien el camino. Lo que sucedió es que yo siempre me manejo por cartas geográficas, las leo y veo por donde voy. Es bien difícil que me pierda, pero esa era la primera vez que recorría esa ruta.

Se bajó del camión en un pequeño santuario donde comienza la laguna de Parinacochas. Es un lugar donde normalmente los carros paran un rato y luego siguen su camino a Incahuasi, Incuyo y Cora Cora

—De donde me bajé, a la derecha estaba el Sara Sara y a la izquierda la laguna. La carretera pasa por el medio. De ahí, me aproximé al volcán sin conocer.

Chávez es alto y espigado, y avanzó rápido en el camino plano, dando grandes zancadas. Fue, como era su costumbre, mirando a todos lados buscando rastros en ese camino que nunca había andado.

Al pie del Sara Sara, antes de anochecer, encontró una roca muy grande y desplegó su carpa.

—Hice allí mi campamento, pero no pude dormir esa noche. Escuchaba rugidos.

Por esa zona hay pumas andinos a los que llaman leoncillos. En Parinacochas hay muchos pastos naturales y bastante ganado que atrae a los felinos.

- —¿Tenía miedo de que lo ataquen? —pregunté.
- —Tenía un poco de temor porque yo andaba sin pistola, sin nada.

La noche en vela le sirvió para planear su ascenso. Comenzó a subir muy temprano, con las primeras luces del día. Como siempre, miró primero y avanzó después.

—Calculé subir y bajar en un día. Agarré una cuchilla de la montaña que estaba buena para subir. Se miraba bonita. Al final de esa



cuchilla había un poco de rocas bastante deleznables, una pared y hielo. Yo dije supero eso y llego arriba.

Pero las cosas muchas veces no son como parecen y más aún en una montaña

- —No era como yo pensaba —me dijo—. Hubo un trecho realmente bravo, sobre todo el hielo y la pared que había que trepar. Ahí me demoré un buen rato, fue el mayor obstáculo. Luego le di duro y llegué a la cumbre a eso de la una o dos de la tarde.
- —¿Cuál era el objetivo de ese ascenso?
- —Vi cómo estaba toda la zona. El objetivo era ver cómo estaba. Vi el sitio del Sara Sara, porque el sitio arqueológico está en la cumbre. Es un *apu* muy conocido, sobre todo lo fue en tiempo de los incas. Es una montaña a la que se venera.
- —¿Cuán importante es el apu Sara Sara?
- —Murua, Albornoz y otros cronistas hablan del Sara Sara como uno de los *apus* más importantes de la zona. Tal es su importancia, que las crónicas dicen que tenía a su servicio dos mil indios. Imagínate tal cantidad de personas.
- —¿Qué quiere decir eso de "a su servicio"?
- —Los apus tienen terrenos, adoratorios, tienen ceremonias, etcétera. Por eso había que designar a personas que le sirvan. Era también como un oráculo al cual los pobladores le consultaban

Debió ser un gran santuario, que requería mucha logística. Por eso fue el blanco de los conquistadores españoles, y no solo por motivos religiosos.

—Cuando llegaron los conquistadores españoles, el Sara Sara fue una de las *huacas* más odiadas y más vilipendiadas.







2 La intrigante posición de las piernas de Sarita, la momia encontrada en el Sara Sara, que todavía es un misterio.

Foto: Ruddy Perea



—¿Por qué?

—Porque relataban que ese *apu* hablaba a la gente y la gente le ofrendaba. Los españoles pensaban que en él había una gran cantidad de oro enterrado

Reinhard, en su libro, recuerda que la palabra sara significa maíz y que Sara Sara es una referencia a la abundancia.

La laguna de Parinacochas es fuente de abundante agua, con la que seguramente prosperó la agricultura. En el *apu* se multiplicaron las ofrendas y creció la riqueza en aquel santuario.

Le pregunté a Chávez si por ser tan conocido el sitio había sido huaqueado.

—Fue huaqueado, pero no recientemente, sino en la época de la colonia por los extirpadores de idolatrías —me dijo.

Las acciones de evangelización de los conquistadores no fueron bien recibidas en la zona del Sara Sara. Allí hubo un levantamiento conocido como Taki Onqoy, rechazando el cristianismo y regresando a los bautizados a la adoración a sus *apus*.

—Este movimiento surge contra los españoles y es por el año 1560. Es un movimiento netamente nativo —me puntualizó Chávez.

Incluso en *The Ice Maiden* se hace referencia a un mito. Creen que cuando la laguna de Parinacochas se seque, será el tiempo del destierro de los invasores españoles y del renacimiento del mundo andino

Cuando Chávez llegó a la cumbre vio los restos arqueológicos que había: los muros, las placitas y la andenería.

—El problema era que estaba lleno de hielo. Las construcciones estaban llenas de hielo, en la cumbre —me recalcó.





—¿Puede describirme lo que había arriba?

—Hay un conjunto de rocas, como una pequeña cumbre. Un pequeño callejoncito donde hay una quebradita que se va formando con las lluvias. Allí han construido unos pequeños andenes. A la vuelta de esos, hay unas pequeñas plataformas. En la cumbre misma hay una plataforma grande, y esa plataforma, que es la principal, estaba super congelada, llena de hielo.

Tanto los datos de Reinhard como los de Chávez, sirvieron de base para la expedición de setiembre de 1996, que permitió encontrar el cuerpo de una adolescente de unos 16 años, ofrendada, o tal vez sacrificada por la fuerza, casi en la misma época de Juanita.

Aquella momia fue bautizada por acuerdo del pueblo de Quilcata, solo unos días después del hallazgo, como Sarita.

La expedición incluyó a tres personas de ese pueblo y, también, a un nuevo equipo de filmación. Esta vez no estuvo National Geographic, sino Nova y la BBC, que habían hecho un convenio para registrar las excavaciones.

Antes de subir, Arcadio Mamani, uno de los andinistas experimentados, realizó un pago a la tierra, un ritual de ofrendas como los que se realizaban ancestralmente.

En su libro, Reinhard consigna que en realidad fueron dos. Uno fue más simple, registrado por el equipo de filmación, y otro nocturno, no filmado, que incluyó fetos de llamas.

Durante casi una semana las exploraciones fueron infructuosas.

—Tal vez los extirpadores de idolatrías han destruido todo —pensó Chávez.

Sin embargo, poco después encontraron estatuillas que eran evidentemente parte de las muchas *capacochas* que se hicieron en ese *apu*.



El mayor problema fue que la plataforma estaba congelada. Tal como pasó en el Pichu Pichu, la excavación se tornó dificultosa. Pero, finalmente, se dio el hallazgo.

Era una tumba intacta. No había sido saqueada, aunque el tiempo y el clima habían degradado el cuerpo.

En *The Ice Maiden*, Reinhard recuerda que llamó mucho la atención la posición de las piernas de la momia. Sabían que se trataba de una mujer. Lo dedujeron casi desde el principio cuando encontraron un tupu que se usó para sostener la llicla que cubrió sus hombros.

"Una estatua de oro masculina y una estatua de plata femenina habían sido colocadas sobre su cabeza, y dos estatuas femeninas, junto con un paquete de hojas de coca, fueron encontradas junto a sus rodillas", escribió Reinhard.

Fueron precisamente las rodillas, que estaban cerca de los hombros, pese a que las piernas estaban cruzadas, las que llamaron la atención. Reinhard pensó que estaba así porque la tumba era estrecha y forzó a los victimarios a acomodarla en esa forma. Chávez veía otra cosa. Pensó que posiblemente se le colocó en esa posición para aparentar que estaba pariendo.

- —Sarita está en una posición singular —me dijo cuando le toqué el tema.
- -¿En qué posición exactamente? -pregunté.
- —Es una posición como la de flor de loto en el yoga.

Chávez no solo había practicado yoga, sino que lo había enseñado en la Gran Fraternidad Universal, en Arequipa. Allí también practicó el vegetarianismo, y aunque no lo hacía ya rígidamente, era algo que compartía con Arcadio Mamani, el montañista que había hecho las ofrendas antes de subir. No le pareció raro que se pudiera usar esa posición para facilitar un parto.

—Por la posición de la chica, que tenía unos 16 años, es posible que haya estado en cinta, o haya sido una ofrenda a la fertilidad —me dijo.



No hay certezas al respecto. Sin embargo, una tomografía realizada en Arequipa, reveló cosas tan particulares como interesantes. A la momia se le habían sacado las vísceras, algo inusual.

—El estudio tomográfico muestra que hay algo denso a la altura del vientre. Podrían ser textiles, adornos u ofrendas —me explicó.

Lo usual en las *capacochas* era que se ofrendaran niños y niñas vírgenes. Chávez cree que pudo tratarse de un evento extraordinario, incluso no de una ofrenda, sino de un acto más violento: un sacrificio.

—El cuerpo es interesante para seguir investigando, pero no había las condiciones para hacerlo —me dijo.

De lo que sí está seguro es que no fue una ofrenda principal, fue sólo una más de las muchas que se hicieron en el Sara Sara.

El regreso de la montaña fue difícil, no tanto por complicaciones en el camino, sino por la llegada al pueblo. Chávez y Reinhard tuvieron que reunirse nuevamente con los pobladores —ya lo habían hecho antes de ascender— para explicar lo encontrado y el destino que tendría.

Chávez recuerda que fue prácticamente un cabildo abierto.





Dos expediciones al Misti, una tras otra. Las tumbas masivas. Las discrepancias sobre lo hallado en las capacochas en ese volcán.

En 1998, casi tres años después del descubrimiento de Juanita, las exploraciones llevarían a un hallazgo singular en el Misti, el volcán más famoso del Perú, al pie del cual se levantó la ciudad colonial de Arequipa.

Ese volcán, al que Chávez había subido tantas veces, no era tampoco un desconocido para Johan Reinhard. En 1980, fue la primera montaña que escaló en el Perú. Lo hizo en compañía de algunos amigos argentinos, liderados por Antonio Beorchia, uno de los primeros en buscar restos arqueológicos en los picos andinos.

En ese primer ascenso, Reinhard conoció a Miguel Zárate, que por entonces era casi un adolescente. Sirvió de guía, pues no todos los que ascendieron tenían experiencia en andinismo.

El ascenso de 1998 lo hizo también con una arqueóloga de alta montaña de Argentina, Constanza Ceruti. Era una admiradora suya desde que fue estudiante universitaria y, aunque no se conocían, pidió permiso para unirse en las expediciones de alta montaña en el Perú.

Constanza Ceruti y Reinhard luego ascenderían el volcán Llullaillaco, en la provincia argentina de Salta, donde encontraron tres ofrendas humanas en magnifico estado de conservación.



El 25 de agosto de 1998, habían ascendido al Misti con un equipo arqueológico, entre quienes se encontraba Ruddy Perea que, veinte años después, sería quien haría los estudios de laboratorio de lo que encontraron en el Misti.

José Antonio Chávez no subió con ellos. En ese momento, estaba adecuando todo para el nuevo museo de Juanita, en una casona colonial que compró la Universidad Católica de Santa María en la calle La Merced. Se iba a inaugurar solo unos días después, con una ceremonia en la que el invitado especial era Johan Reinhard.

Reinhard no podía faltar, así que la expedición debía terminar el 31 de agosto. Casi todas las excavaciones que hicieron en el Misti fueron en vano, y cuando todo parecía que seguiría igual, empezaron los hallazgos: figuras de llamas en miniatura hechas en plata y oro, platos y el entierro que estaban buscando, que fueron a dar al Museo Santuarios Andinos

Arcadio Mamani había hallado la cabeza de una momia. Era, evidentemente, una tumba que no había sido saqueada. La taparon, no tenían ni tiempo ni herramientas para hacer todo el trabajo arqueológico.

Bajaron para estar en la inauguración del museo y, también, para organizar una nueva expedición a la que se sumarían Chávez y cuatro personas más.

Las ofrendas halladas y la capacocha estaban en el cráter.

- —¿Qué fue lo que encontraron al subir? —le pregunté.
- —Eran dos rectángulos en medio de dos círculos, hechos de piedra. Cada círculo tenía unos cuatro metros de diámetro. Los rectángulos eran bastante más grandes, parece que eran para la zona propiciatoria, en ellos no había nada.

En los círculos, en cambio, estaban las tumbas. Una era de mujeres y la otra de hombres. En los rectángulos, posiblemente, se prepararon las ofrendas. Ahí se reunieron las víctimas y los sacerdotes para hacer toda la ceremonia.







1 Un esquema que se exhibe en el museo Santuarios Andinos sobre la disposición de las tumbas en el volcán Misti.

Foto: Enrique Zavala



- —¿Esas figuras geométricas hechas de piedra estaban muy escondidas?
- —No. Eran fáciles de mirar, pero se pensaba que eran marcas recientes de andinistas. Y no fueron las únicas que encontré.
- -; Dónde estaban las demás?
- —Un poco más allá encontré otros círculos. En el Misti hemos hecho en total unas 15 excavaciones.

Esas excavaciones incluyeron la cumbre misma, donde está una cruz de hierro que colocaron en el año 1900. Unos días antes, Reinhard, junto con los miembros de la primera expedición, se detuvieron allí antes de bajar. Se unieron por unos momentos a una misa, en la que participaba un grupo de católicos que subieron junto con un sacerdote en una suerte de peregrinación que programaban anualmente.

- -¿Qué había en la cumbre misma?
- —Nada. Todo estaba limpio. Me parecía raro, pero tú sabes que los extirpadores de idolatrías llegaron allí y destruyeron todito.
- —Lógicamente, en la cima debió haber algo.
- —Allí había, definitivamente, una plataforma ceremonial. Era, como ya sabemos, el punto más alto, prominente, especial para alguna persona importante, seguramente una niña, como Juanita. No hay una noticia, una referencia exacta, pero es algo evidente.
- —¿Y hay vestigios como para tratar de reconstruir lo que hubo allí y fue destruido?
- —Si hiciéramos una exhaustiva investigación en los archivos de Sevilla, sobre lo hecho por Albornoz y también por los otros extirpadores de idolatrías, encontraríamos la relación de todas las huacas y lo que encontraron.

Las excavaciones se hicieron en gran parte de los círculos, en diferentes lugares del cráter inferior. El Misti tiene dos cráteres. El exterior es el que bordea la cumbre donde está la cruz. El segundo está hacia adentro.



—Debajo de la cruz hay una pampa, y un poco más allá está el hueco actual, que es el segundo cráter —me explicó—. Con los años el conducto se desplazó hacia Chiguata. Por eso, por donde yo subí la primera vez cuando era un niño, se llega justo al labio del segundo cráter.

Los conocedores pueden identificar más bocas del Misti, pero no son fáciles de reconocer ni para los andinistas. Fue en el segundo cráter donde los incas hicieron varios círculos de piedras, una suerte de marcas.

—En gran parte hemos excavado para ver que había. Generalmente, no hemos encontrado nada

El Misti es un volcán activo. Según ha recopilado Chávez en uno de sus libros que lleva el mismo nombre del volcán, hacia los años 1440 o 1460 hubo una gran erupción. A raíz de ello se cree que el Inca Pachacutec hizo muchas ofrendas para aplacar el enojo del apu.

A Chávez no le quedan dudas que por esa erupción se hicieron las *capacochas* en el mismo Misti, pero también en los volcanes aledaños, los *apus* Chachani y Pichu Pichu. Cree que esa debe ser la erupción que, según las crónicas, arrasó con los poblados aledaños.

"Fray Martín de Murua menciona que dicha erupción destruyó completamente la ciudad y que, posteriormente, los generales del Inca Mayta Capac, al llegar a Arequipa, le pidieron quedarse para poblarla", escribió Chávez en un paper.

En ese mismo documento señala:

"Las investigaciones han confirmado la existencia del santuario del volcán Misti en el borde del cráter, ya mencionado desde tiempos de la colonia y reiterado en periodos recientes. Así mismo, la construcción de algunas estructuras en el cerro El Púlpito y en Monte Blanco, a 4,500 msnm. Las estructuras de la cumbre del volcán Misti posiblemente hayan sido destruidas a raíz de la construcción de una estructura de piedras y la imposición de una cruz de fierro en su lugar, hacia el año de 1900."





2 El espectacular cráter del Misti, en cuyo borde se ofrendaron niños y niñas que se enterraron en diferentes tumbas.

Foto: Johan Reinhard

Los objetos encontrados, cuarenta y siete estatuillas, incluso una de veinticinco centímetros, una de las pocas de ese tamaño en capacochas, quedaron eclipsadas por lo que encontraron en las dos tumbas. No se trataba del estado de conservación de los cuerpos, sino del número de víctimas.



Por primera vez habían encontrado tumbas múltiples. Era la evidencia de un sacrificio masivo en las montañas.

- —Se excavó el primer círculo, el de la derecha si es que miramos hacia la ciudad. Era de las mujeres, por los objetos que hallamos. Se encontraron dos cuerpos. Pensé que no había más y limpiando apareció el cráneo de otro.
- -¿Cuánto habían excavado?
- —Ya se había excavado dos metros y medio de profundidad. Era un descubrimiento fenomenal. No se conocía de eso en otros sitios. Lo mismo pasó en la tumba de los hombres.
- —¿La excavación fue más complicada?
- —Fue terrible porque nosotros habíamos iniciado la excavación pensando que a dos o tres metros se acababa todo, pero fueron más de cuatro metros. La tierra se nos desmoronaba hacia adentro. Había que volver a excavar y a limpiar, pataleaba duro. No fue fácil. No estaba planeado.

Hay que tener en cuenta que en la excavación se descubre primero lo que se enterró al último.



Miembros de la expedición arqueólógica cerca al cráter, trasladando los restos de las momias encontradas en

Foto: Johan Reinhard



- —¿Cómo estaban distribuidos los cuerpos?
- —Dos enterramientos abajo y uno arriba.

Aunque fue una sorpresa encontrarlo en la montaña, no fue la primera vez que Chávez había visto un entierro superpuesto. Cuando era adolescente, encontró uno en su chacra de Chiguata.

—Yo había tenido antecedentes de investigar un poco quiénes eran los que habían vivido en nuestra chacra antes de nosotros —me dijo—. Quería saber quiénes eran, de qué culturas eran.

Como sus chacras están en una zona que estuvo poblada desde antes de los incas, excavó y encontró cerámica churajón. En realidad, no era muy difícil encontrar restos arqueológicos en la zona.

- —Una vez mis tíos hicieron excavaciones para ampliar la chacra y me contaron que encontraron la tumba de una persona vestida de fraile. Era una tradición enterrarlos con hábito —recordó.
- —¿Usted qué encontró?
- —Cuando excavé, encontré estas tumbas superpuestas. En los cistos de piedra pircada, había un primer entierro en la parte de abajo y un segundo entierro encima de una laja. Eso nunca lo había visto.
- —¿Cuándo fue eso?
- —Eso fue cuando estaba en el colegio. Era como un curioso investigador, con mucho por conocer. Esos hallazgos los doné a la Universidad de San Agustín. Aún tengo la carta de agradecimiento del encargado, Eloy Linares Málaga. Fueron como 14 ceramios.

En el Misti no había lajas que separaran el primer entierro doble del superior.

Reinhard tiene la impresión que los de abajo se hicieron en un tiempo distinto a los de arriba. Es decir, en una primera capacocha se habrían ofrendado a dos niños y dos niñas, y en otra capacocha, a un niño y una niña.



Chávez discrepa.

—Yo pienso que ha sido en un solo momento y todos para adentro.

No cree, realmente, que esos círculos fueron preparados para volver a hacer otro entierro.

—Esa ofrenda tenía un objetivo: la erupción del volcán que narra Martín de Murua, que yo he fechado entre 1440 y 1460, algo que han corroborado vulcanólogos.

Esa erupción del Misti fue más fuerte que la actual del volcán Sabancaya y que la anterior de los años 90.

- —Los gases y las cenizas del Misti son tóxicos, tienen mucho dióxido de carbono y anhídrido carbónico. Esto se descompone en ácido. Las estatuillas de plata y oro que hemos encontrado allí están casi derretidas por el ácido. Mira la potencia y el daño que puede causar en las aguas de Arequipa.
- —La gente debió estar muy asustada.
- —La gente huyó de Arequipa. Por eso es que la historia de Mayta Capac tiene sentido en esa interpretación. Vino después de la erupción. Aunque también tiene sentido el *are quepac*.
- —Entonces su idea es que la magnitud de la *capacocha* del Misti fue proporcional a la magnitud del desastre.
- —Ya te puedes imaginar lo que la gente sintió. Lo que querían era apaciguar la furia del *apu*. Eso estuvo también acompañado de grandes temblores y de gran ruido. Son sonidos terroríficos. Yo he estado en erupciones, da ganas de correr, de volar. Los ruidos del volcán debieron de ser terribles. Por eso las grandes ofrendas que se hicieron.

Las crónicas de Murua lo ratifican. Dicen que el propio Inca tuvo que ir del Cusco hasta Arequipa para impedir que los lugareños huyeran aterrados por los temblores y las cenizas.





La bajada. Las revelaciones del laboratorio. La venganza contra el apu. Un nombre para el volcán. Tres metros de cenizas de fogatas.

Sacar los restos de las dos tumbas requirió un trabajo especial. Si usaban métodos tradicionales hubieran terminado de arruinar los restos óseos e incluso los poquísimos trozos de textiles, tan debilitados por los ácidos del volcán.

En anteriores excavaciones usaron agua caliente para derretir el hielo, ablandar la tierra y permitir la excavación. En esta oportunidad José Antonio Chávez decidió también usar agua, pero esta vez fría y por la noche, para congelar los restos.

La idea era hacer que las bajas temperaturas nocturnas congelen la tierra y así sacar bloques, para llevarlos a la ciudad como grandes cubos. Reinhard y los demás estuvieron de acuerdo.

El proceso duró semanas. Reinhard, en su libro, recuerda que Arcadio Mamani hizo una ofrenda cuando se sacaron los primeros cuerpos. Fue un ritual que, igual que el que no se filmó en el Sara Sara, incluyó el feto de una llama.

El destino de los cuerpos fue una congeladora y solo se descongelaron en el 2018, cuando José Antonio Chávez había dejado el museo y la universidad





1 Análisis de una de las tumbas encontradas en el Misti. Ruddy Perea inció la investigación 20 años después del hallazgo.

Foto: Ruddy Perea

Ruddy Perea se encargó del museo cuando, en el 2017, Chávez se jubiló. En febrero y marzo del 2018, junto a Dagmara Socha, una bioarqueóloga de la Universidad de Varsovia, examinaron por primera vez los bloques extraídos del Misti.

Se estimó que los cuerpos tenían una antigüedad de alrededor de 550 años, lo que los harían coincidentes con la erupción del Misti.



Los resultados fueron sorprendentes. Socha identificó no solo seis cuerpos, sino ocho e incluso creía que podrían ser nueve. Así lo consignó en un artículo científico que elaboraron con Perea.

El estudio recién se dio a conocer al año siguiente. En octubre publiqué una crónica al respecto en la BBC, bajo el nombre de "Misti: los secretos del mayor sacrificio de niños y niñas que los incas realizaron para apaciguar a un volcán en Perú".

Socha sostiene que en la tumba de los varones había al menos cuatro niños de solo seis años de edad y uno de doce o trece años. Pero en medio del amasijo de huesos, Socha encontró otros restos que podrían indicar que hay un niño más.

En la otra tumba identificó dos niñas de seis años, y otra de entre nueve y once años.

Chávez no está de acuerdo.

—Ella pone en duda la cantidad, dice hasta nueve y concluye con ocho. Para mí, eso es un error.

Él, que estuvo en la tumba, está seguro que se trata sólo de seis cuerpos. Aunque no participó en el trabajo de gabinete, piensa que en el descongelamiento todo se ha podido confundir.

Pero otra de las cosas que llamó la atención en los estudios de estos restos, fue que el niño de doce o trece años tenía una deformidad en las piernas. Los fémures estaban curvados.

- —¿Los niños ofrendados no deberían ser perfectos? —le pregunté a Ruddy Perea.
- —Sabemos por unas crónicas de Arriaga, que para ofrendas al dios Illapa, buscaban a personas con algunas anormalidades, como labio leporino o que fueran golpeadas por un rayo y, como en este caso, con piernas curvadas.

Illapa era el dios del rayo o dios del clima.



No fue sólo el tiempo y los ácidos los que degradaron los restos humanos. A las tumbas les cayeron muchos rayos.

—Los sacerdotes incas colocaban las ofrendas en lugares donde sabían que iban a caerles rayos, era la manera de decir que la ofrenda había sido aceptada —me dijo Perea. Esa es su hipótesis.

Chávez no concuerda tampoco con ello. Dice que en las montañas caen muchos rayos. Lo había experimentado muchas veces, igual que Reinhard. Habían sentido los pinchazos en la cabeza de las cargas eléctricas acumuladas que preceden a una tormenta. Así que no cree precisamente que en las capacochas se buscara que las ofrendas sean golpeadas por rayos; simplemente les caían.

En su paper, Socha y Perea recalcan que, según las crónicas de Murua, escritas en 1590, el Misti era considerado un *apu* "antipático" y "agresivo", que demandaba muchos sacrificios.

Chávez piensa que no todo el tiempo fue considerado así, pero sostiene que por la erupción despertó esos sentimientos que llevaron incluso a una venganza ordenada por el Inca.

—El Misti desde siempre ha sido el volcán tutelar del pueblo. Por el volcán pasan las aguas y hay muchos manantiales. Se convierte en antipático, cuando erupciona. Por eso las ofrendas para calmar la ira de ese volcán —me dijo.

La erupción causó grandes estragos. Los habitantes de esa Arequipa prehispánica salieron despavoridos. Las aguas se contaminaron, las cosechas se perdieron, las tierras se malograron. Fue una erupción que pudo prolongarse por años, como ahora ocurre en el sur peruano con las del Ubinas y del Sabancaya.

La venganza del Inca vino cuando ordenó que el volcán más majestuoso de los Andes, que destaca por esa forma cónica, dejara de ser mencionado. Quisieron borrar su nombre de la memoria de los pueblos.

La venganza dio resultados. El nombre de Misti corresponde ya a tiempos de los españoles.





- —El Misti no tuvo nombre, aunque seguro antes lo tenía.
- —¿Y el nombre de Misti?
- —Eso aparece recién en un informe de un intendente español, que organiza una expedición al volcán sin nombre.

Chávez se refería a una expedición realizada en 1786, organizada por el intendente Antonio Álvarez y Jiménez, que algunos consideran la primera expedición científica al volcán de Arequipa.

—En las crónicas no se dice el nombre del volcán. Fray Martín de Murua lo menciona como el cerro tutelar que está a tres leguas de Arequipa.

Esa distancia, que equivale a unos 15 kilómetros, coincide con el Misti. Actualmente, la Plaza de Armas de la ciudad dista 17 kilómetros de la cima.

- —¿El intendente Álvarez sí refiere el nombre? —pregunté.
- —El intendente Álvarez organiza una expedición para ver unas fumarolas y hacer su informe. Pero al final incluye un nombre que los naturales, los nativos, les decían a los españoles: misti.
- —¿Tiene un significado especial?
- —"Gran señor". Era el rango en que los indios tenían a los españoles.
- —Entonces quitar el nombre fue una represalia.
- —Posiblemente por la erupción el Inca Pachacutec le quitó el nombre, efectivamente como una represalia. Los incas borraban el rastro de los que se sublevaban, de los desastres, de las cosas malas. Los desaparecían de la historia. Esa es mi teoría.

Claro que algunos hallazgos históricos sugieren que el nombre original del Misti fue el de Putina. Incluso Reinhard lo da por cierto en *The Ice Maiden*.





- 2 Los siglos, los rayos y el ambiente ácido redujeron a amasijos de huesos las tumbas de los niños sacrificados en el Misti.
- Algunos huesos de los niños sacrificados en el Misti como parte de una capacocha.

Fotos: Ruddy Perea



Esto nace de un documento de Albornoz, de 1582, sobre las *huacas* del Perú, donde hace una referencia al "volcán de Arequipa llamado Putina", luego de haber mencionado a varios *apus*.

Más allá de sus restos arqueológicos, el Misti siempre fue especial para Chávez.

—Revisando mis notas he subido cantidad de veces, por todos los sitios habidos y por haber. He inaugurado muchas rutas —cuenta.

Estima que antes de 1998 había subido al menos 70 veces.



- —En algunas oportunidades no he terminado en la cumbre porque los amigos no llegaban, y ya para qué subía solo.
- —¿Tiene idea por dónde subían los incas para hacer sus ofrendas?
- —Para mí, ellos han subido por Chiguata, por donde subí por primera vez desde mi chacra. Por la quebrada de Agua Salada, que luego da directo hasta el borde del cráter.

Al Misti se puede subir por varios lugares. Chávez se ha encontrado varias veces con Carlos Zárate Sandoval, el padre de Carlos y Miguel, uno de los hombres que más ha subido al Misti como guía.

Cuando realizaba las ascensiones por deporte, Chávez nunca cobró, guiaba a la gente para contagiarles su amor al andinismo. Sin embargo, algunos escaladores, sobre todo extranjeros, le regalaban algunas cosas en gratitud.

Una pareja de esposos que estaba haciendo andinismo en el Perú, tenía todo el equipo necesario, desde carpas y bolsas de dormir hasta piolets.

—Queremos regalarte todo nuestro equipo, pero al final de nuestro viaje —le dijeron.

Le pidieron su dirección y, efectivamente, semanas después se lo enviaron

—Antes subía por deporte, no pensaba en ruinas ni cosas —me reiteró Chávez.

Pese a sus ojos acuciosos, en sus subidas al Misti no encontró nada, solo la cruz.

- —Es que uno llega cansado, aunque algunas veces con ganas de seguir viendo, investigando. Pero lo que yo miraba en esa época era la ciudad, los cerros, las puestas de sol. Estaba en otra onda.
- —Después cambió su interés por lo arqueológico. ¿Recuerda cuándo miró las cosas con otros ojos?



—Cuando empecé a leer las crónicas y el trabajo de Enrique Rondón, que hizo un escrito sobre el Misti en 1937, que incluía un croquis de las ruinas, y cuando leí a Ventura Travada. Con esos datos ya sabía que las ruinas estaban al borde del cráter.

En la excavación al Misti no solo encontraron las tumbas y los círculos, hallaron también un lugar que llamó mucho su atención.

—Hay un lugar muy interesante donde también excavamos.

—¿Cuál?

—Si tú observas de la ciudad el Misti, a la izquierda, en esa puntita está la cruz. Un poquito a la derecha es como un precipicio, como una hondonada. Lo ancho, arriba, es un callejón, algunos lo llaman el Callejón del Diablo; es como una pampa. Si miras en Google Earth, tú vas a ver esa pampa que bordea hasta la parte de atrás, de Aguada Blanca. Incluso allí se puede hacer motocross, pasear con cuatrimotos para el turismo.

La explicación me hizo recordar que Chávez había hecho todo un proyecto al respecto con la construcción de infraestructura en el Misti, incluido un teleférico, como parte de un doctorado en Turismo.

- —En el borde del segundo cráter —me siguió explicando—, me pareció interesante hacer una excavación.
- —;Qué encontró?
- —No había nada.
- —¿Cómo que nada?
- —Ningún entierro ni ofendas. Pero había cantidad de ceniza. Habían hecho fuego con cantidad de carbón. Traje muestras para analizarlas, pero el análisis no se hizo.
- —¿Y eso es raro?





- —Seguramente cuando hicieron las ofrendas han hecho grandes fogatas, porque encontré tres metros de profundidad de cenizas de fogatas.
- —¿Tres metros? —la cantidad también me sorprendió.
- —¡Imagínate! Cómo se puede hacer un estrato de tres metros en ese punto. Eso significa que mucha gente ha subido y ha estado allí, y se han ido acumulando en muchos años.

Eso comprueba que el Misti era un *apu* importante, donde se hacían muchas ofrendas.

Los fuegos, cree Chávez, se hicieron con madera de los bosques de queñuales que, según las crónicas, estaban en las faldas del Misti. Ahora no hay gran vegetación. Esos bosques fueron depredados durante siglos por los españoles que usaban su madera en la ciudad para alumbrarse, calentarse, cocinar y alimentar sus hornos.

Otra ruta que usaron los incas fue la de Pampa de Huajari, por la zona de Miguel Grau, en el distrito de Paucarpata. En ese camino se encuentran cosas interesantes.

—Hay un cerro que se llama El Púlpito, delante del Misti. Ese cerro termina en punta. Yo he subido con Arcadio Mamani, Johan Reinhard y Ruddy Perea, y he hecho el croquis de las ruinas que hay allí. Años atrás las ruinas estaban casi intactas. Pero cuando subimos ya estaban medio destruidas, sobre todo en la puntita. Habían puesto velas, en rituales extraños, de otro tipo —me explicó Chávez.

En esa oportunidad, ambos siguieron su ruta hasta el Misti.

—Subimos por la cresta y hemos seguido encontrando círculos y al parecer restos de tumbas de personas o de ofrendas, pagos, cerámicas, de la época de los incas. No subimos más porque llovía bastante, pero esa ruta da directamente al lugar de las fogatas en la cumbre del Misti.





11

El descubrimiento inesperado de Juanita en el Ampato. La travesía para bajarla. El viaje de la momia en la bodega de un bus.

El descubrimiento más importante en los picos de una montaña en el Perú se dio el 8 de setiembre de 1995, donde la suerte jugó un papel especialísimo.

En agosto de ese año José Antonio Chávez habló por teléfono con Johan Reinhard. Chávez ya era decano de la Facultad de Arqueología, así que recibió la llamada por la mañana, en su oficina.

—Recuerdo que habíamos hablado del Ampato —me dijo Chávez—. Yo le mencioné que había hecho expediciones y que era bueno subir para ver qué había, porque ya se estaba descongelando.

Pensó que era una buena oportunidad para ver si efectivamente había rastros de ofrendas incas, porque siempre se había hablado del Ampato como apu.

—Algunos cronistas lo mencionan —me dijo.

Reinhard conocía también sobre el Ampato, pero nunca lo escaló. Incluso, había descartado anteriormente explorar esa montaña por la gran cantidad de hielo que tenía. Pensaba que esa condición había hecho muy difícil que se hicieran capacochas allí.



Espectacular imagen
 de la erupción del
 Sabancaya, con una
 columna de humo de
 varios kilómetros de
 altura.

Foto Johan Reinhard

Las cosas habían cambiado desde 1990, cuando el volcán Sabancaya había entrado en una erupción que se prolongó por años, y en 1995 el calor generado había influido en el vecino Ampato.

Cuando Chávez subió en 1977 todo estaba congelado, así que no pudo ver nada de restos del pasado. Subió como montañista, sin afanes de exploración arqueológica.

—El Ampato y el Hualca Hualca, que está a lado, eran unas bolas de hielo en ese año —me dijo.



La conversación telefónica de ese día quedó en que Reinhard iba a hacer planes para fotografiar el Sabancaya en erupción y ver cómo estaba el Ampato.

Reinhard solía llegar a Arequipa en agosto y setiembre. En esos meses el clima en las montañas mejora, no hay muchas nubes. En noviembre y diciembre es más complicado por las lluvias y peor en enero. En esos meses se pueden presentar repentinamente tormentas eléctricas muy peligrosas.

—Recuerdo que cuando Johan llegó le dije que no podía ir con él —me contó Chávez—. Por esos días había bastante trabajo, cambios en la universidad, problemas que resolver como decano de la facultad.

No era una expedición arqueológica, pero partir sin compañía hacia la zona de un volcán que explosionaba a cada rato, y de otro al que no había subido nunca, no era lo mejor.

—Yo le dije que él no podía ir solo, así que conversamos y la persona más cercana en ese momento era Miguel Zárate.

Reinhard se contactó con él y, según ha contado en su libro, conversaron sobre el Ampato. Miguel le dijo que había visto unos círculos de piedra más abajo de la cumbre e incluso le contó que su hermano, Carlos, había mirado una zona donde había mucho ichu.

Cuando Reinhard decidió ir, pensó que desde el Ampato tendría un buen lugar para fotografiar la erupción del Sabancaya. Para ello no debería subir por la ruta que solía tomar Miguel, sino por el lado norte que le permitía la vista continua del humeante volcán.

Partieron de Arequipa el 2 de setiembre. Descansaron en un hotel en Cabanaconde, un pueblo que dista unos 25 kilómetros del Ampato. Allí contactaron a un arriero que les alquiló los burros para llevar la carga.

Acamparon a la mitad del camino al Ampato. Al día siguiente, al despertar, Reinhard sacó las láminas de plástico amarillo que había usado para cubrir el suelo de la carpa. Algunos de los retazos de ese plástico los guardó en su mochila. Los llevó para poder dejar marcas



en el camino si era necesario. Así lo consigna en el libro que se publicó en 2005 con el sello de National Geographic.

Según su narración, siguieron su viaje al volcán y en una parte pudieron ver la fumarola enorme de una nueva explosión en el Sabancaya. Esa noche acamparon en el Ampato y a la mañana siguiente empezaron a ascender. Fue más difícil de lo que pensaron, entre otras cosas por el hielo derretido.

Fueron varios días, con subidas y bajadas hasta el campamento. Pero en sus recorridos fueron encontrando piezas de cerámica, cuerdas, trozos de madera, vestigios de palos que usaron los incas para armar carpas.

Pudieron apreciar la zona donde estaban los círculos, pero también una enorme plataforma que construyeron los incas y que Miguel no había visto en sus subidas anteriores. Seguramente había estado cubierta por la nieve.

El 8 de setiembre llegaron hasta la cima misma, que era una cresta angosta. Reinhard hacía unos apuntes, mientras Miguel siguió unos quince metros más allá. Miró hacia abajo y divisó unas plumas un par de metros hacia abajo.

Eran las plumas del tocado de tres estatuillas, una de oro, otra de plata y otra de *spondylus*. Estaban bien conservadas. La zona donde estaban enterradas se había desprendido. La ropa de las estatuillas no estaba descolorida, así que el derrumbe era reciente. Eso lo confirmaba.

Para saber por dónde había caído la estructura colapsada, Reinhard envolvió dos piedras con los retazos de plástico amarillo que tenía en la mochila y las arrojó hacia el cráter.

Bajaron con la intención de hallarlas. En esa búsqueda, Miguel Zárate vio un paquete. Era el fardo de una momia. Reinhard fotografió el momento en el que Miguel lo carga.

El fardo cubría el cuerpo, pero la cara estaba expuesta. Al rodar, las telas que lo tapaban en la tumba se desprendieron y dejaron la cabeza a la intemperie. El rostro se había secado y deteriorado por el sol y el frío.





2 | El fardo funerario de Juanita dentro del cráter del Ampato, luego del colapso de la tumba que estaba en la cumbre.

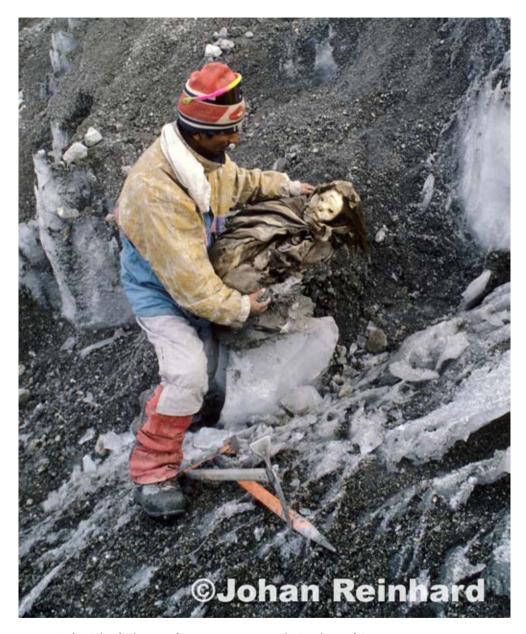
Foto Johan Reinhard

Antes de que Reinhard partiera de Arequipa, José Antonio Chávez le había dado una recomendación:

—Si encuentras algo, lo dejas ahí. Luego armamos una expedición.

Pero ante el tremendo descubrimiento, Reinhard se encontró en una encrucijada. No tenía permiso del Instituto Nacional de Cultura para excavar ni mover nada, así que llevar la momia y los restos de otras ofrendas podría considerarse un acto ilegal. Por otro lado, si dejaban





3 Miguel Zárate en el momento que encontró a Juanita en el Ampato.

Foto Johan Reinhard



el fardo allí, al regreso seguramente no lo encontrarían, pues los desprendimientos y la nieve lo harían perder para siempre dentro del enorme cráter. Y si lo encontraban, el cuerpo, que aún podía estar congelado y con todos los órganos internos conservados, podría deteriorarse.

—Si mi obligación como arqueólogo era ayudar a preservar el patrimonio cultural del Perú, dejar atrás la momia era una alternativa inaceptable —pensó Reinhard y lo consignó en su libro.

Bajarla fue una aventura que puso su vida en peligro. Con ella en la espalda, tuvo primero que subir el cráter y luego bajar. Era un camino peligroso. Miguel, bastante más pequeño en estatura, no podía sostener el fardo. A punto de ser ganado por la oscuridad, Reinhard dejó la momia en medio de grandes bloques de hielo a la mitad del camino entre la cumbre y el campamento. Bajaron y se metieron rendidos y con hambre a la carpa.

Al día siguiente, mientras Miguel bajaba a encontrarse con el arriero, Reinhard subió a recoger la momia. Demoró hora y media en llegar a ella. Colocarla en su espalda nuevamente requirió mucho esfuerzo, porque a su peso normal se sumaba el del hielo en el congelado fardo.

Al bajar, según cuenta, sintió la presencia de alguien. Fue una ilusión que suelen tener muchos escaladores, y esa vez le ayudó a no sentirse solo.

Ya abajo, llevaron la momia en burro hasta Cabanaconde. Reinhard decidió enviarla con Miguel en un bus. La acomodaron con mantas térmicas para conservarla. Parecía un bulto más, y la metieron en la bodega para equipaje. Nadie a bordo, ni siquiera el chofer, sabía que llevaban una momia.

Reinhard le dijo a Miguel que apenas llegara a Arequipa buscara a Chávez, y que él sabría qué hacer.

Partió a las 11:30 de la noche del domingo 10 de setiembre. No hubo contratiempos en el viaje. Miguel bajó del bus y llevó la momia a su casa.





Su primer aparato de conservación. La entrega a la Universidad. Los problemas con el INC. La autorización para una nueva expedición.

El lunes 11 de setiembre, José Antonio Chávez salió temprano de su casa y se dirigió a la universidad, en Umacollo. Una llamada telefónica lo sorprendió. Era Miguel Zárate avisándole que había traído a hurtadillas, en un bus, una momia congelada que encontraron en el Ampato.

Chávez se enojó porque no hicieron caso a su recomendación de no tocar nada en el Ampato y, también, porque la momia no se trajo directamente a su oficina.

La idea de que el cuerpo estuviera preservado por el hielo lo fascinó, y su conservación pasó a ser su prioridad.

Pensó en su amigo de aventuras en las montañas, Dante Lucioni, el que los recogió aquella vez en la primera expedición al Huarancante. Él y su padre, Carlos, eran los dueños de Carsa, la casa comercial más importante de Arequipa. Cogió el teléfono y lo llamó. Fue directo como casi siempre:

—Oye Dante, sabes que Johan ha mandado una momia del Ampato, y yo creo que está muy bien conservada y se está descongelando, y Miguel se la ha llevado a su casa —le dijo—. ¿Podrías prestar una congeladora o algo, y ya vemos después cómo hacemos?



—Ya pues, inmediatamente —le respondió—. Voy a sacar la congeladora, la subo a la camioneta y te busco en la universidad y vamos a la casa de Miguel.

Miguel vivía en Paucarpata, en la casa de sus padres, en el barrio de Jesús María, cerca del antiguo hipódromo.

Solo unos minutos después de que Dante Lucioni llegara a la universidad, se dirigieron lo más rápido que pudieron a la casa de Miguel. Buscaron un poco y dieron con la dirección. Por la mente de Chávez se sucedían las ideas, una tras otra: la momia, los problemas que tendrían con el INC, el gran descubrimiento que podría ser, su preservación, la responsabilidad de tenerla pero sobre todo una gran inquietud: ¿quién se haría cargo de ella?

Dante Lucioni llevó una congeladora de esas que solían tener los emporios para guardar la carne, o las tiendas para guardar los helados. Era blanca, como todas en esa época. La llevaron en una camioneta pick up.

Apenas llegaron empezaron a bajarla.

Chávez entró y encontró la momia en una habitación del segundo piso. Ya Miguel le había explicado que la cara estaba deteriorada, pero lo demás estaba enfardelado y muy pesado por el hielo. Lo que veía reafirmaba su hipótesis: el cuerpo podría estar intacto.

No había tiempo qué perder. Subieron la pesada congeladora hasta el segundo piso. Esos artefactos podían regularse hasta alcanzar una temperatura de 25 grados bajo cero. Chávez rápidamente hizo sus cálculos, mentalmente, sobre las temperaturas en la montaña. Acostumbrado a tomar decisiones, sin más vacilaciones, puso el termostato al máximo. Luego metieron el fardo.

Una de las preocupaciones, la más importante, ya estaba salvada. La momia estaría preservada. La primera cámara de conservación de Juanita fue una congeladora común y corriente, que Dante Lucioni terminó donando.







1 Juanita después de haber sido hallada en el Ampato.

Foto Johan Reinhard

Ahora había que resolver los otros problemas.

Lo natural hubiera sido que el cuerpo se entregara al Instituto Nacional de Cultura. Chávez, que había trabajado allí durante años, conocía la realidad de su infraestructura y su falta de presupuesto. Así que la primera alternativa era que su universidad, una institución privada sin fines de lucro, accediera a hacerse cargo. Las gestiones tomarían tiempo, así que Chávez le dijo a Miguel que dejarían a Juanita en su casa hasta que tuvieran un lugar seguro donde llevarla.





Personal de la UCSM traslada a Juanita dentro de la congeladora que fue su primera cámara de conservación.

Foto Johan Reinhard

José Antonio Chávez, Dante Lucioni, Johan Reinhard y Luis Carpio Ascuña en una oficina del Museo Santuarios Andinos.

Foto Johan Reinhard



Inmediatamente se dirigió al Rectorado. Entró y pidió hablar con el rector.

—Es sumamente importante —le dijo a la secretaria.

El rector era Luis Carpio Ascuña, un economista unos años mayor que Chávez, de hablar pausado y modales versallescos. Siempre usaba ternos azules o grises con zapatos de charol como los que lucen los militares cuando visten de gala.



—Yo le dije al rector que ese descubrimiento era muy importante, que posiblemente era uno de los cuerpos congelados mejor conservados del mundo, porque hasta esa fecha no se había encontrado otro en esas condiciones.

Efectivamente, el cuerpo del nevado El Plomo, en Chile, no se había sacado bien, y el del Aconcagua tampoco.

—Esto podría ser algo muy bueno, excepcional. Y como está bien enfardelado, hay la posibilidad de que el cuerpo esté en perfecto estado de conservación —le dijo al rector.

Carpio escuchó atentamente, pero al inicio no parecía estar muy seguro.

Chávez siguió explicando y reiteró que, si decidía aceptar el cuerpo y las cosas para preservarlas para la humanidad, iba a tener una gran repercusión para la universidad, con mucho a favor, pero también en contra.

—Con esto la universidad va a sonar a nivel mundial —le dijo.

Luis Carpio Ascuña sopesó todo y, al ver tanto entusiasmo, respondió:

—Sí José Antonio, asumimos el reto. Dile a Johan que traiga las estatuillas y la momia.

Luego de un momento preguntó:

—¿Dónde va a estar?

—Doctor Carpio, hay que implementar un cuarto para poner a la momia, y las estatuillas tienen que estar en una caja fuerte —le respondió.

Ese día Reinhard llamó por teléfono a Chávez, quien le dijo que la momia ya estaba guardada en una congeladora con una temperatura parecida a la que había tenido en el Ampato. Reinhard se sintió aliviado.









4 | Vistas de la Estatuilla de oro de la tumba de Juanita.

Foto Museo Santuarios Andinos UCSM



Los preparativos se empezaron a hacer de inmediato. Se eligió un aula del Pabellón B de la universidad. Era un ambiente pequeño. Allí se trasladó la congeladora con el cuerpo, y se le encargó a un vigilante su seguridad.

El 14 de setiembre se hizo entrega de todo a la universidad con un acta firmada por Reinhard y las autoridades universitarias, incluido Chávez. Las estatuillas se guardaron en la caja fuerte del Rectorado.

Días después, el director de la Escuela de Postgrado, Julio Paredes, cedió la biblioteca para que la momia del Ampato fuera colocada con más comodidad para los trabajos de gabinete. Allí se realizaron las primeras y breves exposiciones de Juanita y los objetos encontrados en el volcán.

Claro que no todos entendieron en ese momento, ni en los meses e incluso años posteriores, la importancia de Juanita.

Un tiempo después de que la universidad asumiera tamaña responsabilidad, Chávez se encontró con el vicerrector administrativo.

- —Hay que habilitar el museo, ordenar las cosas para la exposición —le dijo Chávez.
- —Pero ¿qué da Juanita a la universidad? No da nada, más bien genera mucho gasto —retrucó el vicerrector.
- —Mire doctor, la universidad ha figurado a nivel mundial cantidad de veces, por Juanita. Nunca la universidad, con toda la plata que tiene, hubiera podido pagar toda esa publicidad. Eso se debe reconocer. Si quieren medir esto en plata, valoricemos también eso —señaló Chávez.

El vicerrector le dio lo que pedía. A partir de ahí las autoridades entendieron que por ese descubrimiento la universidad empezó a ser reconocida en la esfera internacional.



Reinhard llegó a Arequipa en la tarde del 11 de setiembre y fue con Chávez a examinar el fardo en la casa de Zárate. Todo estaba bien, pero no tenían ninguna experiencia con cuerpos congelados.

Había, sin embargo, una especialista en momias, en Ilo, Sonia Guillén.

—La conocí en el museo de Algarrobal —me dijo Chávez—. Yo era amigo de José Pacheco, que era alcalde del distrito. En los años 80, como funcionario del INC, fui a inventariar el material arqueológico de un excelente museo de la cultura Chiribaya. Allí la conocí.

Sonia Guillén era antropóloga y fundó el Centro Mallqui, para investigaciones arqueológicas. Reinhard la había conocido en el Cusco, así que era la primera posibilidad.

—Me acordé de que trabajaba con momias y la llamé. Le conté lo que Johan había encontrado y le pregunté si podía darnos una mano, y aceptó —me dijo Chávez.

Al día siguiente, Sonia llegó a Arequipa y vio la momia. Lo primero que dijo, para tranquilizarlos, fue que mientras estuviera en el congelador estaría bien. Además, se ofreció a hacer contacto con los austriacos que estaban a cargo de la conservación del Hombre de los Hielos, un pastor neolítico de cinco mil años de antigüedad, descubierto de casualidad por montañistas en los Alpes en 1991, solo cuatro años antes.

Las cosas parecían avanzar bien en los temas de conservación, pero lo que seguía poniendo nerviosos a Reinhard y Chávez era el tema con el INC.

José Antonio Chávez había sido funcionario de ese organismo varios años, y sabía que el hallazgo podría interpretarse fácilmente como una violación de las leyes peruanas de protección del patrimonio arqueológico.







4 Estatuilla de plata de la tumba de Juanita.

Foto Museo Santuarios Andinos UCSM





5 Estatuilla de spondylus de la tumba de Juanita.

Foto Museo Santuarios Andinos UCSM



Decidieron llamar directamente a Roger Rabines, director nacional de Arqueología del INC en Lima, y explicarle lo sucedido. Rabines preguntó cómo se había hecho eso sin un permiso, así que le dijeron que si no traían la momia se hubiera perdido irremediablemente.

Pero el asunto no acabó allí. Chávez le explicó que si no volvían rápidamente para hacer un rescate arqueológico, el derretimiento de los hielos destruiría todo y, además, los huaqueros iban a subir.

Chávez armó un informe y un proyecto de rescate arqueológico en dos días. Conversaron el miércoles 13 de setiembre y el viernes 15 enviaron el documento a Lima

En Arequipa, los funcionarios del INC se enojaron mucho cuando se enteraron por Rabines. Fueron a reclamar a la Universidad Católica de Santa María y se generaron fuertes tensiones, incluso con Reinhard

El 27 de setiembre, desde Lima, se emitió una resolución donde hacían un fuerte llamado de atención por haber trabajado en la búsqueda arqueológica sin el permiso del Estado y por haber incumplido la Ley de Protección del Patrimonio.

Sin embargo, también se daba la autorización para la expedición al Ampato, consintiendo la investigación, excavación y rescate de restos arqueológicos.





13

El financiamiento y el equipo de filmación de National Geographic. La organización de una gran expedición. Descubrimientos camino al Ampato. Dos momias en la plataforma. Luego una momia más.

Todas las cosas se tenían que hacer en paralelo, y algo impostergable era conseguir el dinero para financiar la expedición al Ampato. Reinhard empezó a trabajar en ello. Pensó que conseguir dinero requeriría un buen tiempo.

Una de las mejores posibilidades la tenía con National Geographic. Ya había trabajado con ellos. Fue becario para hacer una investigación en los Andes y escribió un artículo para su revista.

Se contactó de inmediato con George Stuart, que en ese momento estaba como director del Comité de Investigación y Exploración, y que, además de arqueólogo, era su amigo.

—Sabía que el comité tenía la flexibilidad de poner a disposición algunos miles de dólares inmediatamente —escribió Reinhard en su libro

Consiguió que Stuart le dé 7,500 dólares, que se hicieron efectivos un par de semanas después. Unos 4,000 dólares eran para cubrir gastos inmediatos para la conservación de la momia congelada y 3,500 dólares eran para ir organizando la expedición.

El interés de la National Geographic era difundir el descubrimiento y filmar la expedición al Ampato.





1 Exploración en Punta Ichu, en la parte media del Ampato.

Foto Johan Reinhard



Los primeros días de octubre de 1995, llegó el equipo de profesionales que se encargaría de la filmación. Todos tenían experiencia como para subir al Ampato y trabajar a gran altitud, menos la coordinadora, que por primera vez haría ese tipo de recorrido.

Los requerimientos de la expedición empezaron a tomar visos bastantes grandes. Se necesitaba contratar, en Cabanaconde, treinta burros para llevar la carga. Veinte de ellos eran para transportar el equipo para las grabaciones del documental, que en conjunto podían pesar una tonelada.

Se contrataron montañistas, que incluían a Arcadio Mamani y a varios integrantes de la familia Zárate. Incluso Miguel pidió directamente a Reinhard que incluyeran a su padre. Serían porteadores, trasladando equipaje y los hallazgos, y ayudarían en la cocina e incluso en los trabajos en la montaña.

Arcadio fue enviado por delante a Cabanaconde para preparar la logística y hacer contacto con los arrieros que proporcionarían los burros. Antes le pidieron que comprara los pagos para hacer rituales en la montaña

Natural del Colca, tomaba muy en serio las creencias ancestrales sobre los *apus*. Pensaba que no se podía sacar nada de las montañas sin dar algo a cambio. Ese "algo" eran hojas de coca, platinas doradas y plateadas que simbolizaban oro y plata, grasa de animales y hasta fetos de llamas, vicuñas, alpacas o, incluso, de cerdos.

El equipo arqueológico, con Reinhard y Chávez a la cabeza, estaba integrado por jóvenes arqueólogos de Arequipa con los que habían explorado otras montañas.

La mañana del 6 octubre enrumbaron hacia Cabanaconde, un poblado ubicado a unos 3,300 metros de altura sobre el nivel del mar, y coparon el hotel. La curiosidad de sus dos mil habitantes fue evidente.



Al día siguiente partieron hacia las once de la mañana con destino al Ampato. Ya no en vehículos, sino a pie y con los treinta burros llevando las cargas. Caminaron hasta la laguna de Mucurca, donde acamparon.

- —¿Era el camino que recorrieron los incas para ofrendar a Juanita? —le pregunté a Chávez.
- —Pudo ser realmente el camino de Juanita —me dijo.

Siempre hay un espacio de duda. Pudieron ir por donde ellos fueron, y de hecho hay vestigios de ofrendas por allí; pero pudieron hacerlo por el Hualca Hualca, que es otra ruta, donde también hay restos.

- —¿Qué elementos podrían indicar que esa fue la ruta?
- —Cuando se hagan excavaciones en el camino debe haber elementos relacionados con ofrendas.

Su idea es que la peregrinación al Ampato debió ser con mucha gente. Centenares de personas debieron acompañar a Juanita. En el camino debieron ir haciendo ofrendas a los *apus* o a las *pacarinas*, unas deidades menores en donde se origina algo.

—La laguna de Mucurca —me explicó Chávez— da origen a los riachuelos que permiten irrigar tierras más abajo. Mucurca, entonces, es una pacarina.

Los acuciosos ojos de Chávez fueron detectando restos arqueológicos en el camino

- —En Mucurca había evidencia de tumbas que no excavamos. Eso nos indica que eran, posiblemente, ofrendas a la mamacocha.
- −¿Qué es lo que vio?
- —Al pie de la laguna había un montículo donde había varias tumbas, pero seguramente huaqueadas. A un ladito vi un promontorio, posiblemente con una ofrenda humana.





- —¿Allí y no en la montaña?
- —Es posible que hayan sido ofrecidos en esa peregrinación. Tal vez gente local. Eso se puede comprobar con estudios de ADN.
- -¿Cómo los detectó usted si a los demás les pasaron desapercibidos?
- —Yo, como arqueólogo, me doy cuenta rápido. Unas piedritas, un circulito, medio circulito.

Lo que vio en el camino despertó su curiosidad. Cuando llegaron a la zona donde instalaron el campamento, Chávez salió a la laguna para dar una mirada más.

- —Encontré trozos de cerámica, lo que reafirmaría que esa era la ruta.
- —¿Cerámica inca?
- —Las cerámicas que encontré al lado de lo que considero que eran tumbas, eran incas.
- —La cerámica rota era para usted la evidencia del huaqueo.
- —Sí, por eso creo que pudieron ser huaqueadas. O cuando hicieron los entierros pudieron haber roto cerámica, que es algo que también se acostumbraba. A veces hemos encontrado cerámica rota a propósito.
- —¿Para qué la rompían?
- —Pienso que con ello sellaban la tumba, como diciendo: comiste esto y esto te acompaña.

Unos días después, en la plataforma media del Ampato, encontraron cerámica completa y cerámica rota en la tumba de la Momia 2.

Cuando cayó la noche, ya de regreso en el campamento, no comentó nada de lo que había visto. Se fue a su carpa y lo anotó en su libreta.





2 | Excavación y limpieza de una de las tumbas halladas en el Ampato.

Foto Johan Reinhard



Cuando llegaron al volcán, las excavaciones en la plataforma intermedia, donde Chávez tenía plena confianza de encontrar ofrendas, dieron resultado casi de inmediato. Pronto salieron las puntas de unas plumas que hicieron emocionar a todos.

Era una plataforma grande, de unos diez metros de largo por unos tres de ancho, que fue evidentemente propiciatoria.

—Seguramente ha servido para hacer prerrogativas. Las plataformas eran como los altares donde el sacerdote hacía sus sahumerios y algunos rituales previos a la ofrenda humana. En la plataforma no se encontró nada, pero más allá estaban las tumbas —me dijo Chávez.

Detectaron algunos círculos cercanos de un metro de diámetro aproximadamente. Y excavaron allí.

—Era evidente que era una tumba. Los incas acostumbraban a llenar todo con tierra y, cerca de la superficie, echaban ocre rojo y nuevamente tierra —me explicó.

Se encontró el ocre y allí se empezaron a ver las plumas. Chávez lo gritó y llamó la atención de los expedicionarios, sobre todo de Reinhard.

- —¿Qué eran las plumas? —pregunté.
- —Se podía prever que era un penacho. Al seguir excavando pude ver las plumas paradas. Era evidente que era un tocado, con plumas rojas y también se veía algo de amarillo.

Cuando se hicieron los estudios de las plumas, un especialista cusqueño dijo que eran de garza real, un ave migratoria que está en bofedales en algunas épocas del año. Eran blancas, pero por el ocre se tiñeron de rojo. En general toda la momia parece roja, teñida por el mismo ocre





Bolso o chuspa hallada en el Ampato como parte de las ofrendas de la capacocha.

Foto Museo Santuarios Andinos UCSM



—Cuando estábamos excavando —recordó Chávez— el tocado apareció. Prácticamente le llegaba a la nariz. Le bajaron las plumas y echaron tierra encima de la niña que debió tener unos ocho o nueve años de edad.

La tumba no era muy profunda. Chávez calcula que debió ser de un metro con 20 centímetros. Con eso National Geographic ya tenía buenas imágenes para su historia.

Se dieron cuenta de que era una mujer, primero por un tupu, que era una pieza femenina para sostener su vestido, y luego lo comprobaron por el tipo de objetos que la acompañaban.

- —¿Qué había en la tumba?
- —En el fardo pusieron sus cosas: canastitas, una cajita de madera con sus cucharitas, lana. Cuando son mujeres ponen cositas para mujer.
- —; Había estatuillas de oro?
- —Solo tenía un objeto de oro, una lámina de diez centímetros con un palito que la sostenía. Allí le cayó un rayo.
- -¿Y cerámica?
- —Se encontró cerámica entera y rota exprofeso. Había una cerámica entera que contuvo líquido. Había una con tapa que tenía pepas que no se han analizado todavía. Hay mucho trabajo por hacer.
- —Había pepas ¿hubo alimentos?
- —Encontraron chuspitas con maíz, al perecer tostado.
- —¿Cuánto demoraron en sacarla?
- —La tumba estaba suave, esta momia no estaba en bloque. Salió más o menos húmeda porque se usó agua para limpiarla. Estaba con un poco de hielo, pero se podía sacar. Demoramos tres días en hacerlo. Su piel había desaparecido, se había ido secando y sólo quedaron huesos. Pero era una tumba intacta.



Lo que más llamó la atención fue el tocado que debió elevarse unos cincuenta centímetros sobre la cabeza. Era tan formidable que lo usaron como referencia para recrear el de Juanita. Pensaron que, si el hermoso tocado había sido así en una ofrenda secundaria, la de la principal debió ser, al menos, igual de exuberante.

Unos 15 metros más allá, Walther Díaz, Orlando Jaen y Ruddy Perea, los otros arqueólogos, excavaban en otro de los círculos. Era otra tumba.

- —La Momia 3 era un niño pequeñito —me dijo Chávez—. Tenía también un tocado, pero diferente al otro. Era como de pajitas de unos 20 centímetros. En las dos puntas había huequitos, por allí debieron pasar hilitos. Era parecido a los tocados de la selva.
- -¿Entonces el niño podría haber sido selvático?
- —Su ADN podría determinarlo.

La primera impresión que tuvieron cuando excavaron la tumba era que había sido incendiada, todo parecía quemado. Pero no le habían prendido fuego.

- —Le habían caído más rayos que sentimiento. Era como si lo hubieran acribillado con rayos.
- —¿Cómo supo que eran rayos?
- —En la cabeza tenía varios huecos, y en los huecos había sílice fundida; esa era la evidencia. Le cayeron rayos también en las rodillas y en las costillas.
- —¿Por qué?
- —Tal vez porque la tumba era más superficial que otras. Los rayos lo destruyeron. Se encontraron solo huesos; el fardo estaba totalmente destruido. Sin embargo, encontramos en la tumba una estatuilla, un orejón de plata. De repente el niño era hijo de personajes importantes.









- Zapatito de uno de los niños sacrificados en el Ampato.
- **5** Canastita pequeña tejida encontrada en el Ampato.

Foto Museo Santuarios Andinos UCSM

Lo que refuerza esta hipótesis es que en la tumba se encontró un aríbalo muy bien trabajado, de los que se hacían en el Cusco.

—En la tumba de la Momia 2, se hallaron tres aríbalos pero de uso común, eran cerámicas inca provincial, no del Cusco. En cambio, el aríbalo de la Momia 3 era más fino, por sus colores y mejores trazos —puntualizó Chávez.

El aríbalo del niño tampoco se libró de los rayos. Le cayó uno sin reventarlo, sólo le abrió un hueco de 2 milímetros. Allí también está la sílice fundida, indicativo de la descarga.



En otros círculos encontraron otras ofrendas simples, de estatuillas enterradas.

Luego fueron a Punta Ichu. Le dieron ese nombre por las grandes cantidades de ichu, un pasto de paja dura y resistente, que habían subido los incas para generar un aislamiento que ayudara a soportar el frío durante la *capacocha*.

—También encontramos palos. Se nota que eran los restos de unas viviendas hechas de palos, algunos plantados como postes, una especie de chozas para guarecerse del frío —recordó Chávez.

Él cree que eso evidencia que muchas personas asistieron a la capacocha de Juanita y de las otras víctimas humanas.

La mita, la minka y el ayni, eran trabajos comunitarios establecidos en el incanato.

—Ese tipo de servicio comunitario se pudo usar también en las capacochas —me dijo.

Las crónicas hablaban de hasta dos mil personas al servicio de un apu. Así que pudieron ir todos trabajando, haciendo caminos en las montañas para facilitar el ascenso de los niños tocados y enviados por el Inca.

—Eran ya casi deidades que nadie podía tocar. No creo que Juanita y los otros niños hayan subido por sus propios medios, por ese camino hostil.

Chávez ha visto restos de caminos empedrados en el Pichu Pichu, y en el Ampato hay vestigios de que se hizo un camino para que suban las llamas.

—Dos mil personas trabajando a la vez, pudieron hacer en unos cuantos días un camino hasta la cumbre —me dijo.

La expedición también exploró la cima, donde fue ofrendada Juanita.





—En la cumbre también hicimos limpieza en lo que quedaba de la plataforma para ver la evidencia. Se encontró un palo y alguna parte de los muros, lo que nos permitió deducir el área de la plataforma.

—¿Era grande?

—Era rectangular, de unos tres por dos metros. No había más espacio porque la cumbre es muy angosta.

Allí, de un golpe certero, el sacerdote mató a Juanita pensando que así la enviaba a sus dioses

La ofrenda debió darse cuando recién salía el sol. La temperatura es muy baja a esa hora. Cuando desenfardelaron a Juanita, no estaba en una posición fetal como otras momias encontradas, estaba más bien en una postura más distendida, como si estuviera en una tina de baño

- —¿Por qué cree que está en esa postura?
- —En el Ampato, en la parte en la que no se está en el sol, uno se congela rápidamente.
- —¿Ella se congeló?
- —La ceremonia debió durar un buen tiempo, con ella adormecida por la chicha añeja. Luego le dieron el golpe que la mató y ella se quedó rígida, casi congelada, en esa posición. Esa es mi teoría.

La capacocha se hizo por la erupción del Sabancaya que con el calor que generó descongeló el Ampato. Al cesar, todo quedó otra vez cubierto de hielo. Juanita estuvo allí conservada, hasta que cinco siglos después, una nueva erupción descongeló el volcán e hizo que la plataforma y la tumba cayeran al cráter donde la encontró Reinhard.

Ya de regreso en Cabanaconde tuvieron una reunión con los pobladores.



- —Nos obligaron a reunirnos con el pueblo.
- —¿En la plaza principal?
- —En el local de la comunidad campesina. El local quedaba en la esquina, luego de la iglesia y la comisaría.
- —¿Quiénes participaron?
- —Estaban las autoridades del pueblo, el juez, el presidente de la comunidad y la gente.



6 Tupus o prendedores con que se sujetaron las vestimentas de las víctimas propiciatorias en el Ampato.

Foto Museo Santuarios Andinos UCSM







7 Replica en miniatura de la lliclla de Juanita hallada en el Ampato.

Foto Museo Santuarios Andinos UCSM



Lo encontrado en esa expedición no fue lo único que daría el Ampato. En 1996 Johan Reinhard volvió a subir en una expedición sin tanta parafernalia. Con un equipo de trabajo bastante reducido, logró encontrar un textil hermoso y raro hecho para un hombre. Confeccionado de algodón y fibra de camélidos, estaba en un magnifico estado de conservación.

La belleza de su color azul es solo comparable con su singularidad. No era fácil en ese tiempo tener los tintes para dar ese tono. Casi no quedan dudas de que debió ser un *uncu*—un vestido de hombre—dado por el propio Inca.

Encontraron también una llamita de plata con una pluma.

A finales de noviembre de 1997, Chávez y Reinhard volvieron en otra expedición pequeña tanto en número como en publicidad. En los 18 días que duró, encontraron una cuarta ofrenda humana.

- —Después de los problemas que tuvimos con la comunidad de Cabanaconde, fuimos por otro lado —me dijo Chávez.
- —¿Cuál fue la ruta esa vez?
- —Fuimos por Sallali, Cajamarcana. Por allí no hay pueblos. Lluta, Talla, Huanca, están lejos.

Luego de los descubrimientos, Chávez hizo un convenio con el pueblo de Lluta, para con estudiantes identificar los sitios turísticos y de paso encontrar sitios arqueológicos cercanos.

La conclusión fue que por la ruta de Cabanaconde había más evidencias arqueológicas de que por allí fue la comitiva que llevó a Juanita, y a las otras víctimas humanas, a la capacocha del Ampato.

En la expedición por Sallali llegaron a la plataforma cerca de la cual se hicieron los entierros de la Momia 2 y la Momia 3 —Juanita había sido la Momia 1 hasta que le pusieron nombre— y empezaron a hacer una nueva limpieza.





De pronto alguien descubrió un cráneo. Empezaron a excavar y encontraron el resto, aún congelado, pero, al igual que las dos anteriores momias, el cuerpo había sido consumido hasta quedar reducido a huesos.

La encontraron después de una semana de trabajo.

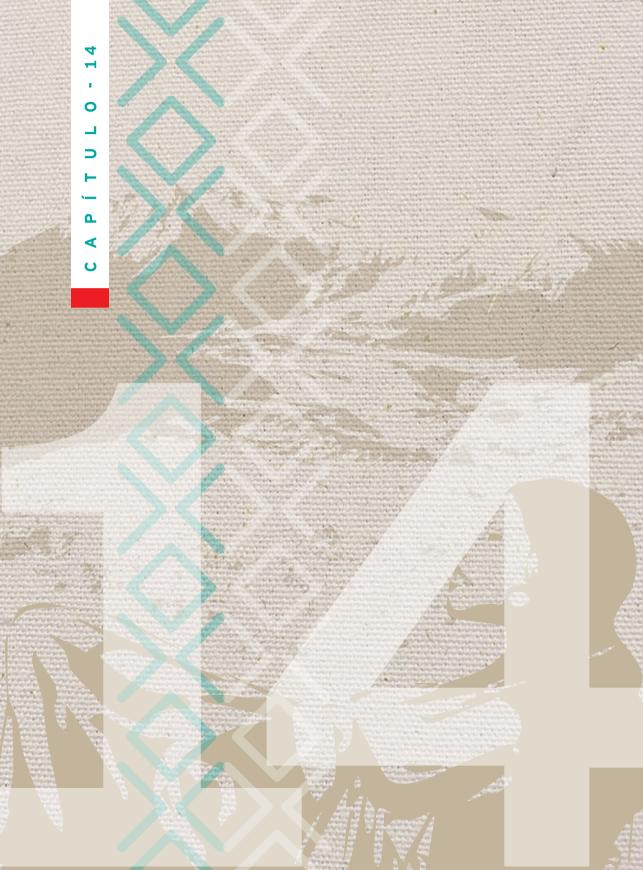
El cuerpo congelado fue sacado en un bloque de unos cuarenta centímetros de ancho por ochenta de alto, que pesaba cerca de 40 kilos por toda la tierra y hielo que contenía.

—En la base del bloque que sacamos había una casita de piedra de dos aguas, hecha de piedras lajas, de unos 15 centímetros de alto. Dentro había una estatuilla de mujer. Con ese indicio presumimos que se trató de una niña.

Esa fue la cuarta oportunidad en la que subieron. Uno de sus objetivos era hacer una mejor exploración de la cumbre, donde se hizo el sacrificio principal, el de Juanita. Al respecto, Chávez escribió:

—Lamentablemente esta cuarta expedición hacia la cumbre se realizó muy tarde. Los huaqueros habían llegado. Sólo se logró recuperar dos cucharas de madera y restos textiles.

Los huaqueros subieron en busca de oro.







14

La conferencia de prensa. El trabajo de gabinete con Juanita. Los austriacos del Hombre de los Hielos. La conservación primero.

El hallazgo de Juanita, de otras dos momias y de un conjunto grande de objetos en el Ampato, obligó a realizar una conferencia de prensa en Arequipa. Si bien National Geographic tenía la exclusividad de difusión de los hallazgos, el convenio permitía comunicar el trabajo realizado.

Además, la información ya se había filtrado y había una expectativa muy grande de medios locales, nacionales e internacionales por conocer sobre los cuerpos y los supuestos tesoros encontrados en la montaña altoandina.

Las llamadas de periodistas se sucedían en los teléfonos del INC, de la Universidad Católica de Santa María, en los del hotel donde se alojaba Reinhard y, por su puesto, en el de la oficina de Chávez.

La Universidad convocó a la conferencia de prensa para la mañana del 24 de octubre, cinco días después de su regreso de la expedición.

Todo se preparó. Chávez presentaría un video y fotografías, hablarían el rector y Reinhard y, luego, se mostrarían varios de los objetos encontrados en el Ampato y a la Momia 3, que correspondía al niño de los rayos, ya que sus restos eran los que menos necesidades tenían de cuidados especiales.



—El día de la conferencia, temprano, me trajeron un periódico local. Publicaron una página donde contaron todo el descubrimiento. Quien dio toda la información fue Miguel Zárate —me dijo Chávez.

Los que habían participado en la expedición habían acordado mantener total discreción al respecto, para evitar especulaciones.

La conferencia de prensa se realizó poco después en el Teatrín Principal del campus universitario. Los periodistas esperaban con ansias y en el auditorio estaban las autoridades de Arequipa que también habían sido invitadas.

Reinhard tomó su lugar en la mesa de honor junto al rector y directivos de la universidad. Miguel Zárate se quedó de pie en el auditorio. Luego de las palabras del rector y de las imágenes presentadas por Chávez, habló Reinhard. Al final de su discurso mencionó a Zárate y lo llamó para que pase adelante. El andinista no participó más en las expediciones.

National Geographic permitiría una difusión mundial inmensa. Se estimaba que la historia de Juanita y los demás descubrimientos en el Ampato llegaría a cerca de 100 millones de personas, tanto en la publicación en su revista como en la difusión del documental.

Las principales agencias de noticias del mundo difundieron el descubrimiento, pero muchas revistas trataban de quedarse con la exclusividad de un gran reportaje con detalles del hallazgo fortuito de Juanita y de la expedición posterior.

Cumplida la conferencia, se tenían que dedicar a un trabajo de gabinete para desenfardelar el cuerpo congelado de Juanita y determinar los mecanismos de su conservación.

Sonia Guillén dijo al equipo que conocía a los científicos austriacos que se encargaban de la conservación del Hombre de los Hielos y los contactó. Pronto llegaron a Arequipa atraídos por el descubrimiento.

Se trataba de Konrad Spindler y Kurt Irgolic. Spindler había escrito un libro sobre el Hombre de los Hielos. Irgolic se encargó del estudio de su cabello. Ambos habían llegado a Arequipa junto con





José Antonio Chávez removiendo las prendas que envolvían a Juanita.
 Foto Johan Reinhard

un director de fotografía de una de las revistas más influyentes de Alemania. Luego llegaría el bioantropólogo Horst Seidler.

—Vinieron desde Austria para ayudar en el desenfardelado de la momia —me dijo Chávez.



Los trabajos de gabinete empezaron casi de inmediato con la Momia 1. Se habló de ponerle un nombre. Chávez ya en ese momento lo tenía y se le bautizó como Juanita.

Se trabajaba en un ambiente de la sede que ocupaba el Rectorado, algunas otras oficinas administrativas y la Escuela de Postgrado.

Había una gran expectativa. Al comenzar el trabajo había unas 20 personas presentes. Estaban los que harían directamente el desenfardelando: Chávez, Sonia Guillén, Reinhard y Ruth Salas, además de los austriacos que asesoraban. A ellos se sumaban el rector y otras autoridades universitarias, algunos invitados, como Dante Lucioni, y el equipo de filmación de National Geographic.

- —Empezamos con una única inquietud: ¿Qué habrá? —me dijo Chávez.
- -;Fue difícil?
- —Ese fardo fue complicado. Fue todo un reto descongelar la parte externa que traía hielo desde que bajó del Ampato.
- —¿Cuál era el principal objetivo?
- —El objetivo era conservar el cuerpo de Juanita congelado. De ninguna manera era descongelarla para estudiarla.

Chávez sabía que si el cuerpo se descongelaba empezaría un proceso rápido de putrefacción. En cambio, si se mantenía congelado podían hacer investigaciones por mucho tiempo, incluso con tecnologías que surgieran en el futuro.

—Yo pensaba en esa época que vendrían tecnologías que nos permitirían conocer palmo a palmo su cuerpo sin necesidad de destruirla o exponerla —me dijo Chávez.

Así quedó establecido que la mejor alternativa era mantenerla congelada. Inmediatamente vino otra pregunta: ¿Cómo trabajar en gabinete con ese precepto?







2 | El equipo científico examina a Juanita en el gabinete de la UCSM.

Foto Johan Reinhard

Ese asunto determinaría después serias discrepancias, incluso con los especialistas austriacos y más aún entre José Antonio Chávez y Sonia Guillén.

En esos primeros días todos trataban de buscar la mejor manera de aproximarse al cuerpo de Juanita sacando primero el hielo y luego los textiles, pero sin dañar la piel ni exponerla innecesariamente.



Los debates vinieron cuando se trataba de establecer la temperatura en la que debería estar el cuerpo.

Los austriacos, que tenían hasta el momento la mayor experiencia, hablaban de tenerlo a seis grados bajo cero. Chávez discrepó desde el inicio, pensaba que la temperatura debía ser de veinte grados bajo cero.

Además, los austriacos dijeron que era imprescindible sacar los textiles completamente, pues estos necesitan otra temperatura y otra humedad para su conservación.

Con ese telón de fondo comenzó la tarea.

Fueron jornadas largas, con avances muy lentos que involucraron algunas noches enteras de trabajo que sólo se suspendieron en la madrugada.

Pese a ello, no había mucho que filmar, ni fotografiar.

Los que pensaron que rápidamente se iban a descongelar los textiles para sacarlos, se dieron con una gran sorpresa.

Para empezar, se trabajaba de diez o quince minutos con Juanita a temperatura ambiente, para luego ser metida nuevamente en la congeladora por dos o tres horas, hasta que recupere la temperatura en la que estuvo los últimos cinco siglos en el Ampato.

La temperatura ambiente en el improvisado gabinete era de unos 28 grados.

- —Fue difícil —me dijo Chávez—. Primero aplicamos calor con la mano para descongelar el textil, pero no funcionaba.
- —¿Cuál fue la alternativa?
- —Dante Lucioni trajo un cautín, con mango de madera y una punta que sirve para generar calor para soldar. La pusimos entre el hielo y el textil, pero tampoco funcionó.





Eran dos mantos los que cubrían el cuerpo de Juanita, el externo era rayado y el de adentro más oscuro.

Recurrieron a usar almohadillas que calentaban con una secadora de cabello y hasta a jeringas con agua caliente.

Trabajaron por semanas, hasta cuando se pudo ver el brazo y el antebrazo.

José Antonio Chávez había sido designado por la universidad como el responsable del cuidado de Juanita y tomó su cargo muy en serio.

—Cuando empezamos a trabajar, como Sonia Guillén sabía hablar inglés, ella se comunicaba con Spindler y los austriacos —me dijo Chávez

Él percibía que había una presión en el ambiente para sacar las prendas a toda costa.

—El textil estaba enrollado, delante del hielo —recordó—. En un momento vi sus senos. También vi que su piel se estaba descongelando. El brazo se sentía como uno natural, así que dije: No, ya no más, aquí se queda. ¡No se descongela!

Chávez ya le había explicado al rector Carpio Ascuña que no se podía seguir con el desenfardelado, porque involucraría someter a Juanita a un estado peligroso para su conservación.

—José Antonio, lo que tú digas se hace —le dijo el rector.

Nunca más se intentó desvestir a Juanita.

CAPÍ

A STATE OF THE PARTY OF THE PAR





15

Las cámaras de conservación. La despedida digna de una princesa. El viaje a los Estados Unidos. El recibimiento de los cabanacondinos.

La noticia sobre el descubrimiento en el Ampato dio la vuelta al mundo. En Areguipa los medios locales enviaron periodistas para que cubrieran información de los trabajos en el gabinete. Querían saber qué iban descubriendo en el cuerpo de la niña inca a medida que le quitaban los textiles.

Los únicos autorizados a entrar al gabinete, tomar fotos y filmar eran los miembros del equipo enviado por National Geographic. Los demás periodistas esperaban afuera.

En general, aumentaba la expectativa para poder ver a Juanita. Pocos habían sido los afortunados que pudieron apreciarla al menos unos instantes.

La gran limitación era la falta de una cámara de conservación que protegiera a Juanita. Hasta ese momento estaba en la congeladora de Carsa que Lucioni había donado.

Juanita fue metida en esa heladera, pero para poder mostrarla se necesitaba algo especial, que fuera transparente, como una urna, para que la gente la pudiera apreciar.

Nunca se había creado algo así. Había un proyecto de una empresa italiana, que preparaba una cámara de conservación para el



Hombre de los Hielos. Johan Reinhard tuvo contacto con ella y recibió la información de que un aparato como el que requería Juanita costaría más de un millón de dólares. La Universidad no tenía los fondos para esa inversión y el gobierno peruano estaba con otras prioridades. Era un momento en que el país trataba de superar una dura crisis económica.

En The Ice Maiden, Reinhard cuenta cómo fueron pasando algunas cosas que permitieron conseguir no una, sino dos cámaras de conservación, una para traslados y otra de exhibición.

El vicepresidente de National Geographic, Dale Petroskey, fue un hombre clave. Había estudiado en la Universidad de Syracuse, y conversó con Reinhard sobre Juanita y de los problemas para su conservación y exhibición.

Un día —según el libro— Petroskey veía un partido de baloncesto de su universidad y recordó que en Syracuse tenía su sede principal Carrier Corporation, la empresa de sistemas de calefacción, aire acondicionado y refrigeración líder en el mundo.

Su fama en temas de conservación de patrimonio cultural se fue a la cima cuando le encargaron diseñar y fabricar el sistema para preservar la Capilla Sixtina.

Petroskey habló con Carrier y consiguió en donación dos cámaras, una de viaje que también podía servir de respaldo, y otra de exposición. A cambio pedía que Juanita sea exhibida por unos días en los Estados Unidos.

Lo fantástico era que las cámaras no existían y se iban a inventar de acuerdo a los requerimientos de Juanita. Los esfuerzos de Reinhard se hicieron tangibles así.

El reto para Carrier era inmenso. Algunas otras empresas consultadas por Reinhard se habían negado arguyendo que la responsabilidad era mayúscula y que una falla podía ser catastrófica para Juanita y también para su imagen corporativa.







Juanita en la cámara de conservación de Carrier y la comitiva de cayllominas que la recibió en Washington DC.

Foto Johan Reinhard

Carrier no solo asumió el reto, sino que pensó en hacerlo en pocas semanas. Charles Bullock, uno de sus más experimentados ingenieros estuvo a cargo del proyecto.

Pero Petroskey, que por Reinhard sabía de la falta de recursos incluso para el traslado de Juanita a los Estados Unidos, consiguió algo más. Si la exposición en Estados Unidos se hacía en mayo de ese año, para el lanzamiento del número de la revista que cuenta la historia del descubrimiento, National Geographic pagaría los gastos de traslado de la niña inca y el de los científicos peruanos que las custodiarían.

Carrier tenía que coordinar las especificaciones de las cámaras con José Antonio Chávez, que era el hombre encargado de la preservación de Juanita.

—La temperatura ya la había decidido yo —me dijo Chávez.



- -¿Por qué? ¿Había discrepancias? -pregunté.
- —Algunos querían que se usara la temperatura sugerida por los austriacos de seis grados Celsius bajo cero. Es prácticamente entre congelado y no congelado.
- -¿Qué les dijo a los ingenieros de Carrier cuando le preguntaron?
- —Yo exigí que la temperatura sea de menos 20 grados.

Su experiencia con el hielo en la montaña, sus lecturas sobre conservación y el razonamiento lógico, llevaron a Chávez a determinar que los austriacos estaban equivocados.

- —Si se congela a 20 grados bajo cero, se hace más frágil, pero las bacterias duermen. Más de 20 grados sería dañino, pero 20 grados es una temperatura adecuada para la conservación del cuerpo de Juanita —me explicó.
- -¿Cómo llegó a esa conclusión?
- —Mucha gente sabía de momias, pero secas. Siendo un cuerpo congelado la pregunta era cómo hacemos para conservar la masa muscular.
- —;Y cuál fue la respuesta a esa pregunta?
- —No alterar el cuerpo con ningún método invasivo. Había que conservar los líquidos, la humedad. Que con el cuerpo no ocurriera lo que pasó con la cara, que perdió sus líquidos.
- —¿Cuál fue la solución?
- —Había que tenerla a baja temperatura para que los microorganismos no se la coman. Así que la solución era que ese cuerpo congelado de 500 años, se mantuviera como había estado en el Ampato: a 20 grados bajo cero y con una humedad del cien por ciento.

Las cosas se pusieron complicadas con esas exigencias, incluso para Carrier.







2 Precioso vestido de hombre color azul hallado enterrado en el Ampato. Por su finura y color se cree que fue del Inca.

Foto Johan Reinhard

Los 20 grados no eran una cosa simple, pero lo que sí parecía imposible era conseguir a la vez una humedad del cien por ciento, todo en una cámara de vidrio que no debía empañarse para que Juanita se viera.

La cámara de transporte era relativamente más fácil, pues no es transparente. El reto estaba en la de exhibición.

Después de un gran esfuerzo, en el que incluso llegaron a trabajar cerca de cien personas, en dos meses se terminó la cámara.

—La temperatura fluctuaba entre 15 y 19.5 grados Celsius bajo cero, y la humedad entre 85 y 88 por ciento —me dijo Chávez.

Para armar y probar las cámaras llegaron a Arequipa Charles Bullock, John Ferguson y Steve Stopyra.



Todo funcionó. Juanita tenía sus primeras cámaras a medida y ahora sí podía ser mostrada y trasladada para hacer estudios con tecnología que no había en el país.

Más adelante, el sistema de conservación para exhibición se perfeccionó. Cuatro años después, la empresa japonesa de aire acondicionado Amefrec, hizo otra cámara para facilitar un viaje de un año a las tierras del Sol Naciente

Con las cámaras de Carrier Juanita podía viajar a los Estados Unidos y no solo para su exposición, sino también para estudios que se habían coordinado con la Universidad John Hopkins para tomografías y punciones que permitirían saber de qué había muerto, qué había comido y si padeció de enfermedades, entre otras cosas

Chávez había llevado a Juanita al Hospital Nacional del Sur de EsSalud, en Arequipa, donde se le hizo una tomografía bidimensional

Este estudio comprobó que las nieves del Ampato habían mantenido en buen estado los órganos internos y que el esqueleto de Juanita estaba en buen estado. Para más detalles se requería una tomografía tridimensional. Esa tecnología no existía en el Perú para ese entonces.

Reinhard estaba feliz porque sus gestiones en los Estados Unidos habían conseguido las cámaras de conservación, los estudios gratuitos en John Hopkins —sólo la tomografía hubiera costado unos 10,000 dólares— y hasta el financiamiento del traslado de Juanita y de los que la cuidarían.

El 10 de mayo de 1996 Juanita salía de la Universidad Católica de Santa María para iniciar su viaje a Washington.

Fue colocada en la cámara de viaje en presencia de John Ferguson y Steve Stopyra, los ingenieros de Carrier que la acompañarían en el viaje para resolver cualquier problema técnico que se presentara.



Los científicos peruanos responsables del cuidado del invaluable patrimonio nacional eran José Antonio Chávez, Ruth Salas —ambos de la Universidad Católica de Santa María— y la antropóloga Hilda Vidal, que era la comisaria del Instituto Nacional de Cultura.

No fue un traslado convencional; se armó una delegación oficial y una caravana especial.

Acompañando a Juanita, además de Chávez y Salas, estaban el rector, Luis Carpio Ascuña, y el director de la Escuela de Postgrado, Julio Paredes. La cámara de viaje fue subida con cuidado a una camioneta pick up de la universidad, escoltada por tres patrulleros con diez policías.

Adelante se colocaron dos motos patrulleras con policías vestidos de gala para ir despejando el tránsito, como cuando se escolta a un dignatario. Durante todo el recorrido se sintió el ulular de las sirenas, hasta que unos 15 minutos después llegaron al Ala Aérea Nº 3, el cuartel general de la Fuerza Aérea en Arequipa.

"Fue una despedida digna de una princesa y eso parecía apropiado", escribió después Reinhard.

La niña inca viajaría con sus custodios científicos en un vuelo especial de la Fuerza Aérea. Los ingenieros de Carrier debían hacerlo en un vuelo comercial que partiría del aeropuerto Alfredo Rodríguez Ballón, que estaba a un costado del aeropuerto militar.

Mientras esperaban en la Sala Perú del aeropuerto de la Fuerza Aérea, Chávez se dio con una nueva sorpresa: el oficial que pilotearía el primer avión en que se trasladaría a Juanita era Paul Goelz, el hijo de su amigo alemán con quien habían subido las montañas, que le había mostrado la foto del monolito en el Pichu Pichu y con quien había compartido aventuras y sueños.

La cámara de transporte de Juanita funcionaba con tablas de hielo seco que se colocaban en unos bolsillos internos. Juanita iba sujeta de manera tal que no se moviera, para evitar cualquier golpe.





3 Juanita fuera de la cámara de conservación en el Museo Santuarios Andinos en Arequipa.

Foto Museo Santuario Andinos UCSM



Llegaron sin novedad a Lima, donde pasaron la noche. En todo ese tiempo Ferguson y Stopyra se aseguraron de que todo lo concerniente a la cámara funcionase a la perfección.

El 12 de mayo abordaron un vuelo comercial de American Airlines y enrumbaron hacia la capital de los Estados Unidos.

El viaje involucró una escala antes de llegar a Washington.

- —Había que aumentar el hielo seco —me dijo Chávez.
- —Ya en suelo americano, supongo que fue todo un trámite —le dije.
- —Mientras el avión se abastecía de combustible, se sacó la cámara de la bodega, con los funcionarios de aduanas, agentes de narcóticos, los ingenieros de Carrier, la funcionaria del INC y yo.
- —¿A dónde la llevaron?
- —A ningún lado, todo se hizo al pie del avión.

El día 13 de mayo, llegaron a Washington. La exhibición se realizaría del 26 de mayo al 20 de junio en el Hall de los Exploradores de la National Geographic Society.

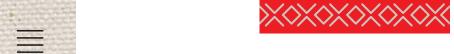
—El día de la inauguración hubo una comitiva de residentes de Cabanaconde. Eran diecinueve con sus vestimentas tradicionales — recuerda Chávez.

A ellos, que residían en Washington, se les hizo posteriormente una prueba de ADN, para ver si tenían algún parentesco con Juanita. Ninguno lo tuvo.

En realidad, Juanita no parecía ser de los pueblos cercanos al Ampato, debió venir del Altiplano, de Puno o del mismo Cusco y sus ancestros tenían origen en una tribu panameña.

—Lo interesante es que uno de esos cabanacondinos tiene relación con una de las momias de Llullaillaco —me dijo.





16

Los estudios en John Hopkins. Sobre la temperatura de conservación. La inauguración con ilustres personajes. La exposición en Arequipa.

Mientras se alistaba todo para la exposición, incluida la cámara transparente, se programó la realización de los estudios en el Hospital John Hopkins. Las primeras pruebas se harían en el Departamento de Radiología. Allí se realizaría la esperada tomografía en tercera dimensión.

"Las imágenes, literalmente, parecían saltar sobre nosotros", escribió Reinhard al describir el momento en que vio los resultados, ayudado con unos lentes especiales.

La expectativa fue grande. Estuvieron los especialistas de John Hopkins encabezados por Elliot Fishman, director de Diagnóstico por Imágenes, la delegación peruana, Johan Reinhard y miembros de National Geographic.

Los resultados debieron esperar unas horas. A las dos de la madrugada, las imágenes se mostraron y revelaron desde su estatura, 1 metro con 47 centímetros, hasta su causa de muerte, un hematoma cerebral.

—Juanita medía casi metro y medio, pesaba unos 50 kilos, tenía unos 12 años, estaba bien alimentada y no sufría de ninguna enfermedad; era una niña sana —resumió Chávez.



En ese momento recién se conocía la causa de muerte.

- —El hematoma lo provocó un golpe recibido en el parietal derecho y fue realizado con una macana de cinco puntas —me dijo Chávez.
- —¿Cómo se supo eso si no se encontró la macana? —le pregunté.
- —Por la distancia que existe entre el punto de choque entre el parietal y la órbita del ojo.

Si una punta golpeó el parietal, la otra golpeó el ojo. Chávez que ya había estado examinando detenidamente a Juanita en las largas jornadas en el gabinete, detectó la anomalía a simple vista. Uno de los ojos estaba más cerrado que el otro.

Con la tomografía pudo reconstruir en su mente lo que pasó y me lo explicó así:

—Fue un golpe en la sien derecha con una macana. Una punta choca encima del arco superciliar, genera una fisura y provoca un derrame interno. La otra punta ingresa al ojo, corta el nervio óptico, llega hasta el esfenoides y produce un desangramiento que produce asfixia.

Si hubiera que simplificar, tendría que decirse que el certero golpe la mató de inmediato.

Juanita, según otros estudios, debió estar adormecida.

—Antes de morir había consumido coca y una chicha especial preparada para estos eventos —me dijo Chávez.

Reinhard incluso concluyó que el golpe en la cabeza era para evitar una muerte agónica.

Tiempo después de todo esto, encontró un documento del cronista Bernabé Cobos, del año 1652, donde se decía que los niños podían morir por un golpe de garrote. Juanita era la comprobación arqueológica de lo que contaba.







Momentos en que se ingresa a Juanita al tomógrafo 3D del Hospital John Hopkins.

Foto Johan Reinhard



2 El equipo médico de John Hopkins extrae muestras de Juanita en Estados Unidos.

Foto Johan Reinhard

La tomografía fue lo primero, pero después del diagnóstico de imágenes, los doctores Edward McCarthy y Patricia Charache, ambos del Departamento de Patología, tomaron muestras en puntos importantes del cuerpo, para luego hacer análisis que revelaron más cosas de Juanita y del pasado prehispánico del Perú.

Utilizaron unas agujas largas y huecas. Primero entraron a la altura del esternón, luego por las costillas, para luego sacar muestras del fémur y a la altura del abdomen.



No todo se usó para los estudios. Los científicos tuvieron a bien congelar con nitrógeno líquido parte de las muestras para estudios posteriores, en caso se desarrollen nuevas tecnologías.

- —¿Qué arrojaron los estudios? —le pregunté a Chávez.
- —Juanita había comido unas seis u ocho horas antes de morir. Su estómago estaba lleno.
- -¿Y qué comió?
- —Fueron productos vegetales, no se han identificado productos cárnicos.
- —Allí se detectó el consumo de coca.
- —Una muestra de pelo reveló trazas de cocaína, que deja el consumo de hojas de coca e incluso de infusiones. El cabello puede seguir su proceso de absorción meses después de la muerte.
- —¿Qué más mostraron los estudios?
- —La muestra del fémur distal revela un hueso maduro concordante con una edad de 12 a 14 años. Yo estimo que tenía 12 años. Era una niña.
- —¿Sus huesos eran sanos?
- —Todo indica que no había enfermedad en los huesos. Los especialistas dijeron que tuvo un crecimiento esquelético normal. No tuvo osteoporosis ni raquitismo.
- —Era una niña sana.
- —Era sana y con una excelente nutrición.
- —¿Se hicieron estudios de ADN?
- —Fueron los primeros estudios de ADN en un cuerpo congelado inca.



—¿Cómo se hicieron?

—Se hicieron con la muestra del tejido que se obtuvo del corazón. Sus ancestros se acercan más por Panamá, a la tribu Ngobe.

Análisis posteriores relacionan más a Juanita con las culturas peruanas, me dijo Reinhard.

Luego de los estudios, el tema de la temperatura de conservación nuevamente se tocó. Hubo especialistas mundiales que opinaban que la temperatura elegida era muy baja y dañaría el cuerpo.

Era José Antonio Chávez quien sustentaba, en reuniones científicas que se realizaron durante su permanencia en Estados Unidos, su decisión sobre la temperatura y la humedad.

Pero, además de eso, Chávez había decidido que cada vez que se abriera la cámara donde estaba preservada, la piel de Juanita fuera rociada con agua tridestilada, usando un pulverizador. Esto lo practicó hasta que se retiró, en 2017, de la dirección del museo donde está la niña inca

—Le miré el codo y las manos. Estaban blancas. Perdían humedad —me dijo Chávez.

En el museo de Arequipa, Juanita solo se exponía 8 meses al año. Enero, febrero, marzo y abril dejaba la urna de cristal para ser preservada de la luz.

—Antes de guardarla —me puntualizó— la rociábamos como quien humedece ropa.

La luz también puede hacer que el cuerpo sufra deterioro. En el Museo Santuarios Andinos de la Universidad Católica de Santa María, Juanita se exponía con una iluminación equivalente a cinco lux.

En el año 2013 entré con cámaras de televisión y pasamos muy rápidamente a la habitación, sumida en penumbra, donde se expone a Juanita. Verla de inmediato fue realmente dificultoso.



—No se ve porque los visitantes tienen que hacer el recorrido progresivo, que está programado de acuerdo a la cantidad de luz que debe recibir cada objeto —me dijo Chávez hace poco.

-¿Cómo es eso? —le pregunté.

—Lo más metálico tiene más luz, lo orgánico menos luz y Juanita menos luz, todo se va acomodando. Cuando uno llega a Juanita los ojos ya están acostumbrados y pueden apreciarla mejor.

Chávez siempre vio la exposición de la niña encontrada en el Ampato como algo necesario, pero siempre puso como prioridad su conservación.

—Una vela produce unos 10 lux de iluminación. Juanita tiene la mitad de lo que alumbra una vela —me dijo.

Eso incluso fue motivo de discrepancias con Reinhard, que pensaba que la baja iluminación no permitía que se aprecie bien. "No hubo evidencia científica de que 10 o 15 lux pudieran dañar a Juanita. También había sistemas de iluminación que podían iluminar mejor a la momia sin afectarla negativamente, pero eran costosos en ese momento", me dijo Reinhard al respecto.

Después de los análisis y de los preparativos vino la inauguración de la exposición en la National Geographic. Llegó el presidente Alberto Fujimori. Era una manera importante de promocionar el Perú.

Llegó con su hija Keiko, que dos años antes había asumido como primera dama. Allí se encontraron con Hillary Clinton, la primera dama norteamericana, y con otros altos funcionarios de gobierno de los Estados Unidos.

Reinhard recuerda en su libro que Fujimori bromeó. Dijo que esa era una reunión de tres primeras damas, dos de ellas de Perú.

La exposición fue vista por 123 mil personas hasta el 20 junio. Las colas se sucedieron en la calle para ingresar y apreciar la exposición, que incluía una veintena de objetos que se encontraron en el Ampato.





La exposición gratuita se hacía desde las 9 de la mañana hasta las 7 de la noche.

- —Había muchos policías y gente de seguridad —recordó Chávez.
- —¿Cómo era el recorrido? —pregunté.
- —Se pasaba un video breve en una sala pequeña, luego veían a Juanita y a las cosas expuestas y se terminaba en una sala donde podías comprar souvenirs de Juanita.

El retorno al Perú también fue interesante

—Fue espectacular —me dijo Chávez—. Hubo una tormenta atroz en Miami, donde hicimos un transbordo, un helicóptero se cayó y el vuelo salió retrasado. Fue una despedida con rayos, truenos y árboles que se caían.

Al llegar al Perú la cosa fue diferente, realmente alegre. Estaba hasta la Banda de Música de la Fuerza Aérea para recibirla.

El traslado a Arequipa no sería para un descanso, sino para preparar la exposición reclamada, que se hacía impostergable y ahora posible gracias a las cámaras que había donado Carrier, y que costaban cerca de medio millón de dólares.

No se hizo en la universidad, sino en el Convento de San Francisco, ubicado en la plaza del mismo nombre en pleno Centro Histórico, a solo tres cuadras de la Plaza de Armas

La exposición se hizo por 28 días, en tres tiempos diferentes: ocho días en julio, diez en agosto y otros diez en setiembre.

La exposición fue gratuita, pero se decidió colocar una caja de donaciones en la que se recaudó 10,575 soles y 99 dólares.

Fueron en total 58,517 los visitantes. Antes de la exposición fueron solamente 146 las personas que habían visitado a Juanita en el gabinete que se armó en la biblioteca de la Escuela de Postgrado. Habían sido invitados de la universidad, algunos catedráticos y, por supuesto, autoridades de Arequipa.



Al Convento de San Francisco llegaron muchos profesores de colegio con sus alumnos y, en general, todo tipo de personas.

A finales de setiembre, la universidad adquirió una casa ubicada frente al rectorado. Era una casa chica que se convirtió realmente en el primer museo formal de Juanita y de los otros hallazgos en las cumbres

El 6 de diciembre de 1996, se sacó la resolución que designaba a Chávez como el director del museo que en un inicio se llamó Santuarios de Alturas y que luego cambió de denominación a Santuarios Andinos

Los tours para turistas extranjeros, mayormente adultos mayores procedentes de Europa, incluían la visita al museo.

En esa casa se adaptó una sala de video en la cochera y en el primer piso se implementaron las salas de exposición. En el segundo piso estaba el gabinete de trabajo y en el sótano se colocó la otra cámara de viaje.

—Los "gringos" se desmayaban por el calor y el soroche. Salían al jardín a tratar de recuperarse —me dijo Chávez.

-¿Cómo los auxiliaban?

—Nuestra gente les daba mate de coca, glucosa y algunas pastillas para el mal de altura. Un día cayeron desmayadas como quince personas, se echaron en el pasto del jardín. Era de película, todos estábamos ayudando a los turistas.

En 1998, el museo se trasladó al Centro Histórico, frente al monumento más importante de Arequipa, el Monasterio de Santa Catalina, que es una ciudadela colonial dentro de la propia ciudad.

La casona, también colonial, ubicada en la esquina de las calles Santa Catalina y Ugarte, fue cedida en uso por la cervecería, una de las industrias más importantes de Arequipa.





En 1997, los visitantes fueron ocho mil, que pagaron por entrar 42,000 soles. Ya en 1998, fueron veinte mil los visitantes que pagaron entradas por más de 124,000 soles, y eso que el traslado se produjo en el segundo semestre.



3 Exterior de la Iglesia y Convento de San Francisco, donde se expuso por primera vez a Juanita en Arequipa.

Foto Enrique Zavala

and the second of





El viaje al Japón ordenado por el presidente Fujimori. Los vínculos entre Japón y Perú. El regreso de Argentina. Una nueva cámara de conservación.

A inicios de 1996, los hijos del presidente Alberto Fujimori llegaron a Arequipa junto con su tía Juana Fujimori. Querían ver la trascendencia del descubrimiento de Juanita en el Ampato. En la segunda mitad de ese año llegó también una delegación japonesa.

—Querían llevar al Japón a Juanita para conmemorar los cien años de la inmigración japonesa —me dijo Chávez.

En el trasfondo de esto estaba el interés de investigadores japoneses en estudiar el periodo formativo de la cultura peruana. Buscaban elementos arqueológicos que podrían vincularla con la japonesa.

-Estuve en Japón y visité el museo de la Cultura Jomon, que se pronuncia Yomón. Es paralela a la cultura temprana del Perú, por ejemplo, la Cultura Caral, con 3,000 años antes de Cristo. La cerámica Jomon es muy parecida a la cerámica de la Cultura Valdivia de Ecuador y a la de Huaca Prieta en Perú —me explicó.

Años después, en 1999, se emitió la resolución del Ministerio de Educación para la salida de Juanita al Japón por más de un año.

La noticia la recibió Chávez en Argentina, en Salta, donde participaba de la expedición que había planeado con Reinhard para explorar dos montañas.



- —Yo presenté el proyecto a las autoridades argentinas para Quehuar y Llullaillaco. Fui a Quehuar, bajamos y compramos los alimentos para la expedición a Llullaillaco y recibí la llamada del rector.
- —¿Qué le dijo?
- —Te vienes de inmediato y te vas al Japón para ver la nueva cámara de conservación de Juanita.

Los japoneses, como parte de los compromisos asumidos para llevarse a Juanita para exposiciones sucesivas en su territorio, habían ofrecido hacer una nueva urna de conservación para la exposición.

Fue la empresa Amefrec, especializada en aire acondicionado, quien se encargaría de desarrollarla.

El trabajo se había iniciado antes, cuando una delegación técnica vino a Arequipa para analizar la cámara hecha por Carrier y saber los requerimientos de enfriamiento y humedad. Todo ya estaba listo y requerían a Chávez para hacer las pruebas.

El periplo autorizado por las tierras del Japón empezaba en abril de 1999 y terminaba en junio del 2000.

El nuevo viaje generó una gran oposición.

- —Los detractores se movieron hasta en el Congreso de la República. Recuerdo que por esos meses Walter Alva estaba por llevar al Señor de Sipán unos meses al extranjero —me dijo Chávez.
- —¿Y el Congreso hizo algo?
- —Bueno, Juanita salió por mandato presidencial, pero en el Congreso establecieron que ni ella ni el Señor de Sipán volverían a salir, salvo para hacerles estudios que no se pudieran realizar en el Perú.
- —¿Y había planeadas nuevas salidas?
- —En realidad ya habían pedidos para que Juanita fuera a Europa.





El Instituto Nacional de Cultura y la Universidad Católica de Santa María decidieron todo sobre la exposición.

No solo iba Juanita con unas veinte piezas halladas en el Ampato, incluidas las estatuillas de oro, plata y spondylus y el aríbalo cusqueño; también iba una muestra del Museo Nacional de Pueblo Libre, en Lima. De allí seleccionaron unos 120 objetos entre textiles, cerámicos, piezas de oro y plata.

La empresa creadora de Nintendo, Toei Animation, organizaba todo.

- —Los del INC planearon que cada mes iría una persona diferente al Japón, catorce en total. Por la Universidad nos alternaríamos dos personas, Ruth Salas y yo.
- —¿Se aceptó?
- —No. Los agentes de Toei Animation se opusieron.
- —¿El INC redujo su delegación?
- —El presidente Fujimori preguntó quién era el responsable de Juanita. José Antonio Chávez, le dijeron, y Fujimori les dijo a los japoneses que iba a salir una resolución diciendo que solo iría Chávez.
- —Así que sólo fue usted.
- —La resolución me nombraba como curador y responsable de toda la exposición. Se arreglaron las cosas para que a los nueve meses fuera Ruth Salas a reemplazarme y a traer a Juanita de vuelta.

En el INC dispusieron que antes de la partida de Juanita al Japón se hiciera una exposición en Lima. Se inauguró el 8 de marzo de 1999, a las siete de la noche. Chávez se fue de allí al aeropuerto para ir a Japón por delante para probar la nueva máquina de conservación.

—Hice varias pruebas. Juanita es un cuerpo, así que les hice comprar carne de cerdo, que es la más parecida a la humana, para probar la cámara de conservación.





1 La cámara de conservación que construyeron en Japón para la exposición de Juanita.

Foto Museo Santuarios Andinos UCSM



- —Si usted no hablaba inglés ni japonés, ¿cómo se comunicaba?
- —Tenía una traductora, Nagase Kasumi, que me ayudaba a comunicarme con los ingenieros de Amefrec.
- -; Hicieron una buena cámara de conservación?
- —La cámara tenía nueva tecnología.
- -¿Cómo fueron las pruebas?
- —Yo les decía: hay que probar para ver la reacción de la carne al frio. Cualquier cosa que yo pedía, ellos la entendían inmediatamente. Mejoraron el tema de temperatura y de humedad y hasta hicieron que Juanita se viera mejor a través del vidrio.
- -¿Cuánto costó esa cámara?
- —Medio millón de dólares.

Mientras las pruebas se hacían en Japón. Juanita era mostrada en Lima en la cámara diseñada y construida por Carrier. Ruth Salas quedó a su cuidado y Guillermo Flores a cargo del museo de Arequipa.

Chávez regresó al Perú y el 20 de marzo colocó a Juanita en la cámara de viaje, con el hielo seco, y partió al Japón en un vuelo comercial. Ruth Salas regresó a Arequipa con la cámara de Carrier.

Juanita llegó al aeropuerto de Narita, uno de los aeropuertos internacionales de Tokio.

Contrataron a Yamato para movilizar a Juanita, era una empresa internacional especializada que se había encargado del transporte de la momia Tutankamón, y de varios de los cuadros más famosos y caros del mundo, y en general de cosas de gran valor.

—Los encargados del transporte estaban bien uniformados, usaban guantes y papel sin ácido para hacer su trabajo —recordó Chávez.



- —El transporte, entonces, era seguro.
- —Sí. Pero para el transporte exigí un sismógrafo.
- -¿Para qué?

—Eran once ciudades a las que deberíamos llevar a Juanita. El sismógrafo era para ver las variaciones de vibración en los viajes por tierra e incluso por avión. Podíamos determinar si esas vibraciones podían afectar a Juanita y en qué proporción.

Chávez tiene aún guardados los rollos que se imprimieron en los sismógrafos.

Los viajes dentro del Japón se hicieron en carretera y también por aire. Los momentos críticos eran el despegue y, sobre todo, el aterrizaje. Juanita era tan valiosa, que para esta exhibición los japoneses contrataron un seguro de once millones de dólares.

Juanita fue mostrada durante cuarenta días en Tokio. En la inauguración estuvo el primer ministro japonés, Keizo Obuchi.

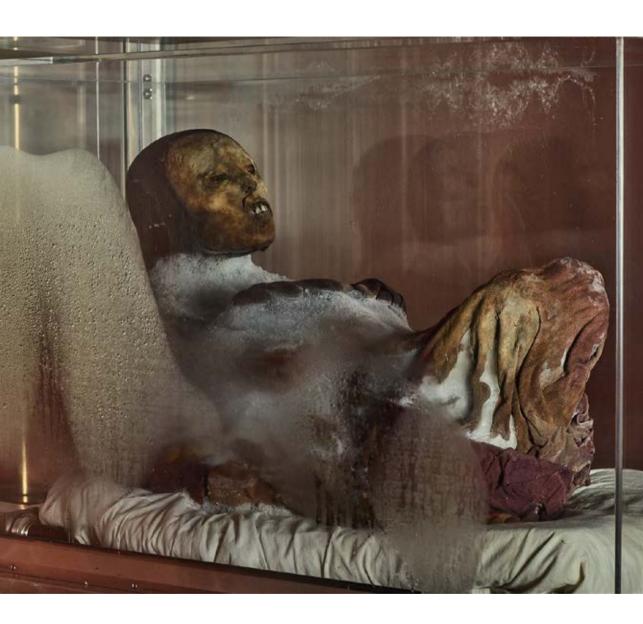
Luego la muestra de la cultura peruana se fue a Kanazawa, Nigata, Fukuoka, Hiroshima, Matsuyama, Yamanashi —donde está el Fujiyama—, Kioto, Sendai, Nagoya y Sapporo. Chávez estuvo hasta Sendai y fue remplazado por Ruth Salas.

En todas las ciudades se hicieron ceremonias especiales de inauguración y un millón de personas vieron a Juanita.

En el año que Chávez estuvo en el Japón, sostuvo reuniones con arqueólogos muy reconocidos, entre ellos Yoshiro Onuki y Yuji Yujiseki, que trabajaban en una misión arqueológica en el Perú. Dio conferencias, participó en charlas, dio entrevistas a periodistas y también subió a montañas.

No se trataba de expediciones como las de los Andes, a las montañas japonesas se subía por teleféricos y en las cumbres había lugares turísticos.





2 | Juanita en la cámara de exhibición que donaron los japoneses.

Foto Museo Santuarios Andinos UCSM



El primero al que subió fue al monte Aso, en Kumamoto, en la isla Kyusho. Fue allí con un joven peruano, Kenyi Inokushi, que estudiaba medicina en Japón. Se fueron en tren desde Hiroshima, luego tomaron un bus y el ascenso fue en teleférico.

Dentro del cráter del volcán había una laguna y como souvenir vendían azufre en piedra. Azufre del monte Aso.

Luego ascendería al monte más querido del Japón: el Fujiyama.

—Los japoneses dicen que uno no es japonés si no ha subido por lo menos una vez al Fujiyama —recuerda Chávez.

La ascensión es igual, por teleférico. En el icónico volcán japonés hay estaciones meteorológicas, zonas de entretenimiento, tiendas, restaurantes y hasta hoteles.

Esa visita lo inspiró para que desarrolle todo un proyecto similar para el Misti. Lo hizo como la tesis de un doctorado en Turismo. Incluía un teleférico, una estación meteorológica, un lugar para hacer recorridos con cuatrimotos en la cumbre, un hotel y, sin duda, la recreación de una capacocha, la capacocha de Juanita, que, aunque no había sido en el Misti, pensaba que era el marco ideal para recrearla.

En julio del año 2000, Juanita fue traída por Ruth Salas en perfectas condiciones y con una nueva cámara de conservación para su exhibición. Salió del Perú en el siglo XX y regresó en el siglo XXI.







3 Cerámica encontrada en las tumbas del volcán Ampato que fueron parte de la exposición en Japón.

Foto Museo Santuarios Andinos UCSM

В U





18

La relación de Chávez con Juanita. La recreación de la capacocha de Juanita en dos estadios. El misterio de la alarma y el terremoto. La despedida.

José Antonio Chávez desarrolló con Juanita una relación muy especial. No la miraba como a otras momias, ella le daba la sensación de estar con un ser humano vivo.

Hay algo en Juanita que despierta eso. Reinhard lo sintió, de alguna manera, cuando la bajaba de la montaña en la espalda. "Tuve la sensación de que estaba rescatando a alguien que estaba vivo", escribió.

Algo de esa magia también capturó al premio Nobel de Literatura Mario Vargas Llosa, que escribió un artículo describiéndola y resaltando los rasgos de su rostro que, evidentemente, no miraba solo con los ojos, sino con su imaginación que lo ayudaba a reconstruir su belleza.

Lo interesante es que en ese mismo artículo admite que las momias le causaban repugnancia, algo que no sintió con Juanita.

Chávez la miraba primero con la curiosidad que siempre ha tenido. Buscaba conocer el pasado a través de ella. Por eso se dio cuenta que su ojo derecho estaba más cerrado que el izquierdo, antes de que la tomografía tridimensional del Hospital John Hopkins lo detectara y evidenciara que era producto del golpe de la macana que le quitó la vida.



Pero luego ella ya no solo era un objeto de estudio, se fue humanizando más, y más aún cuando vio a su propia hija, Cari, representándola.

Llegó a desarrollar tal respeto por Juanita, que no solo la saludaba y se despedía de ella como del resto del personal del museo, sino que evitó siempre usar el término "exhibición" cuando iba a ser mostrada, pues sentía que esa palabra tenía cierta carga desagradable. Prefería usar "exposición", término al que consideraba más ligado a la ciencia

Pero Chávez me contó que hubo una mujer que llegó a desarrollar sentimientos mayores.

- —Había otra señora, otra Juanita. No era la Juanita que trabajaba con nosotros y que me inspiró el nombre. Se llamaba Juanita Carrillo. Ella siempre que la miraba, lloraba.
- —¿Le dijo por qué?
- —La sentía como su hija, hasta le llevaba flores.

Un día Chávez le comentó a esa mujer que le gustaría hacer una representación de la capacocha de Juanita. Ella asumió el reto.

—Lo hacemos —le dijo—, yo me encargo de todo.

Así lo hizo. Con la asesoría de Chávez armó una representación incluso con música que se creó para tal fin. Se hizo con la participación de escolares y soldados, que actuaron como extras. Se presentó dos veces, una en el estadio Melgar, con una capacidad para más de veinte mil personas, y otra en el estadio Monumental Arequipa, de la Universidad Nacional de San Agustín, con capacidad para más de cuarenta mil.

Para Chávez fue una escenificación realista e impresionante, pero que se vería potenciada grandemente si se hiciera en la cumbre del Misti.







1 Juanita fue admirada por Mario Vargas Llosa. Luego escribió un artículo al respecto en el diario El País de España.

Foto Ruddy Perea

Mario Vargas Llosa con Reinhard y el personal del museo luego de su visita a Juanita.

Foto Johan Reinhard

Juanita dio otra dimensión al Proyecto Santuarios de Altura, incluso cambió la vida de José Antonio Chávez. Desde que llegó a sus manos, la conservación de la niña inca se convirtió para él en una necesidad científica.

Cuando se le nombró director del Museo Santuarios Andinos en una pequeña casa de familia adquirida por la Universidad Católica de Santa María, su proyecto era hacer uno de los mejores museos del Perú.



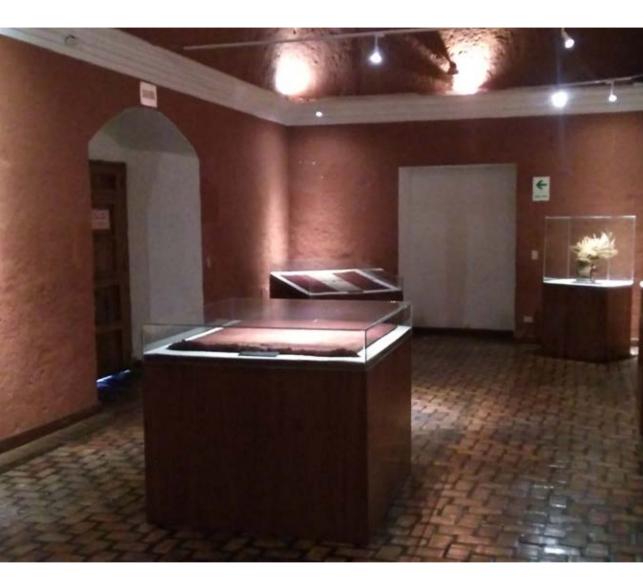
Fue así que un tiempo después todo se mudó a la calle Santa Catalina, donde había un mejor marco para la exposición y, luego, se trasladaron a la casona de la primera cuadra de la calle La Merced, a solo media cuadra de la Plaza de Armas.

Chávez recuerda que la casa de Santa Catalina fue especialmente importante por estar frente a la puerta principal del Monasterio de Santa Catalina. Todos los turistas que iban por el monasterio accedían con suma facilidad. Pero luego de un tiempo la cervecería, la empresa propietaria, la quiso vender.

- —La casona de La Merced costaba 450,000 dólares y la empresa Cervesur quería por la suya 600,000.
- —¿Compraron la de La Merced por el precio?
- —Hubo dudas, el rector me preguntó si creía que la gente iba a ir hasta La Merced. Le dije que sí y armé una estrategia.
- —¿Una estrategia publicitaria?
- —Le dije al rector que íbamos a cerrar el museo por quince días, para luego, por otros quince días, hacer la entrada gratuita.
- —¿Le funcionó?
- —Antes hicimos una conferencia de prensa invitando a todos los periodistas, a los que les hicimos un recorrido y nos ayudaron a promocionar el nuevo local del museo y la oferta. Se vinieron unas grandes colas.
- —Y después de la oferta ¿qué pasó?
- —Durante los siguientes meses, con estadísticas, le demostramos al rector que los visitantes estaban en ascenso







3 Una de las salas del Museo Santuarios Andinos.

Foto Enrique Zavala



La que se compró era una hermosa casa colonial, en la que por muchos años había funcionado el banco Extebandes.

—Cuando se compró esa casa, parte del dinero lo dio Juanita, por lo recaudado en sus exposiciones. La otra parte la dio la Facultad de Derecho, que puso ahí su centro de conciliaciones.

La casa tiene dos patios con construcciones coloniales y en el fondo, en lo que debió ser la huerta, hay un edificio moderno.

Con el tiempo, Chávez les pidió a las nuevas autoridades de la universidad que devolvieran lo que había invertido la Facultad de Derecho, para que el museo esté en toda la casona. No se concretó.

Chávez sintió que se requería todos los ambientes para hacer un gran museo, donde se pudiera exponer de forma adecuada todo lo que tenían guardado, lo que generaría más vistas y mayores ingresos.

No quiso iniciar los estudios de los cuerpos encontrados en el Misti hasta que no tuvieran las instalaciones adecuadas para luego poder exponer lo hallado.

José Antonio Chávez se jubiló en 2017, al cumplir setenta años. En ese momento no hizo ninguna cosa especial. Simplemente, llegado el momento, partió. Ni siquiera recuerda qué hizo aquel día.

—Seguramente fui donde Juanita y hablé algo con ella —me dijo.

Chávez es un hombre desprendido de las cosas materiales. Nunca más volvió al museo. Solo lo hizo a la Universidad a pedido de unos egresados de Arqueología para que les dicte un curso de actualización

Durante los más de veinte años que estuvo a cargo de Juanita, tuvo que enfrentar muchas cosas, algunas desagradables y otras extrañas.









El tocado de una de las víctimas de la capacocha del Ampato en el Museo Santuarios Andinos.

Foto Enrique Zavala

5 Vista del primer patio de la casona del Museo Santuarios Andinos en Arequipa.

> Foto Museo Santuarios Andinos UCSM



Una vez, un científico norteamericano que estaba de paso por Arequipa, vio a Juanita y dijo a los periodistas que se estaba deteriorando rápidamente y que en cinco años ya no contarían con ella.

Las noticias salieron en todos los periódicos y hubo preocupación y exigencia de explicaciones. Chávez sacó videos y fotografías de 15 años consecutivos y demostró que no había fundamento en las afirmaciones del norteamericano.

—Hay gente que sabe de momias, pero secas, no de cuerpos congelados —me dijo.

Otra vez, un alcalde de Caylloma hizo una protesta singular en la ciudad de Arequipa. El Ampato quedaba en su jurisdicción, así que pedía que Juanita fuese trasladada allí y puesta bajo la custodia municipal.

Llegó al museo de La Merced con decenas de personas vestidas con trajes tradicionales y danzando wititi. Irrumpieron en el museo y tomaron el local, hasta hicieron una ofrenda que no sirvió de mucho

Luego de unas horas tuvieron que dejar el local ante la presencia de la policía y las advertencias de un fiscal.

Chávez siempre tuvo que poner la cara y más en las malas que en las buenas.

Claro que también ha sido testigo de cuestiones inexplicables. En junio de 2001 las alarmas del museo se disparaban sin explicación.

—Fue en la semana en que sucedió el terremoto de 2001. La alarma sonó a las 3:33 pm, de lunes a viernes. Llamamos al técnico, que revisó todo, el cerco eléctrico, las cámaras, los controles y no encontró nada —me contó Chávez.

Pasó día tras día, obligando a desalojar a los visitantes y a actuar según los protocolos de seguridad.





—El sábado llevé mi auto para que le cambiaran de aceite. Estaba sentado en el asiento posterior y el capot estaba levantado, cuando el auto se empezó a mover. ¡Quieren robar! pensé. Luego vi que en la tienda los lubricantes se caían. Era un terremoto. Me fui al medio de la pista.

Cuando el movimiento paró, llamó al museo para ver qué había pasado. Le informaron que en la Sala 1, donde se expone la cerámica, se había caído un sillar, pero sin causar daño a las piezas. Cerraron un día y después reabrieron con normalidad.

Allí se dieron cuenta que el terremoto del sábado 23 de junio se produjo a las 3:33 pm, la misma hora en que sonó la alarma durante los días anteriores sin motivo alguno.

—Lo más curioso —me dijo— es que después del terremoto la alarma no volvió a sonar.

Nunca pudieron darle una explicación lógica a lo sucedido.

Muchas de esas cosas le fueron viniendo a la mente en los meses posteriores a su jubilación.

Cuando él se fue, se determinó que Juanita no descansara cuatro meses, sino solo dos. Ya se lo habían pedido a él para que los turistas pudieran verla, pero Chávez nunca dio su brazo a torcer.

—El cuerpo de Juanita es demasiado valioso para la humanidad como para exponerlo a daño solo para dar gusto a los turistas —me dijo.

Finalmente, la idea de Chávez fue siempre que la niña de los 500 años se preserve por toda la eternidad.





19

Una entrevista a Johan Reinhard. La importancia de Juanita y de la cultura Inca. Indicios de sacrificios humanos de hace cincuenta años. La importancia de la sabiduría y la compasión. En qué cree Reinhard.

El 22 de noviembre de 2017 fue un día caluroso de primavera en Arequipa. Como a las 10 de la mañana bajaba por la calle San Francisco con dirección a mi oficina. Cuando llegué a la Plaza de Armas entré por el Portal de Flores para protegerme del sol.

Distraído, casi como siempre, vi una mano que se levantaba para saludarme. Era Ruddy Perea, el amigo arqueólogo que había asumido la dirección del Museo Santuarios Andinos y el cuidado de Juanita. Fue un saludo breve que siguió por cortesía su acompañante, a la sazón, un "gringo" alto de cabello cano, de más de 70 años.

Luego de dar unos pasos, la imagen de Johan Reinhard se me vino a la cabeza. Di media vuelta y traté de alcanzarlos. Lo hice en la esquina del portal con la calle Mercaderes. Toqué el hombro de Ruddy y él volteó. El gringo se detuvo y giró para mirarnos.

- —Es Johan Reinhard ¿Verdad? —le pregunté a pesar de mi certeza.
- —Sí, es Reinhard —me contestó.
- —; Crees que me pueda conceder una entrevista?
- —Hoy se va, pero déjame preguntarle.



Había visto antes a Reinhard, lo recordaba más joven. Nunca lo había entrevistado, solo estuve en una conferencia de prensa que dio muchos años antes sobre Juanita.

—Sí puede darte una entrevista breve, pero en una media hora, en el museo, porque ahora va a comprar chocolates de La Ibérica.

Acepté y me acerqué a Reinhard para estrecharle la mano y decirle que estaría puntual en el museo. Ruddy y él entraron a la tienda de los deliciosos chocolates arequipeños que llevaría para regalo. Y yo me fui a mi oficina que quedaba en una calle paralela al lugar de la cita.

Pensé en que debería incluir preguntas distintas a las habituales, así que explorar sobre sus sensaciones y creencias podía ser el camino para tener algo valioso y novedoso.

Cuando llegué al museo ya me esperaba. No estaba en una sala o en alguna oficina, sino en el segundo patio, con Ruddy, que le había hablado de mí

Reinhard estaba con un polo celeste con cuello, pantalones verdes con bolsillos a los costados y zapatillas de trekking.

Siempre me pareció un personaje interesante, sobre todo cuando descubrí sus hazañas recorriendo desiertos montado en camello, escalando en el Himalaya, sumergiéndose en el océano para hacer arqueología subacuática, y subiendo y bajando los volcanes de los Andes.

Cuando hablé sobre él con José Antonio Chávez, coincidimos en que era una suerte de "Indiana Jones", sin látigo ni revólver.

Reinhard ha estado viniendo constantemente a Chile, Bolivia, Perú y Argentina en los últimos cuarenta años, y aunque se maneja bien con el español, lo usa confundiendo los artículos con ese marcado dejo de gringo y, a veces, buscando palabras que no sabe traducir bien del inglés.







Johan Reinhard junto a Juanita en uno de los trabajos de investigación en laboratorio.

Foto Johan Reinhard

2 Las manos de Juanita agarrando uno de sus mantos.

Foto Johan Reinhard





Nos sentamos en unos sillones de terraza, bajo una sombrilla y empezamos la entrevista.

- —Han pasado más de 20 años desde el descubrimiento de Juanita ¿tenemos mayores certezas o se han generado más preguntas sobre ella y su sacrificio?
- —Siempre hay preguntas, porque la tecnología siempre está avanzando, y esa es una de las razones por las que una momia congelada como Juanita es tan importante, porque nunca va a dejar de tener nuevos datos. Con lo que avanza la tecnología, en cien años podríamos seguir obteniendo información de Juanita, incluso en mil años
- —¿Qué certezas tiene usted, qué dudas le despejó haber hallado a Juanita?
- —Lo primero que me impactó fue que era una mujer. Las mujeres de la nobleza inca no fueron encontradas en un estado de conservación tan bueno, con toda la ropa puesta justo como estaba vestida en el momento de morir
- —¿Eso fue muy importante?
- —El significado de esto es que solo tenemos algunos relatos de los cronistas españoles después de la conquista y algunos dibujos, de muchos años después, por 1613, de Guamán Poma. Entonces, mucha de la información sobre la vestimenta de la mujer inca estaba tomada de él y fue hecha muchos años después o usando como muestra las estatuillas vestidas que se han encontrado en las investigaciones arqueológicas. También hay algunos ejemplos en Pachacamac, donde hay algunas mujeres encontradas con sus vestimentas, pero no con la calidad que ha tenido Juanita. Fue muy importante para saber más de las mujeres y de su vida, porque la dieta y las enfermedades que ha tenido son cosas que se pueden averiguar con estudios científicos.
- —Después que usted hallara a Juanita y a los niños de Llullaillaco dijo que las manos de aquellas momias parecían más vivas que las suyas.



—Fue impactante. Mirar las manos causó un impacto muy fuerte en mí. Sus manos eran casi perfectas, casi como vivas. No hubiera sido extraño en estas condiciones ver un dedo moviéndose, porque mis manos estaban en peores condiciones que las de la doncella de Llullaillaco. En el caso de Juanita también hemos visto las manos cogiendo el textil, esto había pasado en el momento de morir. No quisimos dañar la piel de Juanita tratando de sacar el textil por debajo de sus manos, y ellas también estaban muy bien preservadas. Su cara estuvo expuesta por la caída que ha sufrido y el textil que la cubría estaba roto, así que estaba algo disecada, pero el resto del cuerpo estaba bien preservado, eso fue importante.

—¿Si la erupción del Sabancaya no hubiera derretido el glaciar del Ampato, Juanita hubiera tenido el mismo estado de preservación de los niños de Llullaillaco?

—Sí, yo creo que sí, porque en verdad estuvo bien preservada solo que el hielo se derritió. La gente no entiende que a veces en las montañas uno puede estar a 6 mil metros y también tener mucho calor, porque el sol es muy fuerte, primero por estar a estas alturas y, segundo, por la reflexión de la nieve. Entonces, uno puede tener un calor increíble que, obviamente, ha sufrido Juanita, y luego por la noche se volvía a congelar.

—¿Ella era una niña de la nobleza?

—No podemos decir que era una niña de la nobleza, pero sí podemos decir que era una niña vestida con ropa de la nobleza. Hemos visto a las vírgenes del sol, que pudieron ser tomadas de casas humildes, pero nosotros no lo sabemos, lo que sí sabemos es que fueron seleccionadas por ser muy hermosas. Entonces no podemos decir con certeza si ella fue de la nobleza o no, pero sí que fue una ofrenda de la nobleza.

—En el caso de los niños de Llullaillaco, su buen estado de conservación era tal que sus cuerpos tenían sangre y usted dijo inclusive que tenían aire en sus pulmones de hace quinientos años.



- —Bueno, eso es lo que me han dicho los especialistas, estaban sorprendidos. Tenemos que pensar que Llullaillaco estaba a 6,700 metros y, además, ellos no estuvieron expuestos, lo que significa que no han cambiado en mucho el estado de sus cuerpos en quinientos años. Eso es una suerte, porque no se descongeló y luego se congeló, como pasó con Juanita.
- —¿Cuántos estudios se le han realizado a Juanita?
- —Es difícil de decir, porque ha habido gente que ha trabajado con la cerámica, con el ADN de Juanita, que ha hecho los estudios virtuales usando el escáner de tres dimensiones, que ha estudiado las vestimentas de ella para reconstruir cómo era cuando estaba viva. Tienen, a través de una biopsia de aguja, muestras de la comida que ha ingerido unas horas antes de morir. También han estudiado las semillas de plantas que se han encontrado en un pequeño bulto que ha tenido Juanita a su lado y han encontrado diecisiete especies de plantas de ese tiempo. Entonces no termina la investigación.
- —¿Para usted cuál ha sido el dato más relevante que Juanita ha dado a la ciencia?
- —Ser mujer, eso fue importante, y congelada y en tan bueno estado. Importante fue ver la vestimenta de una mujer inca, porque había muchos detalles que no sabíamos.
- —¿Por ejemplo?
- —Por ejemplo, había como pequeñas estatuas, adornos fijados al tupu, este tipo de detalles. Los cronistas hablan a veces de adornos, pero no sabíamos cómo eran y ahora sí sabemos cómo son, por lo menos en un caso. Impactó también en términos generales la mirada de Juanita. El mismo Mario Vargas Llosa estaba impactado, y mucha gente también, cuando la ve en esa posición como mirando al cielo. Todavía queda mucho que aprender y hacer: analizar el pelo para saber la dieta antes de morir; hacer muestras de ADN de la gente que está viviendo hoy en día y de las momias del pasado



para ver cuáles son sus descendientes y antepasados.

—¿Le sorprendió la causa de muerte de Juanita?

—Hay varias posibilidades de muerte, los cronistas nunca vieron un sacrificio, pero sí tienen detalles que les explicaron los incas. Sabemos que fueron estrangulamientos, golpes en la cabeza, o que fueron enterrados vivos. También hablan de coca y chicha, que los niños fueron dormidos antes de morir. En el caso de Juanita estaba muy claro que fue una fractura la causa de muerte. Muchas veces no sabemos las causas de otras muertes, porque no hay algo visible.

—¿Tenemos indicios de por qué fue sacrificada?

—Tenemos un indicio, porque no podría haberse hecho un enterramiento a esa altura en el Ampato si es que no hubiera habido sequía en ese entonces. Por otro lado, más abajo hay una plataforma construida después de una erupción. La idea es que los dos, la erupción de un volcán —tal vez el Sabancaya— y la sequía, causaron el derretimiento de la nieve, como hemos visto en 1995. La sacrificaron para pedir ayuda a los dioses, para que haya fertilidad. Sabemos que también había adoración al sol, así que pudo ser un conjunto de factores, pero creo que fue básicamente la sequía y la erupción. La gente que está viviendo hoy cerca al Sabancaya está experimentando las consecuencias de su reciente erupción.

—¿Podría describirme usted cómo reconstruye en la mente aquella escena del sacrificio de Juanita?

—Fue una adolescente, nunca antes había ido a la montaña porque esa era una zona de los dioses. Debió tener mucho miedo al entrar a esa zona, además de cansancio. La altura también afecta, debió sentirse bien desorientada cuando llegó a la cumbre. Además, los sacerdotes estaban junto a ella diciéndole que iba a vivir con los dioses, y seguro que estaba impresionada con todas las ofrendas que son especiales y que solo se hacen en los ritos más importantes. El sacrificio humano fue el más importante que han hecho los incas. Según los cronistas sólo el Inca podía autorizarlo.



Nosotros hemos pasado por restos arqueológicos y sabemos más o menos la ruta que han usado para llegar a la cumbre. Uno puede imaginar fácilmente cómo pudo haber sido en ese tiempo, porque en realidad el ambiente no ha cambiado, todavía tienes el Hualca Hualca a la vista, el Sabancaya a la vista, la laguna Mucurca más abajo, entonces es fácil reconstruir lo que ha pasado.

—¿Fue cruel?

—Cada cultura tiene su forma de pensar. Cruel es una palabra que se usa en el sentido de que el sacrificio fue hecho con el fin de causar sufrimiento. Pero si a una persona le están dando un golpe en la cabeza pensando que después va a vivir con los dioses, puede ser menos cruel. El golpe en la cabeza fue el menos cruel de todas las formas de sacrificio. Yo mismo he perdido la conciencia seis veces en mi vida y uno no sabe que ha perdido la conciencia hasta que despierta. Entonces, tomando en cuenta las razones, los honores que ha recibido la gente, en este caso Juanita y los otros sacrificados, sus propios padres, la comunidad de donde vinieron, sabiendo que todo era muy respetado por la comunidad y por el mismo emperador inca, desde este punto de vista, no fue hecho como algo cruel. Las personas sacrificadas iban a vivir con los dioses y a ser como embajadores de su pueblo. Hasta cierto punto, iban a cambiar, a ser casi como un dios.

—¿Por qué sacrificaron incluso niños pequeños?

—Son niños porque son los más puros. Para ir a vivir con los dioses tiene que ser lo más puro, y una vez con ellos, no pensaban más en ellos como niños, sino como seres que han cambiado entrando en el mundo de los dioses para ayudar a la comunidad, cuando la comunidad hace ofrendas. No sabemos cuánto tiempo hicieron ofrendas a Juanita, pero seguro que fue por varias generaciones.

-; Podemos encontrar todavía esa cosmovisión en los Andes ahora?

—En algunos pueblos tradicionales, siguen con algunas creencias que han tenido desde el tiempo de los incas y otras incluso anteriores. Recordemos que en todo el mundo adoraban a las montañas y a



las fuentes de agua, tan importantes para la agricultura, para los pastos, para los animales. No es una sorpresa que gente hoy siga haciendo algunas ofrendas a los *apus*, a los dioses de las montañas para que los sanen de enfermedades, etcétera, etcétera. Hay especialistas que llaman a los dioses de la montaña para hablar con ellos, para saber de un animal perdido, saber por qué una persona está enferma o por qué ha granizado. Entonces, existe este tipo de creencias en muchas partes de los Andes.

—¿Y usted cree que todavía en alguna parte de los Andes se ofrenden vidas humanas?

—Hay rumores de que hay lugares en donde se siguen haciendo sacrificios humanos, pero evidencia concreta, personalmente, no he visto. He visto algunos indicios de hace más o menos cuarenta o cincuenta años, de que han hecho sacrificios en algunas partes del lago Titicaca. En el sur de Chile, después del terremoto de 1960, hubo una descripción muy detallada de un sacrificio humano, porque no solo fue un terremoto, fue un tsunami. De ese entonces hay historias o mitos de un sacrificio humano.

—¿La Cultura Inca es trascendente, es una gran cultura?

—Obviamente es una gran cultura y los incas hicieron algo que hemos visto raras veces, ha tenido una buena organización de su imperio, desde su agricultura hasta con sus camélidos, y los caminos que han construido, los edificios que han levantado. Es muy difícil conquistar pueblos a unos 4 mil kilómetros de distancia, con cien grupos étnicos, y controlarlos. En el sentido religioso, por ejemplo, había un alto conocimiento de la astronomía.

—¿Un poblador común inca tenía un buen nivel de vida?

—Las colcas, una suerte de almacenes donde pusieron los incas maíz y comida para la gente cuando había desastres, fue algo que impresionó a los españoles. Los incas siempre quisieron mejorar el riego del campo, el pastoreo de los animales. Creo que en ese tiempo estaban bien organizados. La gente tuvo menos derechos, tuvieron que usar la ropa de su etnia, según los cronistas eso era obligatorio,



no podían cambiar. Quedaban con sus propias tradiciones, pero tuvieron que adorar al sol y dar tributo a los incas. Pero en los Andes siempre había reciprocidad, los incas también han puesto comida en sus *colcas*. Ellos tomaban siempre su parte, pero parte también era para la gente. Creo que uno podría decir que la gente vivía bien en esos tiempos, no con la libertad que tenemos ahora, pero fueron otros tiempos.

- —¿Y comparándola con otras culturas?
- —Cuando hacemos comparaciones con otras culturas grandes, tuvieron una vida más o menos tranquila. La gente del campo fue bien organizada y bien tratada si cumplía con sus obligaciones.
- —¿Qué lo ha hecho regresar al Perú y visitar Arequipa?
- —Estoy trabajando con gente en Lima para la traducción de mi libro, que se llama "La doncella de hielo", que fue publicado en 2005 en inglés. Otro motivo es que pasaron dos años de no venir y ya el museo estaba con nuevo director, quería ver cómo estaba, hablar con la gente de la Universidad (Católica de Santa María) y otros arqueólogos para ver si hay proyectos en los que yo puedo ayudar, aun si yo no puedo participar. Ya no estoy saliendo como hace 20 años.
- —¿Cuáles son sus proyectos más cercanos?
- —Estoy yendo a Nepal en pocos días, ya he trabajado allí. Pocos saben que yo he estado en el Himalaya subiendo muchas montañas antes de venir a los Andes. Llegué a 7,500 metros en el Everest, pero lamentablemente el clima empeoró y no pudimos llegar a la cumbre. He trabajado con tribus, sobre todo en el oeste de Nepal y, también, con algunos budistas en el norte.
- -¿Y cuál es el objetivo de este nuevo proyecto?
- —Es para seguir con el viejo proyecto. Tengo apuntes desde hace 50 años y quiero compararlos con datos de hoy.





- —¿Cuáles han sido los objetivos de su vida? ¿Cuál cree que ha sido su contribución a la humanidad?
- —Bueno, desde que fui joven quería ser un explorador y trato de obtener resultados que ayuden a la gente. Por eso entré al campo de la antropología y la arqueología.
- —¿Ayudar a la gente de qué manera?
- —Pensaba que podría contribuir con las experiencias que he tenido haciendo montañismo, buceo, he hecho arqueología subacuática en varios países. Y también quise ayudar a que la gente entienda mejor otras culturas. Cuando tenía 13 años pensaba que lo mejor que una persona podía hacer era entender mejor. Yo quise entenderme mejor a mí, a las otras personas y culturas, esto me llevó a estudiar antropología y arqueología. Mi pensamiento es que lo mejor en la vida es estar tratando de entender.
- —¿En ese proceso de tratar de entender qué evaluación tiene de la humanidad?
- —Somos una especie de muy poco tiempo desde el punto de vista de la evolución. Usamos palabras que son símbolos para comunicación con otros y a través del tiempo podemos pasar información cultural a otras personas; eso es un logro que no tiene ninguna otra especie. Estamos evolucionando y en ese proceso cometemos muchos errores. La humanidad tiene que aprender a entender más sobre otras personas. Sea entre parejas o sea entre naciones, hay que tener una mente más abierta y tratar de entender las emociones y los hechos que están detrás de la forma de vivir, que a veces es muy distinta en otras culturas. Los tibetanos, los budistas dicen: la mejor cosa es tener sabiduría y compasión, porque la sabiduría necesita de compasión. Puedes comprender una cosa y no tener compasión para con la gente que está sufriendo. Eso mismo pensaba yo de joven, pero sin saber nada de los tibetanos. Cuando era joven dije: entendimiento con empatía. Yo quedé impresionado al saber que los tibetanos habían estudiado esto de distintas formas, con mucha técnica y con mucha precisión durante más de mil años, y yo solo estaba comenzando con una pequeña idea. La salud y ser feliz es lo



más importante para la gente, pero yo pensaba desde joven que eso era secundario frente a la compasión y la sabiduría.

-Ha estado estudiando muchas religiones ; usted tiene una?

—Soy agnóstico, no creo que hay un dios específico, es algo aparte, y Einstein también dijo: es la armonía del universo. Pero hay cosas que no entiendo, hay cosas que me han pasado a mí, que no entiendo. Era una posibilidad en un millón de que pasen, pero eso no significa que voy a decir que hay un dios en el cielo controlando todo lo que pasa. Hay cosas que dejo como una incógnita, porque no tengo la capacidad de entender su complejidad. Tenemos que pensar, tenemos trillones de neuronas en nuestras cabezas, nuestras cabezas son supercomplicadas. Para mi hay que tener un poco de humildad sobre nuestras capacidades, sobre nuestras posibilidades de hacer cosas. Tenemos que ser humildes en eso, porque no somos seres que podamos entender las cosas perfectamente. Esto significa que no voy a decir que hay un dios que solo una religión tiene; voy a ser abierto, porque soy un hombre con poco conocimiento de las cosas, que llamaríamos sobrenaturales. Soy abierto a cualquier cosa, yo quiero aprender. Pero una persona, una religión, no va a controlar mi pensamiento. Tenemos que entender el mundo de la otra persona, de la otra nación, y solo así seguir en relaciones con ellos. Decir solamente que nosotros somos los correctos y decir que ellos son los equivocados, que nosotros sabemos todo y ellos no, esa no es una manera de usar el cerebro que tenemos. Somos seres humanos con curiosidad, con capacidad de entender mejor y esa debe ser la meta.

El tiempo de la entrevista se terminó. Una foto de ambos, tomada con mi celular por Ruddy, y un apretón de manos cerraron la conversación. Reinhard partió esa tarde para seguir con su vida de viajero y explorador.





3 Enrique Zavala junto a Johan Reinhard, al final de la entrevista que tuvieron en 2017. Foto Enrique Zavala





20

Volviendo al pasado. Una reconstrucción de lo que pudo haber sido la corta vida y la capacocha de Juanita, la Niña de los 500 años.

Las investigaciones históricas y los hallazgos arqueológicos del proyecto Santuarios de Altura nos dan la base para intentar una reconstrucción de lo que debió ser la capacocha del Ampato. Nadie nunca sabrá con exactitud lo que pasó realmente, pero esto es algo que, según mi interpretación, pudo haber ocurrido y nos da la idea global del ritual más sagrado de los incas: la ofrenda de vidas humanas.

El sacerdote principal tomó la macana por el mango, levantó el brazo y la estrella de piedra de cinco puntas brilló con los primeros destellos del sol en la cumbre del Ampato. La niña yacía tendida a sus pies, inmóvil. El frío y la asua habían hecho efecto a los 6,300 metros de altura. Estaba inconsciente, pero viva.

Cayó en un sueño profundo inducido por los brebajes ceremoniales que la preparaban para su destino final. En segundos, en medio de un frío penetrante, partiría en la misión más grande que el Inca le puede encomendar a alguien: ser su mensajera ante los dioses.

Los sacerdotes que encabezaban la ceremonia estaban allí para ayudarla a pasar de esta vida a la otra.



No fue una decisión improvisada. La niña, nacida doce años antes, fue criada especialmente para unir al Inca con las divinidades. Su belleza, cercana a la perfección, la encumbró para ser la ofrenda principal en la *capacocha* que buscaba devolver la paz a los pueblos del Colca, aterrorizados por un *apu* desde hace años.

Llegó a este mundo sin mácula, en una familia de nobles. En su lisa piel no asomaba lunar alguno. Para mantener su pureza, sus padres decidieron entregarla muy pequeña al *seqsiyhuasi*, la casa donde iban los escogidos.

Allí creció y años después fue al acllahuasi para ser cuidada y educada por mamaconas, con una alimentación pura, completa, buscando su armonía con la naturaleza. Fue instruida en los oficios religiosos que le permitirían comunicarse cara a cara con los dioses en el momento que el Inca lo decidiera.

Antes de su nacimiento, durante el embarazo, su madre la había soñado bella y digna en el mundo de arriba, llevando mensajes del Inca.

- —Es una señal —le dijo a su marido.
- —¿Cómo sabes que será una niña? —le preguntó mirándola con ternura.
- —La he visto. Era tan real que me cuesta pensar que fue un sueño.

Lo interpretaron como una profecía divina y decidieron entregarla. ¿Sería un puente de este mundo con el de los dioses o, tal vez, una de las Vírgenes del Sol?

Su madre, nacida en el altiplano, fue también una elegida. Las mamaconas la instruyeron en las finas artes del tejido, de la cocina y de la preparación de la chicha que usaban el Inca, los sacerdotes y la nobleza en fiestas y en las ceremonias y rituales especiales.

Por su belleza, pudo haber sido elegida para una capacocha, pero su destino fue otro. Había dejado la adolescencia cuando fue



entregada en matrimonio a su esposo, hijo de un principal de una nación del norte recientemente anexada al Tahuantinsuyo. Toda la familia había sido trasladada al Cusco.

Casarlo con una virgen del sol entrelazaba a las noblezas y aseguraba fidelidades en un imperio que crecía cada día y que requería unidad.

El Cusco era para entonces una ciudad donde se hablaban todas las lenguas. La nobleza había crecido junto con la expansión inca.

Aquellos pueblos que aceptaron la autoridad imperial, habían sido recompensados y sus jefes llevados a vivir cerca del Inca. Compartían con él en el centro del mundo, el lugar de donde salían todos los caminos que llegaban a cada punto del imperio.

Los que se habían rehusado a su autoridad y a su generosa propuesta de anexión al Tahuantinsuyo, fueron arrasados y borrados de la historia, ignorados en los cantos que recordaban linajes y conquistas de los grandes gobernantes incas.

Un año antes del sueño, los enviados del emperador recorrieron los pueblos para seleccionar a niños bellos para las *capacochas*, esas ceremonias donde ofrendaban vidas humanas.

Llegaban primero por la casa de los nobles y si no encontraban el número requerido buscaban entre los plebeyos.

Las capacochas no eran comunes, eran demasiado sagradas como para convertirlas en ceremonias ordinarias. Se hacían cuando el Inca asumía el trono, cuando estaba enfermo, o cada cuatro o siete años coincidentes con inundaciones o sequías. Las propiciaban, también, grandes catástrofes naturales, como terremotos o erupciones volcánicas.

Sin embargo, se habían multiplicado durante el gobierno del Inca Pachacutec. Sus constantes salidas del Cusco para conquistar naciones y anexarlas a su imperio creciente requerían más apoyo de los dioses. Eran necesarias más ofrendas humanas.



La pureza de los niños y de adolescentes vírgenes permitía su acceso a la presencia de los dioses. Eran embajadores preciosísimos del Inca, portadores de sus mensajes y de sus súplicas.

En los pueblos, muchos padres habían casado a sus hijas a edad tierna, especialmente a las más bellas, para evitar que los enviados del Inca se las llevasen de su lado. Perdida su virginidad, ya no eran dignas para una capacocha ni para el acllahuasi.

La selección de un hijo era considerada por el Inca como un honor sin parangón. Por eso las madres no podían llorar, tenían prohibido mostrar su dolor. Los niños ofrendados irían al más allá a gozar y crecer entre los dioses. ¿Debería eso considerarse una desgracia?

La familia era recompensada con dádivas entregadas por el Inca. Alguno, incluso, era nombrado curaca, señor del pueblo.

Si el sueño de la madre de la niña se cumplía, su hija viviría entre los dioses trayendo para ellos, para la comunidad y el imperio, grandes favores y bendiciones. Pasarían de la vida humana, difícil y escasa, a la de las divinidades, en medio de la felicidad y la abundancia.

Por eso el día de su nacimiento sus padres tuvieron una alegría distinta, que no supieron comprender bien.

La madre, que la sintió crecer dentro de ella, la pudo ver al fin con sus ojos. Era tan parecida a la de sus sueños: bella e inocente, pero ahora se le presentaba, además, delicada e indefensa.

—Es como la soñé —le dijo a su esposo.

Él la miró y sintió la ternura de un padre y el orgullo de saber que aquella pequeña criaturita iba a crecer para unirse a los dioses.

Las entrañas de un cuy y luego las de una llama habían confirmado el sueño. Sería una niña destinada a fines superiores.

Luego de recordar las profecías, sus corazones se estrujaron al saber que no la tendrían por mucho tiempo.





Al día siguiente del nacimiento, aun recuperándose del parto, y luego de amamantarla, la madre comenzó a tejer el *chumpi*, un fajín que se ceñía a la cintura. Pensó en un delicado diseño que recordaría su nacimiento.

Esa pequeña faja la acompañaba en el Ampato para ser colocada, junto a otras pertenencias, en la tumba que se convertiría en la puerta que le daría acceso al mundo de lo divino.

La peregrinación fue larga y se requirieron muchos preparativos. El Ampato fue elegido para que el sacerdote principal la entregara como la más sagrada ofrenda para aplacar al *apu* contiguo: el Sabancaya.

El volcán estaba en erupción y se mostraba furioso ya muchos años. Había castigado los poblados cercanos con humo, cenizas, explosiones, ruidos aterradores y temblores. Las lluvias se habían ido. Los hielos de los *apus* se habían reducido y los riachuelos que bajaban de las montañas se convirtieron en hilos y los manantiales se secaron.

—¡Capacocha! ¡Capacocha! —habían clamado los pobladores al curaca antes de que partiera para ver al Inca.

El sacerdote principal la llevó, junto a los otros niños, con cuidados especiales hasta el lugar de la ofrenda. Subieron hasta la parte más alta del Ampato donde los servidores del *apu* habían preparado una plataforma. Allí estaba tendida a sus pies. El amanecer era el momento adecuado para presentarla al Inti, el dios Sol, para luego encaminarla a la casa de los dioses con el mensaje del Inca.

En la madrugada del día anterior, él y otros sacerdotes que lo acompañaban, habían ofrendado a otros tres niños unos 200 metros más abajo en otra plataforma mayor. Cavaron tres tumbas para las dos pequeñas y el niño.

Una de ellas venía de familia noble, la otra fue elegida de entre el pueblo. El niño fue traído del oriente, de donde venía la mejor coca, la hoja sagrada reservada para el Inca y la nobleza.



El sumo sacerdote tenía experiencia en aquella fastuosa y larga ceremonia que empezaba en el Cusco y se prolongaba por semanas, incluso meses, hasta llegar al lugar escogido para la ofrenda.

Siendo pequeño vio en el Cusco la asunción del actual Inca. Todos los grandes señores se reunieron en la gran plaza de Aucaypata. El Inca Viracocha entregaba el mando a su hijo Cusi, que desde ese momento tomó el nombre de Pachacutec Inca Yupanqui.

La asunción del Inca requería las más grandes y fastuosas capacochas. Ese día, apenas el sol apareció, el sumo sacerdote, el Villac Umu, hizo el primer sacrificio de una pareja de niños —varón y mujer—pidiendo una vida larga para el nuevo emperador.

En total 200 niños emparejados fueron ahogados, unos tras otros, implorando que el inca sea protegido en todo su actuar.

No era un sacrificio sangriento, era una ofrenda a los dioses. Los pequeños, bellos y sin defectos, no debían sufrir.

Antes de aquella ofrenda, la mayor que se podía hacer en honor a los dioses, los niños fueron alimentados para que llegaran en las mejores condiciones. No podían presentarse con hambre ni sed.

Tenían entre cuatro y nueve años. Fueron traídos del Collasuyo, Chinchaysuyo, Contisuyo y Antisuyo, las cuatro regiones del imperio. Los más pequeños recibieron los alimentos de sus madres.

En aquella fastuosa ceremonia de asunción, ninguna divinidad podía quedar sin ofrenda, ni los apus, ni las huacas, ni las pacarinas. Una omisión podría causar la ira y la venganza contra el gobernante.

Las víctimas propiciatorias de la capacocha habían sido adormecidas haciéndoles beber asua, la chicha que las mujeres del acllahuasi habían preparado en grandes cantidades, con maíz molido en el batán

La chicha, bastante subida en alcohol, en algunas oportunidades se mezclaba con molle, como lo hacían en el Chinchaysuyo.





Los niños tomaban también brebajes de coca traída de la selva, y otros hechos de cactus y raíces que les permitían, al igual que a los sacerdotes, entrar al mundo espiritual.

En otras *capacochas*, los pequeños eran enterrados vivos. Si llegaban a despertar su sufrimiento hubiera sido terrible, despertando el disgusto de los dioses. Por eso, en algunos casos, el sacerdote les provocaba la muerte de un único y certero golpe en la cabeza.

El sacerdote del Ampato había asistido a otras capacochas en los santuarios de altura. Aprendió la destreza para dar el golpe de gracia en la cabeza cubierta por una tela. No era una ejecución, era una ofrenda sacratísima, donde no podía haber ensañamiento.

Semanas atrás, ante las súplicas de los pueblos del Colca, el Inca había ordenado la capacocha en el Ampato.

Los curacas y otros principales de pueblos cercanos al *apu* Sabancaya se presentaron ante el Inca.

—Nuestros sembríos se han secado. Nuestro pueblo muere —dijo uno de ellos.

Sus ofrendas no habían servido. Mataron llamas y alpacas inmaculadas, sin respuesta favorable del apu.

—La poca agua que tenemos es ácida y casi todos los manantiales se han secado —le dijo otro principal.

—Nuestros animales mueren. Las grandes fumarolas tapan al sol, y nuestros hijos no pueden respirar —contó otro.

Pachacutec los miró desde su trono, con esa mirada penetrante que nadie podía soportar.

—¡Capacocha! ¡Capacocha! —le suplicaron.

El Inca asintió.



Los preparativos se iniciaron. El Villac Umo dispuso a los sacerdotes que se encargarían de organizar todo.

Una capacocha se realizaría. Cuatro niños debían ser preparados para llevar los rogatorios del Inca por los pueblos asolados por la desgracia.

Una niña del acllahuasi sería la ofrenda principal y otros vendrían de los segsiyhuasi.

Aunque todo comenzara ese mismo día, el proceso demoraría semanas

Los tres niños peregrinaron desde sus pueblos, en procesiones que se realizaban a través del Qhapag Ñan, la red de caminos que conectaban con el Cusco. Los sacerdotes y los curacas iban a la caheza.

La otra niña esperaba en el acllahuasi, siendo preparada para los rituales.

Semanas después todo estaba listo en la plaza Aucaypata del Cusco. En el usno, en medio de la plaza, el Inca estaba sentado en un trono de oro, rodeado de los nobles y de las momias de sus antecesores.

Cánticos y rezos resonaban desde la madrugada.

Los niños atemorizados ante la majestuosidad de los actos, avanzaron hacia el trono del Inca. Pachacutec abrazó a cada uno con devoción. Desde ese momento los cuatro pequeños eran considerados muertos para esta vida y listos para entrar al mundo de sus dioses.

Nadie que no fuera del séquito de la capacocha podía tocarlos.

—¡Ampato! —se anunció como lugar de la ofrenda.

El Inca entregó las vestimentas especiales para sus niños mensajeros.





Los padres de la niña elegida vieron a la distancia cuando el Inca le dio una lliclla que ella debía llevar en los hombros al entrar en la presencia de los dioses. Fue hecha en rojo y blanco, el color imperial y en el color de la divinidad.

También le entregó el resto de su atuendo con el que sería vestida, de pies a cabeza, en el mismo Ampato.

Tres illas —estatuillas— hechas por los mejores artesanos del Cusco, una de oro, una de plata y otra de mullu, fueron parte de los regalos imperiales. El oro representaba al Sol (Inti), la plata a la Luna (Quilla) y el mullu a las aguas (Mamacocha).

La capacocha era solemne, pero no triste. Luego de los rituales empezaban las fiestas, en Aucaypata y otras en todo el Cusco, que se prolongaban por varios días.

Sacrificios de cien llamas se realizaban en los templos.

Música y danzas por doquier. Una semana de festejos incesantes, precedía la partida de los niños hasta su destino final.

El Inca ordenó que los servidores del *apu* Ampato fueran preparando todo. Cientos, miles de personas, deberían construir el camino, que permitiera llegar al punto más alto del *apu*.

Los niños salieron del Cusco cargados en andas en un viaje que se prolongaría por al menos dos semanas.

Otras procesiones de *capacochas* anteriores, habían partido del Cusco a lugares más lejanos, como al *apu* Llullayllaco, en un viaje de seis meses.

La peregrinación era de centenares de personas: los que protegían a los que serían ofrendados, los sacerdotes y sus servidores, los músicos, las damas encargadas de alimentarlos y cuidarlos, los que llevaban las llamas con las provisiones y el resto del cargamento.



Soldados iban por delante, con días de avance, para anunciar a los pueblos el paso de la *capacocha*, y organizar el recibimiento.

Los niños los recibían con cánticos y el pueblo ofrecía comida, bebida y regalos.

Aquellos que se cruzaban con la procesión por algún camino, se tiraban pecho a tierra en señal de respeto.

Los caminos estaban bien delineados. Pero llegar a la cima del Ampato requería un esfuerzo logístico inmenso.

En el *apu* Sara Sara había dos mil personas a su servicio. Cultivaban sus tierras y se encargaban del sostenimiento del santuario, al que muchos peregrinaban.

Para esta *capacocha*, otros miles de servidores de *apus* cercanos al Sabancaya, fueron para preparar el camino.

Los trabajadores llevaban palos, sogas e ichu, esa paja andina que le ayudaría a crear una capa aislante del hielo.

Las escaleras, hechas de soga y peldaños de madera, se colgaron en las partes más escarpadas. Las zonas convertidas en barro por el derretimiento del hielo y su mezcla con las cenizas y la tierra, se apuntalaban con piedras y maderas.

A la mitad del Ampato —la montaña sagrada del sapo— se levantó un campamento para que reposaran los de la *capacocha*. Tapizaron el suelo con ingentes cantidades del *ichu* que trasladaron desde lejos.

Sobre esa capa aislante levantaron tiendas, con palos que recubrían con cueros de llama y telas gruesas, para guarecerse de las gélidas temperaturas de la noche y que eran también congelantes en la sombra por la mañana.

Ya cerca del Ampato, los niños escucharon las explosiones estruendosas y pudieron ver las columnas de humo inmenso que se elevaban miles de metros sobre la boca del Sabancaya. Un olor intenso a huevo podrido se percibía en el aire.



En las faldas del Ampato, a 4,800 metros de altura, todo estaba listo para la subida. Cansados por el largo viaje y atemorizados por la cercanía del volcán en erupción y la incertidumbre de lo que vendría, los niños y su comitiva debían empezar el ascenso.

Dos días atrás, se les sumaron centenares de personas de los pueblos del Colca, que habían esperado la *capacocha* para que terminara el castigo al que los sometía el *apu* Sabancaya.

En el camino se fueron haciendo ofrendas locales, con sacrificios de animales en *pacarinas* y centros rituales aledaños.

Subir hasta la mitad fue relativamente fácil. Los niños no debían extenuarse, estaban ayudados por ese reducido número de personas que podían tocarlos. De allí en adelante todo se hizo más escarpado hasta llegar al campamento.

Las plataformas estaban listas. Una más grande, donde se ofrendaría a los tres niños. La otra en la cumbre, más pequeña por el breve espacio que había en la cuchilla que conformaba la cima.

La noche anterior los niños entraron en una dieta especial, exenta de carne. Era parte de la purificación. El propio Inca y los orejones —los nobles más poderosos— comían solo maíz crudo y bebían únicamente agua diez días antes de su coronación.

La purificación alimenticia de los niños no era tan larga ni tan rígida. La noche anterior a la ofrenda tuvieron su última comida.

Despertados en la madrugada fueron vestidos con los atuendos dados en el Cusco. Antes de subir a la plataforma, empezaron a darles los brebajes. El de coca los ayudaba a soportar el frío y los problemas de la altura. Junto con la chicha ceremonial, bastante subida de alcohol, provocaban adormecimiento y luego un sueño profundo.

La gran peregrinación terminó en las faldas del Ampato, donde un número menor, tal vez cerca de un centenar de personas, llegaron hasta el campamento. Y solo los sacerdotes, los niños y unos pocos más estuvieron en las plataformas de sacrificios para cumplir con el ritual.



El frío era penetrante y congelante. Mientras el sacerdote hacía ofrendas previas, lo niños iban bebiendo la chicha hasta quedar inconscientes. Uno a uno fue ofrendado con un golpe de macana.

Depositados en sus tumbas con regalos, eran los primeros en partir al más allá.

Sólo quedaba la ofrenda principal: la niña del acllahuasi.

Lo que habían soñado sus padres estaba pronto a cumplirse.

En la madrugada siguiente fue vestida con delicadeza. Los zapatos tejidos fueron remplazados por los polcos de cuero. El acsu —su vestido— la envolvió y fue sujetado con dos tupus —prendedores— por los hombros. De ellos colgaba un collarín con miniaturas que adornaban su belleza. Un chumpi —una faja— sujetaba el acsu por la cintura.

Su único abrigo sería la lliclla roja y blanca doblada en dos y sujetada cerca de sus pechos con otro tupu. Cubriría sus hombros y su espalda. Ese tupu también sujetaba la ñañaca, una pañoleta ceremonial.

La cabeza fue coronada con un gran tocado hecho con plumas de garza real.

La ascensión hasta la cima se dio en medio del fuego que alumbraba el camino.

En la plataforma la tumba estaba ya cavada y tendidos sobre mantas los regalos del inca, el *chumpi* de su nacimiento, cerámica de alta calidad, vasijas con chicha, platos de comida y bolsas con hojas de coca y maíz.

El sacerdote principal empezó con sus rezos al Inti reservados para la *capacocha*. Igual que la niña había tomado coca y chicha. La pequeña, asustada, entró en un sueño profundo pese a sus esfuerzos para permanecer despierta. Quedó tendida a la intemperie sobre unas mantas.



Solo esperaban los primeros rayos del sol, que al llegar iluminaron la plataforma. El Inti apareció y el sacerdote tomó la macana, dijo unas últimas palabras y dio un golpe certero en la sien derecha de la niña.

Fue un golpe seco, que le provocó de inmediato la muerte.

Nuevos rezos se hicieron. El otro sacerdote se acercó y con ayuda de unas mujeres empezó a preparar el fardo. Quisieron colocarla en posición fetal, pero el frío puso el cuerpo rígido. La niña quedó en una posición un tanto distendida. Pusieron sobre su cabeza la ñañaca y cubrieron su cuerpo con una manta que anudaron dos veces a la altura del cuello, al frente y atrás, para mantener su cabeza erguida.

Un atado con algunas cosas y el *chumpi* que le tejió su madre se acomodaron junto a la niña. Luego, otras dos grandes mantas terminaron de cubrir el cuerpo, formando el fardo de la enviada principal del Inca.

Lo cargaron y colocaron en la tumba, con la cara de la niña orientada al este, por donde cada día asoma el Inti. A sus costados colocaron las cosas que le servirían en el otro mundo: vasos, platos y comida. También la cerámica ceremonial y las estatuillas de oro, plata y mullu

Cuando el sol iluminaba la parte más alta de la montaña, la tumba estaba sellada y la chicha ceremonial se roció encima.

La capacocha había terminado. La pequeña había cumplido su destino.

Ahora todos esperaban que el *apu* Sabancaya volviera a la calma, que la lluvia regresara, que las nieves volvieran sobre las montañas y que la tierra produjera nuevamente en abundancia.

Aquella niña fue recordada por generaciones y luego cayó en el olvido. Pero una nueva erupción del Sabancaya la reveló medio milenio después bajo el nombre de Juanita, la niña inca de los 500 años.







AGRADECIMIENTOS

Maria Alejandra Barrientos

Jorge Luis Cáceres Arce

José Antonio Chávez

Sandra Delgado

Alfredo Herrera

Marko López

Miya Mishima

Paulo Pantigoso

Ruddy Perea

Karla Ramírez

Johan Reinhard

Universidad Católica de Santa María











En 1995 se llevó a cabo el descubrimiento arqueológico más singular e importante encontrado en una cumbre andina: el cuerpo congelado de una niña inca que fue sacrificada en la cumbre del volcán Ampato.

Sus nieves perpetuas la conservaron —como si hubiera muerto ayer— por más de cinco siglos, hasta que el contiguo volcán Sabancaya entró en una nueva erupción causando el derretimiento del casquete de hielo del Ampato y provocando el colapso de la tumba principal.

La niña inca ofrendada a los dioses fue descubierta por Johan Reinhard y entregada a la Universidad Católica de Santa María para su conservación y custodia. Allí, fue recibida, estudiada y cuidada por el arqueólogo José Antonio Chávez, quien le puso el nombre que la haría conocida a nivel mundial: Juanita.

Este reportaje cuenta la historia de su descubrimiento y los antecedentes de la búsqueda de los sacrificios humanos en las cumbres andinas del Perú, de las ceremonias incas de las capacochas donde se ofrendaban niños y adolescentes a los dioses y, por supuesto, de las cosas que reveló Juanita sobre la historia del Perú prehispánico. También se cuentan los descubrimientos de tumbas en otros volcanes del sur, como los sacrificios masivos en el Misti, a través de los reveladores testimonios de Chávez.



